

## Perfil biográfico elegido Papa por

## de Pío XII unanimidad

**S**OBRE cómo fué elegido Pío XII, ya se han escrito copiosos reportajes. Cada periodista que haya tenido la oportunidad de acercarse (antes o después o antes y después) a algún purpurado o que haya recogido las discretas indiscreciones de algún conclavista, ha creído poder interpretar palabras más entredichas que dichas, enhebrar inducciones con deducciones y traducir como certezas meras hipótesis; y a base de todo ello se han dado múltiples versiones de lo que pudo ocurrir en el Cónclave del cual ha salido Papa el Cardenal Eugenio Pacelli.

Hablar de eso es como hablar de la mar. Conste así.

Pero no hay manera de dar como completo un artículo de este tipo si no se recogen en él—aunque sólo sea a beneficio de inventario—algunas de esas hipotéticas reconstrucciones que nadie podrá autenticar ni desautorizar. Quienes pudieran hacerlo (los cardenales y sus conclavistas), están obligados al secreto por los cánones y bajo pena de excomunión mayor.

### QUIENES FUERON LOS «PAPABLES DE LA ÚLTIMA HORA»

Según una de esas hipótesis, la elección del Cardenal Pacelli estaba ya descontada desde el primer escrutinio e incluso antes del primer escrutinio.

Sabido es que durante la Sede Vacante, los Cardenales se reúnen diariamente en sesiones que llaman Congregaciones: para examinar algunos de los asuntos pendientes y algunas de las cuestiones que plantea la muerte del Papa. Y las últimas de esas Congregaciones (es decir, cuando está ya presente la inmensa mayoría de los electores y de los elegibles) suelen dedicarse al cambio de impresiones acerca del estado de la iglesia, las necesidades presentes y futuras de la misma y los requisitos que debería reunir el Pontífice nuevo.

Pues bien, parece ser que en esas sesiones del Sacro Colegio fueron concentrándose las miras de los Cardenales sobre tres o cuatro «papables»; y en vísperas ya del Cónclave, italianos y extranjeros, europeos y americanos, los de países democráticos y los de naciones totalitarias... todos coincidieron en señalar como capaz de armonizar las exigencias de esta hora histórica con las respectivas simpatías nacionales, la sobresaliente figura del Camarlengo y Secretario de Estado.

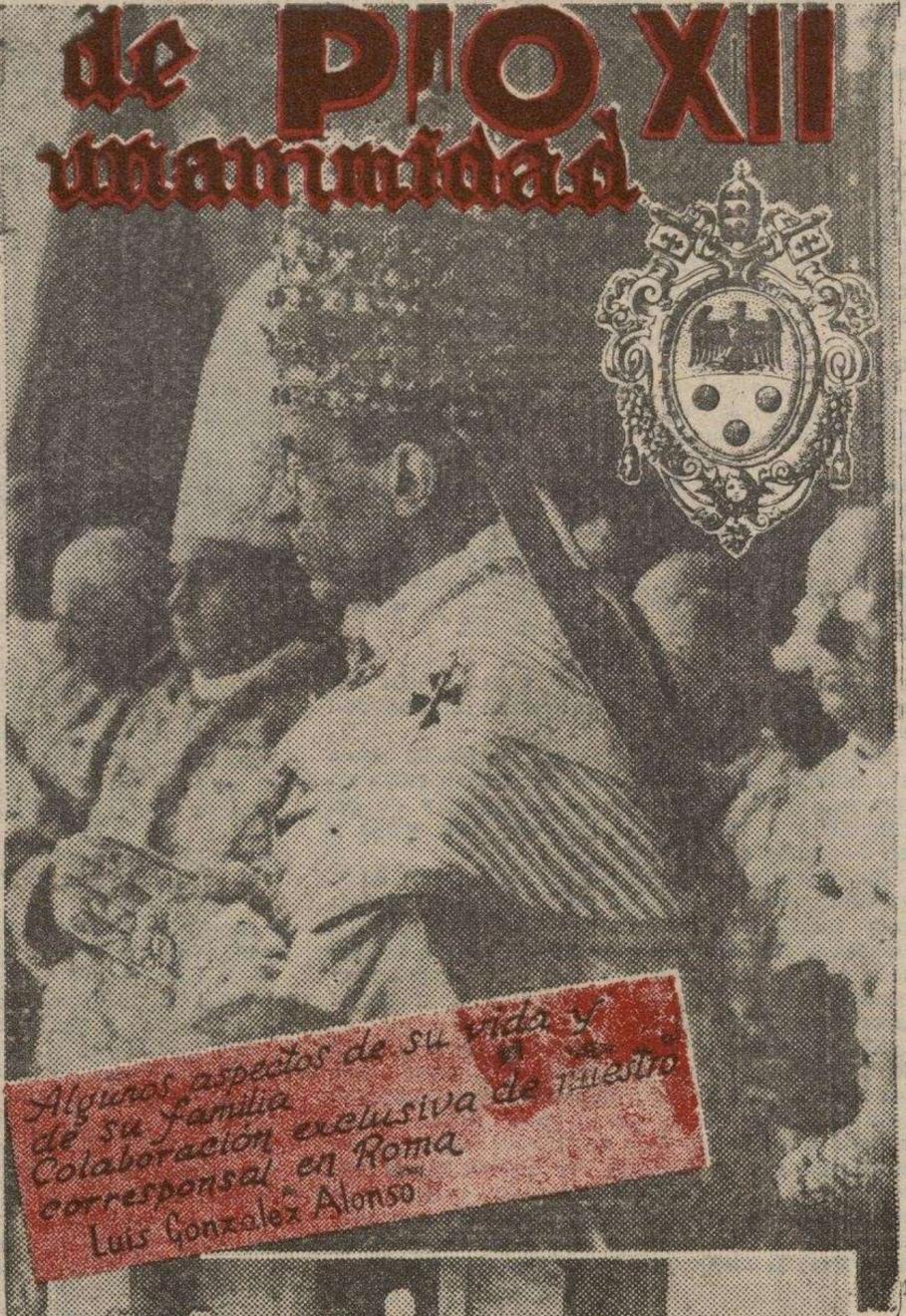
Quedaban, sin embargo, fluctuando las candidaturas del Arzobispo de Florencia—Su Eminencia Elías Dalla Costa, preferido de quienes anhelaban un papa «apolítico» por decirlo así—y del ex Nuncio en París, Su Eminencia Luis Maglione, en quien otros entrevían un Pontífice «diplomático» al ciento por ciento.

### LOS PRESAGIOS EN TORNO AL CARDENAL PACELLI

Por feliz coincidencia, la personalidad del Cardenal Eugenio Pacelli se les aparecía a todos sus compañeros tal y como para conciliar incluso esas dos tendencias extremas; desde el primer escrutinio quedó definitivamente descartada la posibilidad de una sorpresa.

No pocos presagios fueron ya señalándose en aquellos días precedentes al Cónclave; algunos periódicos recordaron entonces y reevocaron después las palabras con las que Pío XI había alu-

POR PRIMERA VEZ EN SIGLO Y MEDIO, UN PAPA HA SIDO CORONADO EN EL BALCON DE SAN PEDRO DE ROMA. UN DETALLE DE LA CEREMONIA (ARRIBA), DESTACANDOSE AL LADO DEL SUMO PONTIFICE EL CARDENAL DIACONO, A QUIEN CORRESPONDIÓ COLOCAR EN LA CABEZA DE PÍO XII LA TRIPLE CORONA DE ORO. ABAJO: UNA FOTOGRAFIA DEL TIEMPO VIEJO (1890) DONDE SE VE AL PAPA RODEADO DE NUMEROSOS COMPANEROS DE ESTUDIO. EL BACHILLERATO DEL JOVENITO PACELLI SE TERMINÓ EN ESE AÑO, EN EL LICEO DE VISCONTI, DE ROMA. S. S. SE HALLA EN LA FILA DEL CENTRO VESTIDO DE BLANCO (SEÑALADO POR UNA FLECHA).



Algunos aspectos de su vida y de su familia. Colaboración exclusiva de nuestro corresponsal en Roma Luis González Alonso



dido a su sucesión en el último Consistorio en que hubo de crear Cardenales y a las cuales el Papa de la Paz dió casi una intención, acompañándolas con un elogio de Su Eminencia el Secretario de Estado; otros periódicos pusieron en evidencia el hecho de que treinta y tantos de los sesenta y dos Príncipes de la Iglesia recibieran la púrpura durante la permanencia en la Secretaría de dicho Cardenal; y el propio órgano oficioso de la Ciudad Vaticana («L'Osservatore Romano») puso muy de relieve la des-

pedida tributada a su jefe por el personal de la referida Secretaría de Estado de Su Santidad, así como también el tono augural de los discursos pronunciados en aquel acto protocolario.

Así se llegó al día primero de marzo con la convicción de que el futuro Papa podría ser el Cardenal Dalla Costa, pero con mayor probabilidad lo sería el Cardenal Pacelli.

Los demás «favoritos» pasaban muy en segundo plano, sin que por ello se les descartara, pues las elecciones de los tres últimos Pontífices de-

mostraron que el factor «sorpresa» puede siempre actuar en estas «elecciones», máxime siendo como son más sobrenaturales y de inspiración que lógicas y previsibles.

El pueblo mismo—tanto la masa popular agolpada en los alrededores del ingreso del Vaticano, como quienes presenciábamos más de cerca el cortejo cardenalicio de la entrada al Cónclave—manifestó de modo explícito sus presentimientos al paso del ilustre purpurado, reverenciándole por anticipado como el Papa del mañana.

**CONCLAVE SIN PRECEDENTES**

En la primera votación todavía se revelaron las simpatías diversas; ahora bien, mientras en el nombre del Cardenal Eugenio Pacelli se concentraron ya más de la mitad de los sufragios, el resto apareció diseminado entre los Cardenales Dalla Costa, Maglione y otros.

El segundo escrutinio resultó asimismo negativo, pues ningún candidato llegó a obtener el quorum, es decir más de las dos terceras partes de los votantes: 42 de 62. Su Eminencia el Camarlingo llegó a los 41 votos; y fué entonces cuando (según las presunciones más probables) algunos de los concurrentes habrían propuesto dar por concluida la elección, aclamando Pontífice al que ya había conseguido tan grande mayoría.

Llegado a este punto el Cónclave... las hipótesis no coinciden.

De acuerdo con una de ellas, en ese instante quedó elegido el Papa; otra supone que el designado habría rogado a sus compañeros del Sacro Colegio que durante la pausa de mediodía meditaran aún más sobre las conveniencias de la Iglesia y sobre las cualidades requeridas para el futuro Vicario de Cristo; y otra asegura que al reanudarse la tarea por la tarde y proponerse de nuevo la elección por aclamación, el propio interesado y algunos más en refuerzo de su actitud propugnaron por un tercer escrutinio.

Lo indudable parece ser que esta tercera votación fué puramente formularia y su superfluidad quedó confirmada por el resultado: unanimidad absoluta...

Así fué o pudo ser (todas las cábalas sobre eso carecen de certeza, dado el secreto canónico que canda los labios de los electores y de los conclavistas) elegido Pío XII al tercer golpe y en la primera jornada.

En la historia moderna de los Cónclaves, tanta rapidez y tal unanimidad no tienen precedentes; para econtrárselo al hecho de que el sucesor de un Papa sea precisamente su Secretario de Estado hay que remontarse al siglo XVIII; y a Inocencio XIII (1721-1724) para encontrar un Papa romano de nacimiento.

Y a este respecto, bien puede decirse que si los romanos viéronse un tanto defraudados por lo fímero del Cónclave, la decepción se compensó con el resultado, no por previsto menos grato. Porque a los ciudadanos de la urbe, aparte otras satisfacciones, la elección les deparó la de ver sentado en el Solio Pontificio a un Cardenal de estirpe romana, en Roma nacido y criado, educado a la romana y que en Roma ha transcurrido la mayor, la mejor parte de su brillantísima carrera.

**ABOLENGO ROMANO Y PAPISTA DEL PAPA ROMANO**

En efecto, el Papa felizmente reinante pertenece a una familia radicada en la urbe desde hace muchas generaciones y vinculada de antiguo a la historia de la Iglesia. Ministro de Hacienda del Estado Pontificio bajo Gregorio XVI (en la primera mitad del siglo pasado) fué ya un bisabuelo suyo; y el abuelo paterno fué también consejero de confianza de otro Papa: Ministro de Negocios Extranjeros con Pío IX, con quien concluye el poderío territorial de la Santa Sede.

Bien quedó demostrada la fidelidad de los Pacelli a la Iglesia Católica en ese período tan azaroso y tan desventurado de su historia: Revolución romana y efímera República (1848), expulsión del Papa y vuelta del mismo a la Urbe entre las bayonetas de la soldadesca napoleónica (1850), pérdida de los Estados (1859-1860) y entrada en Roma de las tropas italianas que proclamaron en ella la capitalidad del Reino (1870) no sin la alta protesta del Romano Pontífice.

Y bien quedó reiterada esa misma fidelidad durante los años llamados del cautiverio vaticano y bajo los pontificados de León XIII y de Pío X. Los Pacelli, que descollaban entre las altas jerarquías del Estado Papal y entre la aristocracia papalina, fueron de quienes renunciaron a las ventajas de incorporarse a la nueva soberanía y



Primera fotografía de Pío XII.

se mantuvieron frente al Estado Italiano en una especie de rebelde ostracismo paralelo al de los papas encerrados de por vida dentro de las murallas de la Ciudad Leonina. Y el Marqués Felipe Pacelli, el padre del actual Pontífice siguió al servicio de los Papas cautivos, llegando a ser Decano de los Abogados Consistoriales.

**BENEMERENCIAS DE LOS PACELLI PARA LA IGLESIA... Y PARA EL ESTADO**

Familia «papalina» o «papista», como véis, ligada a la Iglesia por siglos enteros, benemérita de la historia contemporánea del Papado... y benemérita asimismo de la causa de la reconciliación entre el Pontificado y el Reino de Italia.

Sí, benemérita en ambos sentidos y sin que ellos significaran una defección con respecto a la fidelidad de antes. Mientras los Papas se mantuvieron irremovibles en el «Non possumus» pronunciado por Pío IX y repetido por sus sucesores León XIII, Pío X y Benedicto XV, los Pacelli cumplieron sus órdenes e interpretaron sus designios con una fidelidad rayana en la intransigencia; pero poco a poco, los dirigentes de la Iglesia fueron sintiendo lo anacrónico de una actitud inconcluyente; concesión tras concesión, las relaciones entre el Vaticano y el Quirinal fueron perfilándose conforme a una realidad ineludible y conocido de hecho aunque no reconocida de derecho; y poco a poco, también, el desidio entre los dos Poderes fué perdiendo contenido dogmático hasta llegar a ser nada más que una fachada formalista.

Y cuando Pío XI (o el Cardenal Gasparri en nombre suyo) se propuso escuchar las proposiciones conciliadoras que los gobiernos venían reiterando sistemáticamente y de Papa en Papa desde el 1870, el hombre de confianza y de autoridad elegido para entablar las primeras conversaciones y para conducir las al terreno de las negociaciones diplomáticas propiamente dichas, fué precisamente el abogado Francisco Pacelli, hermano de Su Santidad Pío XII.

**EL CURIOSO DESTINO DE UN APELLIDO**

Más y más podrían detallarse los servicios y benemerencias de la estirpe romana de los Pacelli al Estado Pontificio en estos dos siglos. Baste lo dicho para reparar en el curioso destino de este apellido que dió consejeros a los últimos Papas-Reyes, instrumentos a la Conciliación y que ahora se ve enaltecido con la gloriosa ascensión al Vicariato de Cristo (al trono más alto y de más abolengo del mundo) de Su Eminencia Eugenio Pacelli, Pío XII.

Familia predestinada, apellido predestinado, hombre predestinado...

Familia predestinada, porque a través de sus generaciones, ha sido la suya una marcha hacia

la superación de los méritos, hacia la suma dignidad de las dignidades.

Apellido predestinado también éste de los Pacelli, cuyo progenitor fué un «Pace» que en español suena «Paz» y que (dicen los filólogos) fué adoptado como nombre augural. Paz, con sus múltiples variantes regionales, con sus prefijos y sufijos, con sus formas diminutivas y aumentativas, es uno de los patronímicos italianos más difusos: Pace, Paci, Pasi, Pacini, Pacetti, Pasinati, Pacione, Pacinelli, Pacelli, etc., etc.

La familia del actual Romano Pontífice es indudablemente originaria del centro o del sur de la Península, pues el sufijo «ello» predomina en las hablas de estas zonas. Para distinguir a los descendientes de un Pace se recurrió a dicho sufijo y de un Pacello del Lacio salieron los Pacelli antepasados.

**MAYESTATICA FIGURA DEL PAPA POLIGLOTA**

Hombre predestinado también, por su carrera luminosísima y por su figura moral e incluso física, que no podría ser más naturalmente majestuosa.

Alto de estatura, de personal cenefeo y con aires de gran señorío, como llevó la púrpura cardenalicia lleva ahora el armiño pontificio: con una elegancia casi hierática y con una austeridad y una dignidad verdaderamente reales. Y en él, la magnificencia de la pompa casi semidivina se acrece con la seria serenidad imponente de su temperamento.

En su mirada arde la brillantez de los iluminados y en su penetrante fijeza se adivina el carácter de uno que sabe hacerse obedecer ciegamente sin necesidad de mandar. Porque, en verdad, en Pío XII se funden sin confundirse el pensador ascético y abstraído del mundo y el hombre dinámico, autoritario y realista; el pastor rigurosísimo y el diplomático sutil; y también el discreto de pocas palabras y el orador poliglota.

Pío XI estaba en condiciones de seguir una conversación y hasta de improvisar un discurso (una de aquellas pláticas suyas que casi parecían premios, tan llenas estaban de enjundia y tan sometidas a una lógica concatenación) en lenguas vivas, a más del latín litúrgico y del griego clásico. Pío XII, sin contar las lenguas muertas, habla y escribe perfectamente, expeditamente italiano, español, inglés, francés, alemán y portugués y puede intervenir en discusiones que se entablen en holandés, en sueco y en húngaro. (Quien escribe le ha visto, siendo ya Secretario de Estado sostener una conversación con un grupo de periodistas que pertenecíamos a seis nacionalidades diversas y hablarnos a cada uno de nosotros en nuestro idioma respectivo e incluso manejando modismos castizos; señal inequívoca de estudio profundo y de dominio completo).

**SEMEJANZAS ENTRE PÍO XI Y PÍO XII**

En sus tendencias y gustos fundamentales, su personalidad se sintonizaba prodigiosamente con la del difunto Pío XI. Positivo e idealista como éste, Pío XII suele aparecer a veces como distraído y desinteresado por lo que le rodea; pero afirma inmediatamente la esencia de los problemas que se le plantean, los abarca en su complejidad y los analiza en sus detalles; y su visión tiene agudeza larga, comprensión inmensa y enjuiciamiento certero y definitivo.

Si a estas virtudes añadimos la ductibilidad de su talento diplomático, su conocimiento directo de la política internacional de la Iglesia y de sus necesidades y conveniencias, su don de lenguas y su don de gentes, comprenderemos el por qué no sólo de la unanimidad con que se le eligió sino también de la unanimidad con que su nombramiento ha sido comentado en todas las partes del mundo, en los países sometidos a los regímenes más contradictorios y hasta por boca de los hombres ideológicamente colocados en antípodas del catolicismo.

Otro don que acompaña su lucidez de genio y la firmeza de su temperamento es su memoria prodigiosa. El Cardenal Gasparri, de quien fué colaborador en la Codificación del Derecho Canónico, relataba anécdotas prodigiosas acerca de sus citas, de una exactitud infalible y oportuna.

Igual que el Papa Ratti, el Papa Pacelli es incansable. Madrugador consecuente, se levanta con el sol y su jornada de trabajo no baja de las diez-doce horas. Y a juzgar por el programa de sus primeros días de Pontificado, no ha cambiado sus costumbres... por más que si hoy tenido que renunciar a una de las que casi se privó ni un solo día durante su permanencia en Roma: el paseo diario por la Villa Humana.

—el parque de la capital—en compañía de un familiar y llevando siempre entre manos o bajo el brazo algún libro o algunos papeles.

**OTRAS DOTES DEL PAPA PACELLI**

Si por esas dotes de carácter se parece a su antecesor, en otras se diferencia de él, radicalmente. Así por ejemplo en la puntualidad. Durante su secretariado exigió siempre de todos sus colaboradores la misma rigurosa exactitud en el trabajo que en el horario. Y tan escrupuloso es, sobre este punto, que una anécdota cuenta que cuando estuvo en Buenos Aires como Legado Pontificio para el Congreso Eucarístico del 1934 y habiéndose organizado en honor suyo una recepción en el palacio tan a la hora justa que no sólo no habían llegado todos los invitados sino que ni siquiera el anfitrión estaba preparado para recibirle.

Ya que hemos hablado de la estancia en Buenos Aires recordemos que su curiosidad de viajero y su bondadoso comportamiento le conquistaron la simpatía de todos los platenses. Una de las tardes de ese Congreso, al oscurecer, se alejó con un sacerdote y sin escolta alguna se adentró por el barrio rojo de la metrópolis suramericana; el barrio donde pululan anarquistas, comunistas, sindicalistas y (confundidos con ellos) náufragos de la sociedad, gentes sin oficio o con oficios inconfesables. Y con gran asombro y alarma de su acompañante, detuvo a conversar con algunos de aquellos ex hombres que terminaron por acalmarle y por acompañarle con una actitud conmovida y conmovedora.

Otros episodios semejantes se cuentan de su permanencia en Munich durante la guerra, como Nuncio y como espontáneo protector de los prisioneros de los imperios centrales, y de su paso por París en 1936 y 1937. Y todos ellos documentan su amor por los más humildes y los más desgraciados; y el ascendiente casi prodigioso de su presencia en la que el instinto de la muchedumbre adivina una bondad angélica.

**EL LEMA DEL PASTOR ANGELICO:  
«EN LA JUSTICIA DE LA PAZ.»**

Una bondad angélica. He ahí por lo que muchos son quienes afirman que una vez más han acertado con él las profecías de San Malaquías pronosticando como sucesor del Papa de la «Intrepida fides» (Pío XI) un «Pastor angelicus».

Dicen quienes le conocen desde los albores del sacerdocio que su característica primordial y predominante es la riqueza de su vida espiritual. En Buenos Aires como en París y en el santuario de Lourdes como en el monasterio de Einsiedeln —a donde solía ir a reposarse, durante las vacaciones veraniegas—, su recogimiento ha dejado un recuerdo ejemplar. En la capital argentina, sobre todo. Durante la solemne procesión de clausura del Congreso, arrodillado en el reclinatorio puesto al pie del Santísimo Sacramento llevado en una carroza, permaneció inmóvil durante las dos horas largas empleadas para el recorrido: con los ojos cerrados, el cuerpo rigidamente erecto sobre las rodillas y las manos entrecruzadas... como una estatua; como la imagen de la Oración.

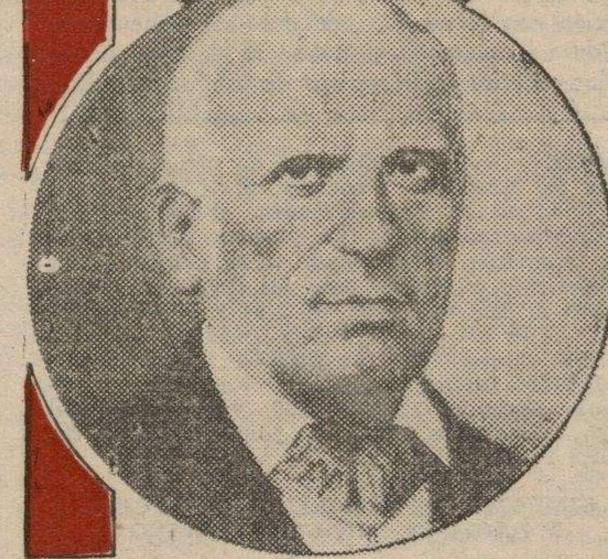
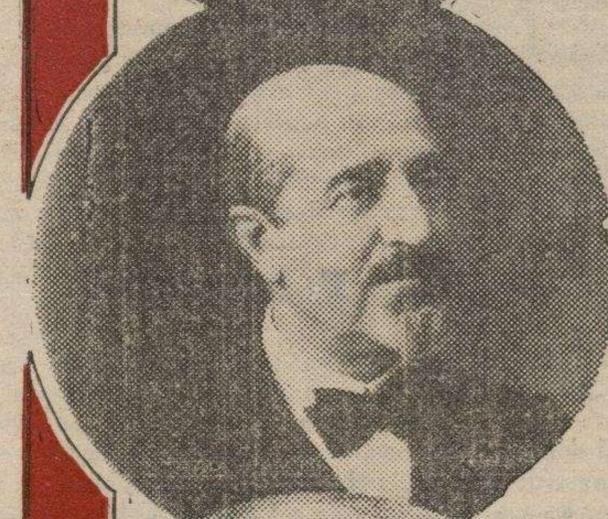
Pastor angélico, pues, será Pío XII y paladín de la paz, como su antecesor de quien fué el colaborador más asiduo y cuyo nombre ha elegido dando a entender que se propone seguir las mismas líneas generales de orientación.

Y política de pacificación será la suya, haciendo así honor al augurio implícito en su apellido y al lema de su escudo cardenalicio que es el mismo de la familia paterna. Figuran en él tres montes y sobre el más alto de los tres, posada, una paloma con las alas abiertas y un ramito de olivo en el pico; y como cartel heráldico estas palabras que son todo un programa: «Opus iustitiae pax».

Algunos periodistas apresurados han dicho que ese mismo lema figurará en el escudo pontificio del Papa Pacelli, ignorando que la heráldica no admite leyenda ninguna en las armas papales; otros han tejido otras inexactitudes en torno al origen de la frase, en realidad entresacada del profeta Isaías y en torno a su significado que es el siguiente: «La paz es hija de la justicia» o «En la justicia está la paz».

**LA JUVENTUD DE UN PREDESTINADO**

Fué en plena guerra cuando el futuro Pío XII, promovido a la dignidad episcopal, decidió adoptar el lema nobiliario como guión de su carrera diplomática. Era en la primavera del 1917; se necesitaba un hombre joven, enérgico y hábil para regir la difícil Nunciatura en Munich en aquellos



**LA FAMILIA DEL PONTIFICE.**—Arriba, el Marqués de Pacelli, padre de Pío XII. La señora Virginia Crazioli, madre del Papa. En tercer lugar, el actual Marqués Francisco Pacelli. Por último, el abuelo paterno de Pío XII.

tiempos álgidos del conflicto europeo; se pensaba en la conveniencia de un natural de país neutral; y con todo y con eso, el Secretario de Benedicto XV—lo era el Cardenal español Merry del Val—prefirió un italiano y ese italiano era Monseñor Pacelli a quien el Pontífice le deparó el altísimo honor de consagrarlo Arzobispo de Sardi con sus propios manos augustas.

Con aquel doble honor puede decirse que se cierra una etapa de la carrera del joven prelado: la de funcionario y profesor; y se abre otra: la de dignatario diplomático.

Nacido en Roma el 2 de marzo de 1876 y bautizado el 4 del mismo mes con los nombres de Eugenio, María, José y Juan, estudió las primeras letras con maestro particular y cursó la segunda enseñanza en el Liceo «Enni Quirino Visconti». Los estudios sacerdotales los inició en el Colegio Capranica, donde muy pronto se le despertó la vocación y los continuó y concluyó en el Seminario de San Apolinar, ordenándose el año 1899.

Anheló suyo era ya entonces (como lo fué siempre, aunque los designios de la Providencia no le permitieran nunca realizar plenamente los suyos) consagrarse enteramente al ministerio de Cristo, a la cura de almas, al apostolado activo, constante y cotidiano. Y lo mismo que su adolescencia se había fortalecido bajo la guía de los oratorianos de la Iglesia Nueva que siguen las huellas de aquel bizarro santo romanísimo y humanísimo que se llamó San Felipe Neri, sus primeros pasos sacerdotales le llevaron al Oratorio, entre cuyo «piccolo clero» figura inscrito el Reverendo Don Eugenio Pacelli.

Pero contra su voluntad, hubo de truncarse aquella orientación de su vida; y bien pronto. Sus padres y sus profesores, convencidos de las raras dotes del misacantano, lo indujeron a inscribirse en la Pontificia Academia de Nobles, para la preparación del personal sacerdotal que lleva por el mundo la representación diplomática de la Santa Sede.

**OFICINISTA, CATEDRATICO Y NUNCIO**

De allí salió para entrar en la Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios que no abandonó hasta que se le mandó en misión a Baviera. Durante esos años que van del 1901 hasta el 1917, Monseñor Pacelli consiguió doctorarse en Teología y en los dos Derechos (Romano y Canónico) y ser nombrado Profesor de Cánones en el Seminario Romano; y sin abandonar por completo sus actividades profesoras que luego ejerció en la misma Academia de los Nobles Eclesiásticos donde él se había perfeccionado, trabajó tan asiduamente en la referida Congregación que fué pasando de minutante a Subsecretario, de Subsecretario a Protosecretario y de Protosecretario a Secretario, cargo para el cual le nombrara Su Santidad Pío X, poco antes de morir.

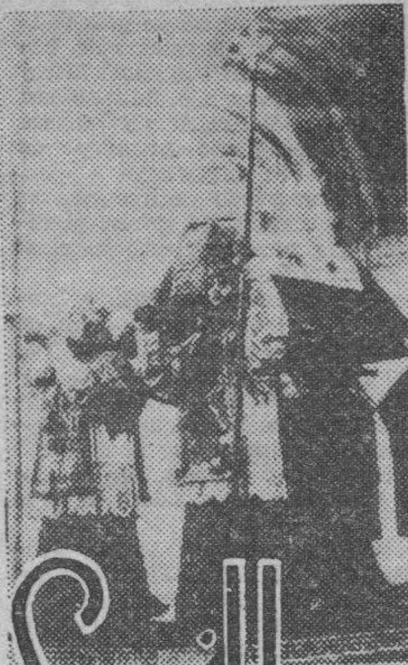
En ese mismo período, Mons. Pacelli (que durante toda su vida ha sido trabajador formidable y hombre de gran ductilidad) colaboró, como se na dicha, en la tarea de codificar el Derecho de la Iglesia; y no renunció a su gran amor sacerdotal, predicando, ejerciendo la cura de almas directa y ocupándose del apostolado cristiano entre la juventud y entre las clases populares.

De su nunciatura cerca de la Corte en un principio y luego ante la recién-nacida República Bavara y de sus aciertos y sus dificultades (Mons. Pacelli presenció en Munich las últimas escenas de la guerra con la derrota germánica, los estertores agónicos del Imperio y de las monarquías alemanas y el caos de los primeros meses de régimen republicano) no hay tiempo para hablar ahora. Como botón de muestra recordemos que el primer Concordato firmado en la postguerra por la Santa Sede fué el negociado por el Nuncio Pacelli con Baviera (1924) y que la Dieta de la República, más antirreligiosa que atea, lo aprobó con aplastante mayoría.

Como Nuncio en Berlín no fué menos arduo su cometido ni menos fructífero su esfuerzo que se cuajó con el primer Concordato con el Reich, en 1929. Una especie de reedición o ratificación de aquel Concordato es el pactado entre la Alemania de Von Papen—el precursor de Hitler—y la Secretaría de Estado ya regida por Su Eminencia Pacelli (1933).

**DEL CARDENALATO AL PAPADO**

Lograda la Conciliación entre la Santa Sede y el Reino de Italia (con el Tratado de Letrán de 1929), el Cardenal Pedro Gasparri había abandonado la Secretaría de Estado y para sucederle había sido nombrado el Cardenal Pacelli promo-

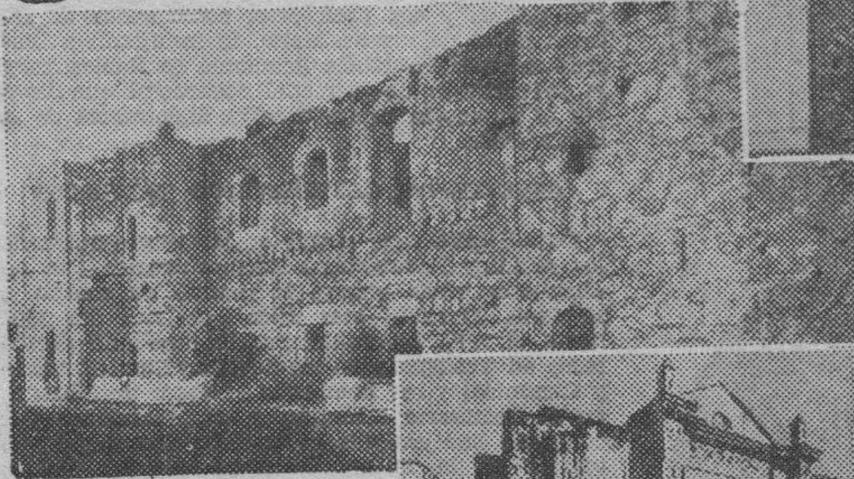


Monumento funerario en bronce policromado, obra de Zalci- llo de Cristóbal Colón que estu- vo en la Habana y fué más tar- de trasladado a Sevilla (Espa- ña). AL LADO: un apunte de Cristóbal Colón, por Valentino.



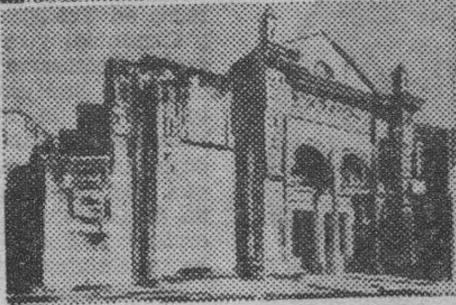
**EL EXAMEN ESCRUPULOSO DE LOS HECHOS, FAVORECE A LOS DOMINICANOS. UNA NUEVA INVESTIGACION SOBRE LOS RESTOS DEL GRAN ALMIRANTE.**

**Sevilla y Sto. DOMINGO se disputan los restos de Colón**



Ruinas del Palacio de Diego Colón, en Santo Domingo. Al lado: un detalle de la catedral.

Rep Dominicana-Alegórica caja de bronce que guarda los restos de Colón en la Catedral de Ciudad Trujillo.



Por **F. Laregui**

Dice la información del New York Times sobre dicho acto, que según la Enciclopedia Británica los restos de Colón están en Sevilla. Esta es la opinión de la mayoría de los historiadores españoles. Pero los dominicanos oponen hechos y argumentos.

Colón murió en Valladolid, España, el 20 de mayo de 1506. Y Colón, poco antes de morir, hizo conocer su voluntad de ser enterrado en la isla Española por él descubierto y a la cual siempre tuvo especial predilección. Enterrado primero en la iglesia de San Francisco de Valladolid, fué trasladado luego a la Cartuja del Monasterio de Las Cuevas, cerca de Sevilla. En este mismo monasterio se enterró años más tarde el hijo de Cristóbal Colón, Diego, y previa licencia del Emperador Carlos V ambos Colonos fueron trasladados a mediados del siglo XVI a la ciudad de Santo Domingo, con permiso de ser enterrados en su catedral.

En 1649, el primer Arzobispo de la diócesis de Santo Domingo, escribió que los restos de Colón eran muy venerados en su tumba de la catedral dominicana.

En 1655, una temida incursión de piratas en la isla hizo que entre las precauciones que se tomaron para evitar destrozos y profanaciones, como las que a menudo perpetraban los piratas, no obstante la vigilancia y persecuciones por parte de la armada española, el entonces arzobispo, Don Francisco Pío, hizo borrar las señales que había en la tumba de Colón.

En un Sínodo o concilio diocesano celebrado en Santo Domingo, en 1683, se hizo constar que los restos de Colón estaban junto al muro del altar mayor en el presbiterio de la catedral, diciéndose que esto constaba por vieja tradición de los habitantes de la isla. A esto nota Cronau, en un opúsculo «The last resting place of Columbus» (New York 1928), que indudablemente despo-

vincente y conmovedora de este modelo de orden sagrado.

Y aquella tarea y estos cuidados no le impedían participar con toda la prestancia de una persona y de su personalidad en actos públicos privados consiguientes a los altos oficios desempeñados.

Una predilección especial ha manifestado siempre el Santo Padre hacia Cuba. De regreso de su viaje a los Estados Unidos, el futuro Pío XII—a quien por diversos conceptos le cuadra apelativo de Papa americanista—dejó entender muy a las claras su deseo de visitar la Perla de las Antillas.

Diversas pruebas de esa simpatía hacia la República de Cuba y hacia Su Excelencia el Cardenal Rivera, su Ministro plenipotenciaria ante Santa Sede, podríamos elencar aquí y no lo hacemos por comprensibles escrúpulos de discreción.

Sólo porque el hecho representa una excepción bien sintomática, señalaremos para concluir que conocedor de que al ilustre diplomático cubano le había nacido un nieto—hijo de su primogénito Don Nicolás Rivero y Machado y de Doña Raquel Rodríguez—el entonces Cardenal Secretario de Estado hizo saber al feliz abuelo que habría unido gusto en administrarle las aguas bautismales al IV Nicolás de la dinastía.

El bautizo dió lugar a una recepción brillantísima en la Legación cubana, el día 14 de septiembre de 1937.

Fué aquella una prueba más y muy significativa de la benévola amistad con que el que llamamos Papa Pío XII honra al señor Don Nicolás Rivero y Alonso.

Por último diremos que el Pontífice es Caballero Gran Cruz de la Orden de Carlos María de Céspedes.

Roma, marzo de 1939.

**E**L examen imparcial de los hechos y de las alegaciones de ambas partes que se disputan la autenticidad de los restos de Colón, inclina a tener por verdaderos restos del Descubridor de América, los que reposan en la catedral dominicana.

El domingo 19 de marzo, se ha celebrado la ceremonia de abrir la tumba de la catedral dominicana, en acto de homenaje a Cristóbal Colón, en relación con la erección del faro monumento dedicado a su memoria y que se ha de construir en las inmediaciones del puerto de Ciudad Trujillo.

vido a la más alta dignidad de la carrera, al cardenalato, en el Cónclave del 16 de noviembre del mismo año de la Conciliación.

Al cabo de doce años de representación diplomática en Alemania, el neo-Cardenal volvía a Roma; en febrero de 1930, Pío XI le nombraba Secretario de Estado, Prefecto de la Sagrada Congregación de los Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios (en cuyo seno había vivido toda su vida de funcionario vaticano) y Presidente de la Comisión Cardenalicia que administra los Bienes de la Santa Sede; y al mes siguiente Arcipreste de la Basílica Vaticana. La designación para cada uno de estos cargos era suficientemente significativa de la suma benevolencia y del grandísimo aprecio en que el Papa que en paz descansa tenía al flamante purpurado. Y más significativo es todavía el hecho de que en este último cargo sucediera al Cardenal Merry del Val y en los dos anteriores al Cardenal Gasparri, figuras tan ilustres del Sacro Colegio; y que muerto el último de sus dos famosísimos predecesores en la Secretaría, Pío XI acumulara en él la otra de las dos mayores dignidades cardenales: la de Cardealengo de la Iglesia Católica.

La labor del Secretario de Estado en los nueve años justos que hubo de serlo es muy copiosa.

Detallarla requeriría disponer de otras dos páginas del DIARIO. Elencarla, nada más no da una idea de su transcendencia. Limitémonos a aludir a los Cocordatos firmados con Baden, Austria, Alemania, Yugoslavia y Rumanía; a las Delegaciones especiales para los Congresos Eucarísticos de Buenos Aires en 1934 y Budapest en 1938; a su misión pontificia para la clausura del Año Santo (1935) en Lourdes; a su viaje a los Estados Unidos para encontrarse con el Presidente Roosevelt el año 1936; y a su triunfal viaje a París en 1937, en pleno gobierno del Frente Popular.

**SIMPATIA DE PIO XII HACIA CUBA Y HACIA EL MINISTRO CUBANO**

Toda esta ininterrumpida y fecunda labor política, diplomática y representativa del Cardenal que hoy es el Jefe de la Catolicidad, no le obligó a renunciar a su originaria vocación apostólica.

A cultivarla y servirla dedicó siempre las pocas horas de sus múltiples cargos. Muchos ambientes populares de Roma han venido beneficiándose de su asiduidad sacerdotal, de sus cuidados atentos y minuciosos, de la ejemplaridad sencilla de su cura de almas, de la elocuencia sabia, llana, con-

del ataque de los piratas en 1655 no quedó signo alguno que mostrara el lugar exacto donde estaba la tumba de Colón.

**LOS ESPAÑOLES INTENTARON LLEVARSE A LA HABANA LOS RESTOS DE COLÓN**

Por el tratado de Basilea de 1795, España cedió a Francia la isla dominicana, llamada Española, y por muchos extranjeros «Hispaniola», que es como vuelve a figurar en los mapas norteamericanos. En dicho tratado, los españoles se reservaron el derecho de retirar de Santo Domingo los restos de Colón, y el 20 de diciembre de 1795, ante el general español Gabriel de Aristizábal y el Arzobispo de Santo Domingo, se hicieron algunos trabajos de excavación en busca de la tumba de Colón, que por tradición constaba existir al lado del Evangelio, donde se halló una sepultura. Recogidos con gran cuidado los restos humanos, fueron depositados en una urna y trasladados a la catedral de la Habana. Allí estuvieron estos restos, hasta que a la terminación del dominio español en Cuba.

**EL HALLAZGO DE OTROS RESTOS EN LA CATEDRAL**

En el año 1877, se realizaron trabajos de restauración en la catedral dominicana; y el 10 de septiembre de este año, fué descubierta una tumba con restos humanos, situada junto al muro del lado del Evangelio del altar mayor y junto al lugar que ocupó la otra tumba de la cual se sacaron en 1795 los restos creídos de Colón, que fueron llevados a la Habana y luego más tarde a Sevilla.

La tumba que estaba enterrada sin señal alguna fuera, tal como se ocultaron los sepulcros cuando hubo peligro de ser profanados por los piratas, contenía una caja de plomo, en la que había restos humanos. Lo importante, y que al propio tiempo ha dado lugar a la controversia sobre la autenticidad de los restos y discusión acerca de si son éstos o los que se trasladaron a la Habana los de Cristóbal Colón, son las inscripciones que había en la caja de plomo. Una de estas inscripciones está en la parte interior de la tapa de la caja de plomo, y dice: «Illtre y Esdo. Varon Dn. Cristoval Colon». Aclarando las abreviaturas de esta inscripción, resulta: «Illustre y esclarecido varón don Cristóbal Colón».

Pero estas inscripciones, especialmente las mencionadas últimamente, son las que ofrecen motivo sobrado para la duda de su autenticidad. Es decir, sobre que sean verdaderas inscripciones de la época en que fué enterrado Colón, bien sea en España, bien sea en la catedral de Santo Domingo.

El conocimiento de la paleografía aclara generalmente las dudas sobre una escritura antigua, pero más en sentido afirmativo que negativo. Esto es, que la coincidencia de rasgos y abreviaturas, prueba que pertenecen a tal o cual época. Pero la carencia de los mismos rasgos y el cambio de abreviaturas, no puede ser de por sí prueba de falsedad.

Además, en el caso de la urna de Colón, cabe muy bien que las inscripciones de la misma fueran puestas cuando se cubrieron las tumbas por miedo a los piratas, y fueran escritas por gentes inexpertas, usando incluso caracteres de diferentes épocas malamente copiadas de libros vistos o de otras inscripciones recordadas. Cronau, se decide abiertamente por la autenticidad de las inscripciones, en su libro publicado en 1892, «Amerika, die Geschichte seiner Entdeckung». Cronau, en sus escritos sobre América, ciertamente ha mostrado cierta agresividad contra España.

**TESTIMONIOS DE AUTORIDAD A FAVOR DE LOS RESTOS DE LA CATEDRAL DOMINICANA**

Antes que Cronau publicara sus trabajos históricos sobre los restos de Colón, un dominicano, Emiliano Tejera, escribió una obra muy detallada sobre los mismos, cuya última edición es el libro «Los restos de Colón en Santo Domingo y los

dos restos de Colón, Santo Domingo, 1928». Muestra este autor cierto apasionamiento dominicano, como del otro lado los historiadores españoles se apasionan y tratan con sentimientos patrióticos el punto de vista a favor de que los restos de Sevilla son los verdaderos del Descubridor. Sin embargo, en estas cuestiones históricas, el patriotismo debe dejarse de lado y examinarlas fríamente.

Entre las razones que aducen los partidarios de lo que puede ser llamado la tesis sevillana, está la suposición de que hubo superchería de parte de los dominicanos y se les cree inventores de una patraña y no descubridores de una rectificación histórica.

En primer lugar, puesto que se trataría de una falsedad, lo cual es un delito, puede aplicarse un principio de investigación criminal, buscando a quién podía aprovechar el supuesto delito. En 1877, ni siquiera se puede suponer que existiera interés en convertir la isla Española en lugar de turismo, para ofrecer los restos de Colón como atractivo y medio de aumentar los ingresos. El turismo se ha desarrollado muy posteriormente. Tampoco cabe interés de carácter eclesiástico en las autoridades de este orden que fueron las que primeramente supieron e intervinieron en el hallazgo. Colón, con ser un gran hombre, no era santo, y su cuerpo no podía dar lugar a convertir la catedral dominicana en lugar de peregrinación. Ni las autoridades civiles ni los amantes de los monumentos históricos podían, en Santo Domingo, sentir la tentación de forjar la superchería, ya que teniendo la capital dominicana muchos monumentos, y algunos muy bellos, del tiempo colonial, una pobre urna de plomo, no podía apasionar más que a un verdadero investigador

Las personas que entonces intervinieron, es testimonio general y común, sin la más mínima excepción puesta por nadie, que eran personas honorables e incapaces de engañar a las gentes. El que posiblemente intervino en forma más directa fué el entonces canónigo de la catedral y luego arzobispo dominicano, Monseñor Francisco Javier Billini, que dejó durante toda su vida fama de íntegro y serio. Era Delegado Apostólico, Monseñor Roque Coccia, que por su carácter de representante del Papa y por ser italiano (sabido es que los italianos ilustrados sienten muy profundamente el amor a la verdadera cultura), no iba a admitir fácilmente una superchería. También intervino el Cónsul de España, don José Manuel Echeverri, y era español el ingeniero Jesús María Castillo, que fué quien dirigía las obras de reparación o restauración que dieron lugar al descubrimiento. Además de todas estas personas, de las que no se puede sospechar nada, intervinieron como testigos varias otras, pues en cuanto se comenzó a descubrir la urna hubo cuidado de comprobar bien lo que se iba descubriendo, pensándose al comienzo, como dice Tejera, que se trataba de los restos de don Diego Colón. De todo se levantó una solemne acta.

En la ocasión, antes mencionada, de haber hablado yo con el historiador Cronau, pude ver una carta original e inédita, que conserva un dominicano de cultura y prestigio, el abogado don Rodríguez Demorizi, la cual se escribió en los días en que se acababa de hacer el descubrimiento. Es una carta íntima de otra persona respetable, don Carlos Nouel, padre de Monseñor Adolfo Nouel, que entonces estaba estudiando en el Colegio Pío Latino Americano de Roma, y fué luego arzobispo de la diócesis dominicana. En esta carta se dan detalles del descubrimiento de los restos de Colón, en forma que no ofrece la menor duda

También en esta misma ocasión, conocí en Ciudad Trujillo, al magistrado de la Corte Suprema de Justicia Dominicana, don Cayetano Armando Rodríguez, quien me refirió que siendo entonces muchacho, fué uno de los que ayudó a limpiar las inscripciones de la urna descubierta,

que estaban cubiertas de polvo. Este testimonio es de una importancia enorme, pues prueba que las inscripciones eran antiguas, siendo cosa secundaria que fueran de la época del enterramiento de Colón, como de la época en que se borraron las señales exteriores de las tumbas para evitar profanaciones y robos de los piratas.

Otra persona, que recuerda perfectamente cuanto ocurrió en la época del descubrimiento de la urna de Colón, es el Director de la Academia Dominicana de la Lengua, Correspondiente de la Real Academia Española, doctor Federico Henríquez Carvajal.

Había, pues, la posibilidad de que al llevarse unos restos en 1795, fueran ciertamente los primeros que se hallaron, y no los que en realidad había interés en llevarse. Es un error muy natural y explicable. Se comenzó a excavar, se halló una fosa, y como estaba en el presbiterio, al lado del altar mayor en que se lee el Evangelio, esto es el lado derecho del altar y el izquierdo de la gente que mira al propio altar, no se averiguó más.

Esta sospecha, de que pasara así, la tuve inmediatamente que comencé a interesarme por esta cuestión. Pero tenía una duda, y me interesaba disiparla con lo que los juristas llaman, en términos de investigación judicial, una «inspección ocular», que es lo primero que practica un buen policía que trata de averiguar o esclarecer algo. Y tuve la oportunidad de visitar la catedral dominicana, en la que a primera impresión ocular, comprendí la posibilidad y hasta la casi seguridad del error sufrido por los españoles, cuando se llevaron unos restos a la Habana. La tumba de la que se sacaron en 1877 otros restos, que son los que como los auténticos de Colón reposan en el nuevo mausoleo de la misma catedral, estaba junto al muro, al lado de una puerta, en forma que parecía menos asequible, que el lugar donde estaba la otra tumba abierta en 1795. Esta última tumba por estar más cercana al altar, se halló primeramente, y al hallarla, se dió por la buscada. Hubo, por lo tanto un error y una precipitación por parte de los que sacaron unos restos en 1795 y los llevaron a la isla de Cuba. En reconocer este error no hay ni puede haber desdoro ni deshonra alguno para España, que precisamente al tener tanto interés en guardar bajo su dominio los restos del Descubridor, probó una vez más su gran amor por América.

Hay a favor de los españoles que sacaron unos restos humanos de la catedral dominicana en 1795, el antecedente de unos documentos de 1783, que reproduce en su obra Tejera, por los cuales consta que en otra ocasión de practicarse algunas obras en la catedral, se halló una caja de plomo sin inscripción alguna, con restos humanos, que se creyó eran los del Descubridor de América. Esto de que se creyó, o sea que no había la seguridad absoluta de afirmarlo categóricamente, y algún rumor o duda, de que se había hecho eco el nombrado don Carlos Nouel y que había participado al canónigo Billini sobre la posibilidad de que hubiese habido equivocación

Porque en síntesis, toda la cuestión sobre la autenticidad de los restos de Colón, estriba en si hubo error al llevar una urna a la Habana y en si hubo mala fe en fabricar unas inscripciones en la urna que quedó en la catedral dominicana.

Por otra parte, no hay la más mínima prueba directa, sino únicamente acusaciones, sobre la verosimilitud de las inscripciones halladas en la otra urna funeraria, y no cabiendo en modo alguno la más mínima sospecha sobre la honorabilidad de las personas que intervinieron en el descubrimiento de la última urna, cuya situación en el presbiterio de la catedral y cuyas inscripciones están en favor de ser la que contenía realmente los restos de Colón, no puede negarse a los dominicanos el derecho a proclamar que son los restos de su catedral los auténticos de Colón.

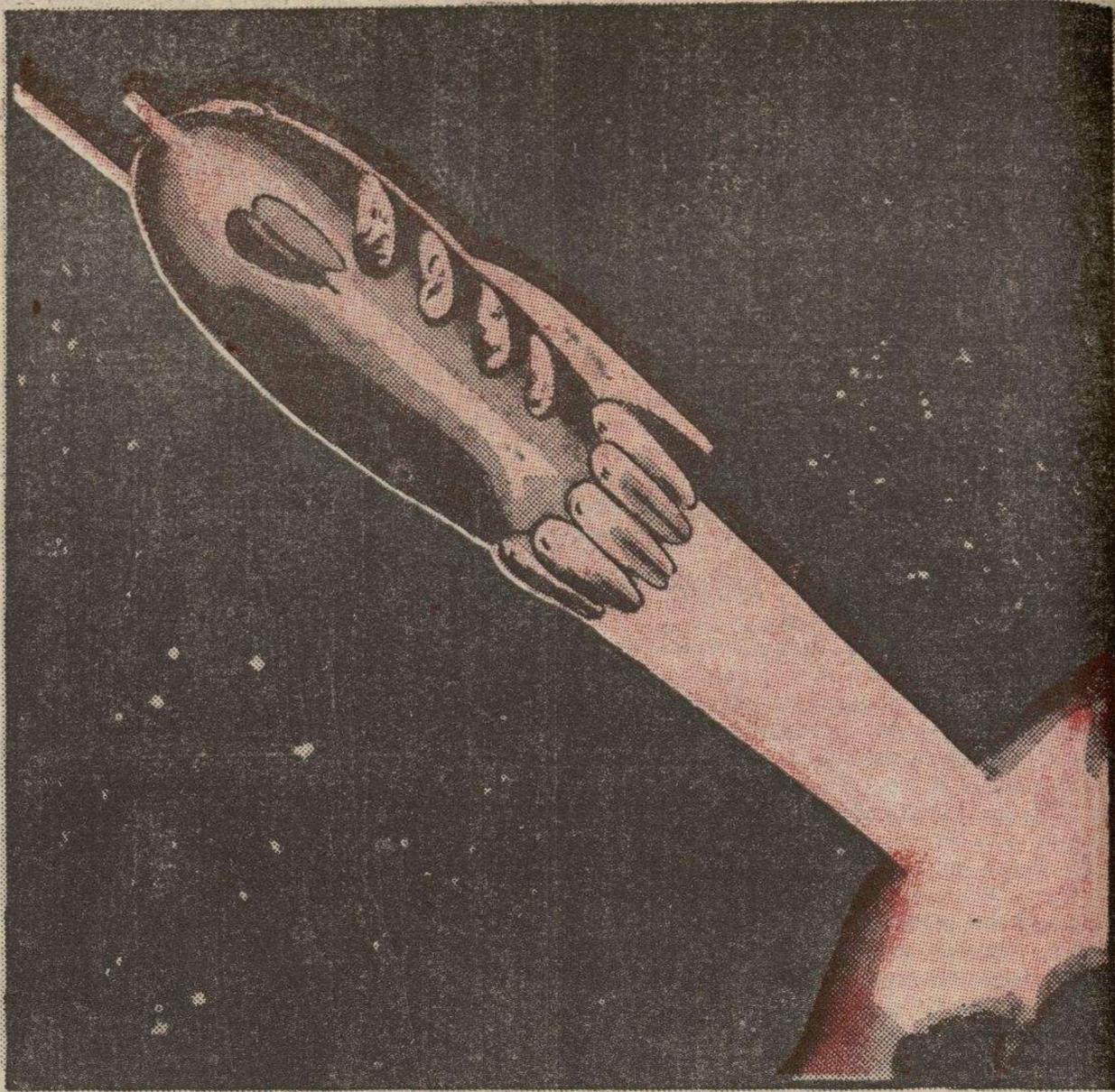
CUANDO oímos hablar de cohetes—artificio de pólvora que se lanza a lo alto, donde estalla produciendo una luz de color y formas diversas—pensamos casi obligadamente en el volador bullanguero de las fiestas patrióticas, en su silbido penetrante, la cinta de fuego que deja al pasar, el culebreo de las chispas desfallecientes y el chorro de estrellas que ilumina el espacio.

Ese cohete en acción es el que conoce el público. Muchas noches nos hemos entretenido observando al artificio de pólvora rompiendo la obscuridad con su luz clara y vivísima. Consideramos el juguete pirotécnico, pues, como un incidente más—casi obligatorio—de las fiestas patrióticas. Pocos son los que saben que alrededor de esta inocente distracción está fija la vista de los hombres de ciencias que estudian en ella los más complicados problemas aerofísicos o aeronáuticos.

A pesar de los profundos estudios que hasta la fecha se han realizado en esta materia, el hombre de la calle continúa viendo en el cohete algo fantástico, pintoresco y lleno de color.

La utilización del cohete como nave del espacio presentó siempre el grave problema de dirigirlo una vez que era lanzado al aire. Como nave, el cohete planteaba la cuestión del control de la trayectoria no resuelto tanto con el artificio de la pólvora como con el proyectil, que seguían una ruta irregular. Este ha sido el obstáculo mayor encontrado por la ciencia en su investigación del espacio.

Hace muy pocos días, no obstante, se dió a conocer una noticia de extraordinaria importancia en este campo de investigación: el profesor Roberto H. Goddar, notable físico de la Universidad de Clark, en Worcester, Estados Unidos, acababa de inventar un mecanismo para controlar la



# AMARTE, o a la LUNA

dirección del cohete. El nuevo invento es más ambicioso aún y pretende que en caso de que el combustible se termine, la nave, en lugar de tener que regresar a la Tierra, podrá continuar su trayectoria.

## RESOLVIENDO EL PROBLEMA

Durante mucho tiempo la dificultad grande que encontraba el doctor Goddar era la cuestión de la dirección. Los vientos y otros factores hacían que el cohete no pudiera seguir una ruta en línea recta. En una de las pruebas un cohete hizo un recorrido de mil pies hacia arriba, desviándose dos millas en dirección horizontal.

En los primeros experimentos con cohetes, que comenzaron en 1907, los físicos utilizaban el viejo método de la pólvora. La pólvora, en lugar de hacer explosión a un tiempo, debido a cierto procedimiento parecido al de las ametralladoras, iba pasando poco a poco a la cámara de combustión. El aparato, durante el vuelo, era impulsado por una serie de explosiones sucesivas. Pero la pólvora arde irregularmente y esto constituía un enorme peligro.

En la actualidad se prefiere el combustible líquido: el oxígeno en estado de licuefacción y la gasolina. Los dos líquidos son inyectados bajo gran presión dentro de la cámara de combustión, producen una velocidad fantástica con sus explosiones; mientras el gas exhausto es lanzado al espacio por una especie de cuello en forma có-

MEJORAN LA NAVE-COHETE PARA UN VIAJE. AL FISICO NORTEAMERICANO ROBERT H. GODDAR SE DEBE LA NOTABLE INVENCION QUE HACE POSIBLE DIRIGIR LA NAVE DEL ESPACIO

nica. El resultado que se ha obtenido es que la explosión desarrolla diez veces más energía que el TNT.

El cohete que el doctor Goddar ha estado probando en el Estado de Nuevo México, Estados Unidos, sale de la torre de lanzamiento con bastante lentitud y después va acelerando su velocidad progresivamente. Tanto el problema del combustible como el del peso han sido resueltos; lo que se estudia ahora es la manera de hacer seguir al cohete un curso predeterminado. Como solución a esta cuestión el doctor Goddar inventó el giroscopio estabilizador. Al desviarse el cohete de la trayectoria que se le ha trazado, interviene el giroscopio devolviéndole de nuevo a su ruta.

## UNA TRAYECTORIA RECTA

Fué en 1936 cuando el hombre de ciencia que hemos mencionado repetidamente inventó el me-

canismo del giroscopio para darle dirección al cohete mientras duraba su combustible. Desde esa fecha hasta hoy, haciendo muy pocas alteraciones en su giroscopio, el doctor Goddar no solamente ha tenido éxito haciendo seguir una trayectoria recta a su proyectil, sino que aumentó en un 30 por ciento la capacidad de recorrido de su nave-cohete—larga, delgada y negra—que es capaz de alcanzar una velocidad de 700 millas por hora. Esto completa el invento que controla la dirección del proyectil.

No nos sorprendamos, pues, cuando nos llegue algún día la noticia que desde el laboratorio en forma de plato del doctor Goddar, situado en Eden Valley, ha salido en fantástico vuelo un extraño proyectil con objeto de recorrer la cortina que durante siglos impidió un estudio efectivo de los planetas, descubrir el universo del fu-

turo y su pasado, atravesando la atmósfera viscosa que rodea a nuestro mundo.

La nave-cohete resolverá un gran problema para la aerofísica, la aeronáutica, la astronomía, la meteorología y la ciencia en general: la cuestión del espacio y el tiempo. Es conveniente apuntar aquí que los hombres de ciencia que se dedican a la investigación del cohete no sólo piensan en hacer un viaje a la Luna, considerado por muchos como un sueño de locos. La posibilidad fascinadora de llegar a la Luna ha surgido, no obstante, debido a que el cohete, a diferencia del aeroplano no necesita, del aire para sostenerse o impulsarse.

Generalmente se admite en la actualidad que el cohete—inventado hace siglos por los chinos como un arma de guerra—es el único aparato capaz de volar más allá de la capa de aire que rodea a la Tierra. La preocupación mayor del doctor Goddar no es en sí el cohete sino el problema de la resistencia que éste encontrará en el espacio. Cuando caminamos encontramos una resistencia infinitesimal por parte del aire, pero si fuéramos a una enorme velocidad nos encontraríamos como un nadador que fuera lanzado en un océano de almíbar.

Una vez que el cohete haya atravesado la capa de aire que rodea a la Tierra necesitará muy poco combustible. Hace más de diez años que el profesor Goddar proyectó un cohete que se impulsaría en el espacio utilizando la luz del sol o de las estrellas. La gran dificultad sigue siendo la densa capa de la atmósfera, que, como una sábana, nos separa del espacio abierto.

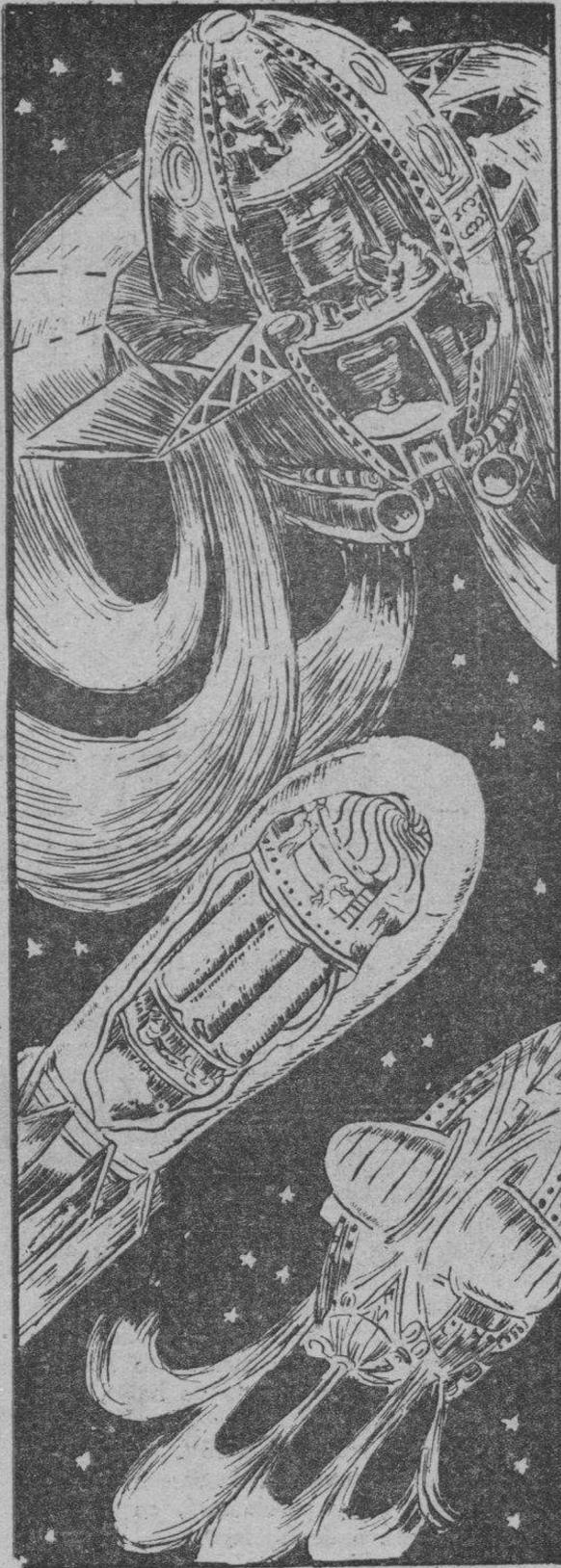
No hay que hacer mucho esfuerzo para demostrar que unos cuantos minutos de viaje en la nave-cohete del espacio serán de mayor utilidad a la astronomía que todos los estudios que se hicieron hasta la fecha en conjunto. Los telescopios usados desde la superficie de la Tierra y los astrónomos encuentran una enorme dificultad para las investigaciones, debido a que tienen que atravesar unas 300 millas de aire, lo que hace muy pobre la visibilidad. Lo ideal sería llegar en un coete a la Luna y establecer en sus planicies sin atmósfera una especie de observatorio que nos enviara por radio los informes obtenidos.

El físico de la Universidad de Clark está tratando de atravesar las capas más bajas de aire, algunas millas más allá de la altura a que han llegado los aeroplanos y globos hasta el presente. La meta parece que será alcanzada muy pronto. Después de la experiencia se intentará lanzar el cohete al espacio abierto.

### EL PAPEL DE PROFETA

Durante los muchos años que el doctor Goddar ha estado experimentando con los cohetes, su nombre fué rodeado por cierto misterio y se le consideró como una especie de profeta. La gente principalmente pensaba en el aspecto fantástico del hombre que creía posible un viaje a la Luna utilizando un monstruo de metal en forma de torpedo.

Al mismo tiempo que los experimentos avanzaban fué creciendo el interés de los hombres al darse cuenta de que los otros planetas, como el nuestro, son también mundos. La imaginación de muchas personas comenzó a trabajar. Abandonar la Tierra en un aparato herméticamente cerrado, ir más allá de la atmósfera, de planeta en planeta, con una velocidad de relámpago, ver lo más notable del lado de la Luna que nos es desconocido, establecer contacto con las extrañas criaturas de Marte...



El hombre desde hace muchos años sueña con los viajes interplanetarios. Pero el sueño comenzó a hacerse una realidad hará unos veinte años. Ya en este plano de fantasía diremos que si la nave-cohete se convierte en un vehículo efectivo para los viajes interplanetarios, los itinerarios tendrán que ser elaborados con extremada atención y cuidado.

Ningún planeta está fijo en un lugar determinado. Los astrónomos en la Tierra tendrán que calcular el momento en que Marte se encuentre más cerca de nosotros. Entonces el cohete será lanzado directamente al lugar del cielo donde se encontrará el planeta después de catorce semanas, que es lo que se supone demostrará el proyectil en el viaje.

### SE REQUIERE PRECISION

Los cálculos para que la nave-proyectil llegue a su destino tienen que ser muy exactos. Un error mínimo puede hacer que el cohete pase más allá de Marte, por ejemplo, perdiéndose en el infinito con su carga humana que morirá por inacción.

Ningún visitante al planeta Marte, aceptando que se pueda llegar a él, podrá permanecer allí por largo tiempo. Cualquier demora en el viaje de regreso puede hacer que los tripulantes del cohete tengan que permanecer allí durante dos años, esperando que el planeta vuelva a acercarse a la Tierra.

Un viaje a la Luna no tendría ninguna utilidad, ya que se trata de un planeta muerto.

Queda también Venus. Los astrónomos dicen que existe allí atmósfera y que tiene más o menos el tamaño de la Tierra. La rotación de Venus, no obstante, no es igual a la nuestra por lo cual uno de los lados está siempre completamente helado y el otro bajo el calor horrible de los rayos solares. Se cree que en el centro existe una faja en la que puede ser posible la vida del hombre.

Si los que hagan el viaje se deciden por ir a Venus en lugar de a Marte, necesitarán una nave-cohete que pese 21.000.000 de toneladas, lo que hace el proyecto obviamente imposible.

Cada día la ciencia avanza y se hacen nuevos inventos en este campo. Dentro de pocos años los expertos esperan poder usar las fuerzas enormes del átomo. Cuando esto se logre, el problema del combustible estará resuelto, ya que con unas cuantas toneladas de gasolina no es posible que un cohete vaya a Marte y regrese. La necesidad de miles de toneladas de combustible será eliminada.

### UN VUELO TRASATLANTICO

El planeta Marte, no obstante, no será la meta del primer cohete. En la actualidad está perfectamente planeado el tipo de cohete que se utilizará para un viaje a través del Atlántico. La nave será en forma de torpedo y estará herméticamente cerrada. La lanzarán desde una especie de catapulta con una inclinación de unos sesenta grados.

Cuando se encuentre sobre la mitad del Atlántico estará volando a 600 millas sobre la superficie de la Tierra y a una velocidad de diez mil millas por hora. Desde allí comenzará a descender de nuevo sobre la Tierra como un bólido de plata.

Si el enorme torpedo, a esta formidable velocidad, no pudiera ser controlado, sería capaz de volar, al caer, una ciudad. El descenso, no obstante, no será brusco; estará perfectamente dominado por la tripulación. Al dejar de funcionar el motor, unas alas enormes saldrán del cohete que harán lento el amarizaje. Además estará provisto el aparato de deslizadores y flotadores.

Según los cálculos que se han hecho, un viaje de Estados Unidos a Londres, París o Berlín, se hará en menos de una hora. La mayor parte de los sesenta minutos se dedicarán a preparar el descenso para evitar los cambios bruscos de velocidad. Un cohete que llevara solamente carga haría el recorrido en sólo 15 minutos.

Cuando se haga el primer viaje interplanetario habrá que honrar a los tres hombres que han trabajado más en este campo: el profesor Robert H. Goddar, de Estados Unidos; el profesor Hermann Oberth, de Alemania, y Robert Esnault-Pelterie, de Francia.

Todo parece indicar también que el cohete se convertirá en un arma terrible de guerra. Un torpedo-cohete ya ha sido inventado. Pueden ser lanzados desde cincuenta millas de distancia del objetivo. Los primeros que usaron el cohete como arma de guerra fueron los chinos, quienes los empleaban para lanzar las flechas en las batallas contra los mongoles, 1.200 años antes de la Era Cristiana.

**E**L 11 de marzo de 1938, Frau Berta Szeps-Zuckermandl oye, estupefacta, en su residencia de Viena, la voz de la radio. Quien habla es el Canciller Schuschnigg, después de su retorno de la espectacular conferencia con el Führer Adolfo Hitler en Berchtesgaden. «El Presidente Miklas me pide que informe al pueblo austriaco que nosotros no estamos preparados para derramar sangre. Hemos decidido ordenar a las tropas que no ofrezcan resistencia activa—resistencia alguna».

Berta Szeps no acierta a creer lo que oye. Pocas horas antes, todo el mundo estaba seguro de Austria. Egon Friedell y Rudolf Beer confiaban en la ayuda de Francia e Inglaterra, y hasta de Italia, ante las amenazas de Hitler. Pero sí, era cierto. Las tropas del Tercer Reich invadían el territorio nacional; Friedell, Beer, los patriotas confiados, recurrían al suicidio para redimir su honor; los que no se suicidaban, eran encarcelados por la Gestapo. Socorrida por Paul Clemenceau y Paul Géraldy, y gracias a una suerte milagrosa, Berta escapa acompañada de su nieto, y abandona así la tierra de sus amores. En ese mismo instante está entrando en Viena la vanguardia del semidiós teutónico que viene, personalmente a dictar las normas del «Kulturkampf».

#### HISTORIA INTERNA DE VIENA, 1878-1938

En su reciente libro «Mi vida y mi historia» Berta Szeps nos describe con soberano dominio de su tema la vida y la historia de la capital austriaca, según sus experiencias de que tuvo uso de razón para observarla y comprender su significado. Era hija de Moritz Szeps, famoso periodista liberal y director del «Neues Wiener Tagblatt». Casada con el hombre de ciencia y musicólogo Emil Zuckermandl, tuvo oportunidad de conocer mucha gente conspicua de su tiempo. Tenía una hermana casada con Paul Clemenceau. El hermano de éste, Georges Clemenceau, el «Tigre de Francia», fué su íntimo amigo. Vivió, pues, en el centro de la política, del arte, de la intriga internacional, de la cultura de Europa.

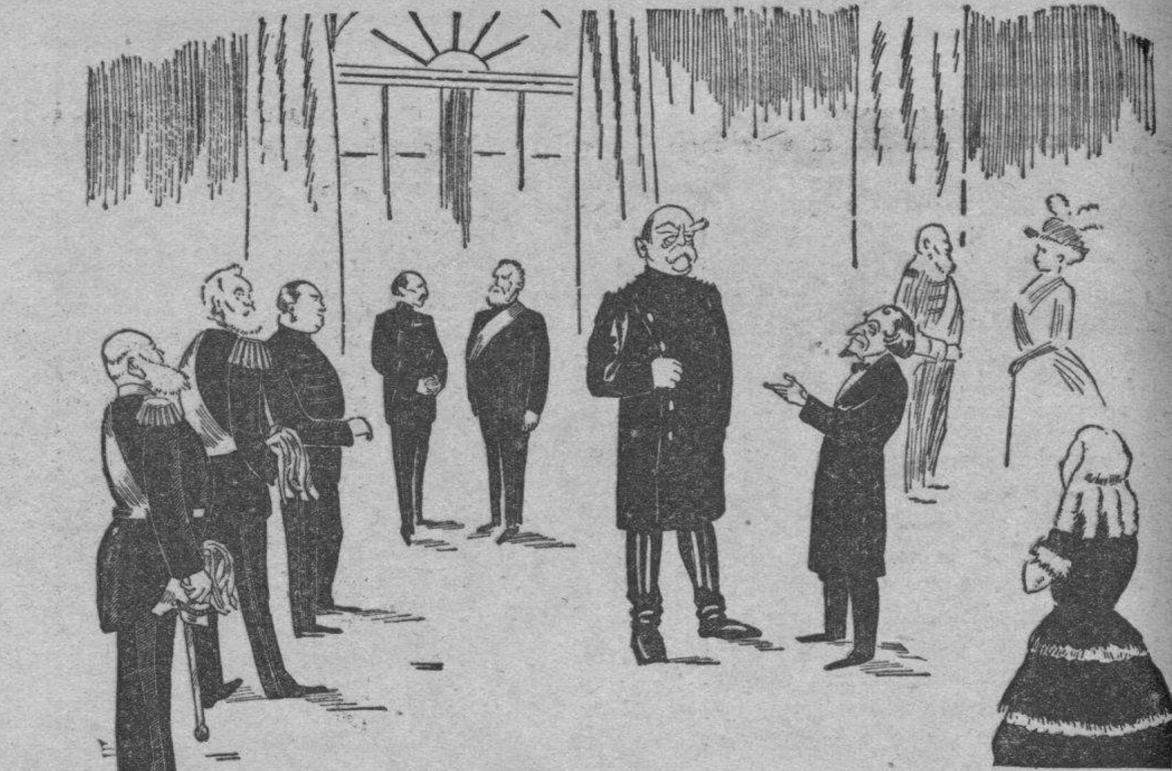
La fecha en que comienzan estos 60 años de historia europea es memorable: 1878. En el verano de ese año, mientras su padre se prepara para asistir al Congreso de Berlín, cuenta 13 años de edad, y escribe en su diario:

«En este Congreso van a dividir y a alterar el mundo entero». En el hotel donde se hospedan, ve a su papá conferenciando con un hombre extraordinario, que a ella le parece «un brujo». Su madre le dice que es un inglés notable, llamado Disraeli. Por la noche, durante la recepción diplomática, espía al hombrecito brujo, de estatura insignificante, charlando con un hombre enorme, de imponente presencia. La escena resultaba cómica. Caminaban por el salón, y Disraeli tenía que dar tres pasos por cada uno de su amigo, nada menos que el Canciller de Hierro de Alemania, Príncipe Bismarck.

A Berta Szeps no le gustó Bismarck. Cincuenta años más tarde nos da en su libro de memorias más que una vida humana, la vida y muerte de una nación. El drama histórico de este ciclo se mueve con el ritmo de la tragedia griega, con una unidad temática terrible; la lucha desigual del liberalismo austriaco contra el absolutismo germánico, y los inútiles esfuerzos de los hombres progresistas de Austria por ligar los destinos de la patria a una política de acercamiento y defensa con las naciones democráticas de Europa.

#### CUATRO ACTOS, DESDE BISMARCK HASTA HITLER

El libro tiene cuatro divisiones, los cuatro actos del drama. El primero, gran telón de fondo, con el desdichado príncipe Rodolfo, hasta la muerte de éste. Ahí aparecen figuras prodigiosas: el príncipe Bismarck, Disraeli, León Gam-



## LOS ULTIMOS 60 AÑOS DE VIENA Y AUSTRIA

beta, Clemenceau. El segundo es Austria hasta la Guerra Mundial, el espíritu cosmopolita y galante de Viena; las memorias de una pléyade de artistas y genios: Johann Strauss, Offenbach, Sigmund Freud, Krafft-Ebing, Gustav Mahler, Hugo von Hofmannsthal, Max Reinhardt, Rodin, Clemenceau, Paul Painlevé, Ana de Noailles.

Aún en medio de la guerra, que es el tercer acto, hay un resurgimiento artístico en Viena y se fundan los festivales de Salzburgo. En octubre de 1918, Austria ha sufrido las desastrosas consecuencias de su alianza con los alemanes, pero todavía es culta. Berta Szeps traduce un drama del extranjero enemigo Paul Géraldy, y hace que sea aceptado por el director del teatro Municipal de Viena. En el cuarto acto no habrá nada de esto. Ha nacido en Austria, y ha sido soldado del imperio en derrota el futuro César de Alemania, que disolverá junto con la nación, los festivales de Salzburgo y proclamará, en el país católico, el paganismo de las leyes de Falk, Ministro de Culto de Bismarck.

#### MIENTRAS VIENA BAILA EL MINUET

Qué mundo interesante el de esos sesenta años de Berta Szeps, y qué parecido el ritmo clásico de la tragedia austriaca al del drama de Europa hoy! Ese hombrazo que pasea por la sala al lado del judío Disraeli en la recepción a que asiste la pequeña Berta en 1878, todavía vive. Todavía vive Bismarck. En la Universidad de Gotingen, donde el príncipe estudió, se distinguió especialmente por sus brillantes aptitudes para la cultura del músculo. Venció en 27 duelos. Sólo tardó 11 años, a partir de su elección por Prusia a la dieta de Frankfort, en hacerse el hombre más poderoso de Alemania. Hizo la guerra de 1866; es decir, que cuando la pequeña Berta no había nacido aun, ya el canciller había abolido el poder austriaco en Sadowa.

Las fechas que siguen no son menos memorables. En 1867 Bismarck organiza la Confederación Germánica del Norte. En enero de 1871, humillada Francia en Sedán, el rey de Prusia es coronado emperador en Versalles. Mientras Viena baila el minuet, Falk expulsa a los jesuitas y se coloca frente a Roma. En 1878 el Canciller de Hierro convoca el Congreso de Berlín para revisar el tratado ruso-turco de San Stefano.

A este hombre implacable, el imaginativo y perspicaz Disraeli no lo entiende. Le parece la encarnación de la frase del general Goering: «Cuando me hablan de cultura, saco las pistolas». Busca el aislamiento de Francia, la conciliación con Rusia, la alianza con Austria y con Italia. La mesa del Congreso de Berlín no es redonda, es cuadrada, para que tenga cabecera y a la cabecera se sentará Bismarck; autoritario decidido, seguro de su vasta superioridad.

Para que se vea que antes de Munich las potencias europeas han asistido a cosas similares, siempre con un alemán dictando condiciones. En el 1878, Disraeli retornó del Congreso de Berlín a Londres con una «paz honorable», semejante a la de Chamberlain. «Peace with Honor», es su frase. Aquel semita, sin embargo, era más astuto. Pensó que sólo hacía dos años había coronado a la Reina Victoria Emperatriz de la India, y adquirido las acciones del Canal de Suez, y llevó a los ingleses un punto de apoyo, la isla de Chipre, llave del Mediterráneo oriental.

**LA SWASTICA EN VUELO SOBRE EL MUNDO**  
En la mesa cuadrada, Bismarck está fatigado de repartir tierras y cambiar el mapa. En un descuido, Disraeli mira al mar. Suez, el camino de la India. Chipre, Statu-quo en el Mediterráneo. Allí los alemanes con el rompecabezas europeo. Inglaterra y Francia tienen imperio que consolidar. Para defenderlo, se unirán en 1914 y harán el Tratado de Versalles. Qué destino más suicida el de Austria, arrastrada por los alemanes, cuyos aliados son siempre apéndices, nunca parte de un eje!

Todo esto ha desfilado en la vida de Berta Szeps, mujer austriaca de casta liberal. Pero ahora, al disolverse Austria, el drama es más tremendo, más universal. Transubstanciado en Hitler, Bismarck no descuida nada en la confección del nuevo mapa. Está atento al mar. Tiene dominio del aire, que es un bloqueo declarado suficiente para detener a la escuadra inglesa. Tiene copadas las márgenes del Mediterráneo, con España e Italia, y amenazados el mar Rojo y el canal de Suez desde la Eritrea y Abisinia. Tiene preocupado al Imperio Británico con la jornada japonesa en China, que infunde aprensiones justificadas, también, a ese tercer factor del equilibrio europeo: los Estados Unidos de América.

Un reportaje de Abel Manouvriez



Weidman, con los agentes policíacos que le detuvieron, el año pasado.

Un monstruo con faz humana, pero sin ningún rasgo extraordinario que le caracterice, como sucedía con Landrú.

Weidman, EL NUEVO LANDRÚ DE FRANCIA



En Versalles (Francia), acaba de ser condenado a muerte el con justicia llamado Landrú francés de estos tiempos. Con Regor Millón, su cómplice, Wiedman ha admitido haber dado muerte, por lo menos, a seis personas, la mayor parte mujeres. Se calcula que el feroz criminal ultimó a otras ocho. En esta crónica, nuestro colbaorador nos habla de las incidencias del proceso cuyo epílogo ha sido su condena a muerte, en la audiencia de Versalles. Según la información cablegráfica, Weidman será ejecutado el próximo mes de junio. En esta foto aparece (al centro), con sus defensores, entre ellos, (en primer término), el famoso criminalista francés M. de Moro Giafferi.

Film del más Grande Proceso del Año en Europa

En esta misma Audiencia de Versalles donde hace veinte años vi juzgar y condenar a Landrú, acabo de asistir al proceso Weidmann.

La decoración no ha cambiado. La sala continúa siendo la misma, tan minúscula en sus proporciones y estas tan parsimoniosamente medidas. Conservo aún el recuerdo de la afluencia de público provocada por el moderno Barba Azul francés. Para el asesino alemán, igual hacinamiento; las gentes idénticamente embotelladas. Nos apretamos unos a otros y nos acoplamos como podemos un centenar de compañeros llegados de todas las partes del mundo. Naturalmente, entre los periodistas hay alemanes, porque se trata de Weidmann. Y hay americanos por tratarse de la infeliz y bella e imprudente Joan Koven. Y también está, tocada con su fieltro, pero con los pies desnudos en sus sandalias Colette en persona. La célebre escritora que tanto gusta de las fieras se interesó antaño por Landrú. ¿Por qué se interesa ahora por Weidmann? ¿Será por qué éste poseía un gato al que quería?

Al comienzo de la primera audiencia, fuimos invadidos durante unos momentos, tras una señal dada por el servicio de orden, por una horda espesa, compuesta de un centenar de testigos. No se sabía dónde colocarles. Lo llenaban todo: nuestras filas, los bancos de los ju-

rados, los de los abogados, los menores intersticio del tribunal. Afortunadamente, tras leer la lista de sus nombres se les mandó salir y se les empujó, precipitadamente, afuera. Pero, luego, más tarde, después de declarar, por turno, tendrán derecho a quidarse, si quieren, en la sala.

Mi reloj marca la una menos diez. La audiencia debe abrirse a la una.

—¡Señores, el Tribunal!—, grita el ujier.

El presidente toma asiento con sus asesores. El procurador, a su izquierda ocupa una mesa pequeña, con su segundo, el sustituto Rolland. Se halla a tiro del eminente abogado Moro Giafferri, defensor de Weidmann.

Mientras tienen lugar los preliminares de costumbre: el prestar juramento los jurados, llamada a los testigos, lectura del acta de acusación, etc. me dedico a observar a los acusados.

De derecha a izquierda: Collette Tricott, es una muchacha gruesa, de pelo castaño, sin belleza; nariz pequeña, abultadas mejillas y una mirada plácida de linfática. Con su abrigo marrón y su minúsculo sombrero, o gorrito, de leopardo, parece una empleada discreta. Parece no amilanarse. ¡Claro! Tampoco se juega la cabeza... Se le reprocha únicamente haber recelando.

A su lado, Jean Blanc, al que toman algu-

nos por Wiedmann; tiene gafas montadas en oro y los cabellos claros; su tipo es el del clásico germano. Su elegancia es la que suelen tener los hijos de familia adinerada. Tiene el aire de hallarse avergonzado del lugar donde está. ¡El miope! ¡En qué galera se ha metido! Tampoco arriesga el pellejo, pero se le acusa de haber paseado en su coche a los peligrosos te. ¿Jean Blanc, en resumen? ¡Un pobre diablo!

Roger Million es delgado y pálido. Su rostro revela inquietud. Su cabeza vacila ya un poco sobre sus hombros. Pero, en suma, sólo tiene en contra suya, en lo tocante a los asesinatos de Lebrond y de la señora Keller, las acusaciones de Weidmann. Espera al menos salir medianamente librado.

Weidmann ocupa el extremo del banco. Es un tipo de alemán moreno. La frente estrecha bajo una espesa cabellera. Sus rasgos son de una tremenda y brutal vulgaridad. Además chocan a quien le contempla la extraña fijeza de sus ojos y el enorme tamaño de sus manos. ¿Dónde está la encantadora y cautivante mirada de Weidmann de la que tanto se ha hablado? ¿Esa mirada que sedujo y atrajo a la lúgubre "villa" de Saint-Cloud a la americanita infeliz y aturdida? La busco en vano. No comprendo cómo ella no se fijó en sus manos, espantosas manos

rojizas, de estrangulador. Hay que renunciar a comprender...

Todo el interés del proceso se halla concentrado en Weidmann. ¿Quién es Weidmann? ¿Por qué todos esos asesinatos?

¿Para obtener dinero? Mas observo que igual que Landrú no ha obtenido ningún provecho serio de sus crímenes.

¿Estará loco Weidmann? No. Los expertos alienistas dirán igual que con respecto a Landrú.

—No tiene ninguna enfermedad mental. Es plenamente responsable de sus actos.

No tomemos como base las controversias médicas. Ni siquiera tomémosle como base al propio Weidmann. La mayor parte del tiempo permanece en silencio. Se niega a contestar. Cuando consiente salir de su mutismo es únicamente para decir si o no, inclinar o sacudir la cabeza. Lo más largo que ha dicho es esta frase: "Confirmo lo que ya he referido en la instrucción". El interrogatorio no es más que un monólogo del presidente del tribunal. Si persiste en su actitud este asesino mudo será, de cierta manera, condenado por contumacia.

Decididamente me obsesiona el recuerdo de Landrú. Todavía me parece verlo en el sitio que ahora ocupa Weidmann. Mas él tenía una extraña sangre fría y un gusto incontenible por la discusión. Y pronta la réplica. Hay que confesar que Landrú era todo un tipo. Nosotros los periodistas hicimos, sin embargo, un Landrú más Landrú que el que era. A su naturaleza siniestra le dimos un aire de macabra comicidad. Creamos un personaje entre Don Juan y Barba-Azul. Un Don Juan para cocineras cincuentonas y retiradas con sus ahorros a las que sedujo el Barba Azul educado y conocedor del código. Se citaban sus respuestas al presidente.

—¿En fin, Landrú, cómo explica Ud. la desaparición de todas las mujeres que ha llevado a su casa de campo?

—¿Podría Ud. decir, Sr. Presidente, dónde se hallan todas las que Ud. ha conocido en su vida?

Cuando le despertaron para ejecutarle le dijeron que el verdugo le esperaba.

—Tal vez sea correcto hacer las presentaciones—dijo Landrú.

Landrú conocía las costumbres de sociedad. Sabía hablar a las mujeres. Recurría a distracciones "mundanas" para seducirlas. Al final de una comida hacía títeres y se paseaba andando con las manos, cabeza abajo y con los pies en alto sobre la mesa entre los vasos y los cubiertos sin tocar ni tirar nada. Landrú preparaba con cuidado las carpetas de sus negocios. Lo anotaba todo, lo cual le perdió. Era metódico y económico. Cuando llevaba a una dama a pasar el sábado por la noche a su casa de campo se proveía de un billete de ida y vuelta, pero para ella sólo le tomaba de ida puesto

que sabía que no habría de regresar.

Landrú era, si se quiere, gracioso sin saberlo, sin proponérselo. Además continuó siendo siempre misterioso. Su secreto nunca fué revelado. Jamás confesó. Ni siquiera se sabe cómo mató a sus víctimas. Se supone—pero sólo es suposición—que hacía desaparecer los cuerpos quemándolos en el horno de su cocina...

¿Dónde está el secreto de Weidmann? Confiesa y sin embargo nada dice. No se defiende. Sólo da lugar con sus gestos a unas sombras que se antojan irrisorias.

Nadie de los que conocieron a Landrú supo realmente quién era aquel extraño ser.

—Era—dijo al siguiente día de su ejecución Moro Giaferri, que fué su defensor, como ahora lo es de Weidmann—un hombre extraordinario.

¿Extraordinario? Realmente no parecía como los demás hombres. Nunca reía. Se diría que no tenía sensibilidad. No se le imaginaba en contacto con la vida real, ni siquiera formando parte del mundo de los vivos. Podía creerse se le sonámbulo. O mejor, un autómatas, puesto que todo en él tenía algo de mecánico; uno de esos autómatas fabricados ingeniosamente con un conjunto de ruedas, de resortes, de cordones, de cadenillas, que tanto estuvieron de moda en el siglo XVIII y que han dejado famosos modelos, como el **tocador de flauta** y el **de tambor**, de Vaucauson; la **muchacha del clavicordio**, de los hermanos Droz, etc.

No pretendo caracterizar así a Landrú; indico únicamente la impresión que me hacía. Era una máquina puesta a discusión, que antes había sido una máquina de matar.

Weidmann no es nada de eso. Ninguna aureola de misterio le rodea. Mi convicción es que sus crímenes son los de un aislado. Weidmann, que es un silencioso, es también un solitario. Ha obrado solo. Aunque en ciertos momentos se haya servido de Million, al que ha pedido alguna ayuda, determinados servicios. Pero Million, perteneciente a la especie de los pequeños **carnívoros** cobardes, sin envergadura, no ha debido matar por su cuenta ni por la Weidmann. No ha habido tal banda de Weidmann, como organización. Million no es un individuo recomendable. De seguro que se ha repartido gustoso varias veces los productos de los golpes dados por su compañero. Luego tal vez se ha ido dando cuenta de que éste iba más lejos y se producía de un modo **demasiado** fuerte. Million ha tenido—o tuvo—miedo de ver su suerte ligada a la de un monstruo. Fué confiándose a su padre. Hasta decirle: "Weidmann ha matado a Leblond".

Weidmann es un solitario, un solitario sádico. Ha matado para procurarse dinero, pero, sobre todo, por el placer de matar. Es de esa raza de monomaniacos espantables que surge de cuando en cuando en los anales del crimen: **Vacher**, el **assino de pastores**, **Haartmann**, el **car-**

**nicero de Hanovre**, **Kuerten**, el **vampiro de Dusseldorf**, **Matuschka**, el **descarrilador de trenes de Bia-Torbagi**. Una **fiera**, en suma, con rostro humano, un **maniaco atroz** que se complace en un espectáculo de dolor y en los gritos y las sacudidas de la agonía. Se ha divertido **estrangulando** con sus enormes manos encarnadas a la **desgraciada Joan de Koven**, **derribando** de un tiro—el mismo siempre—en la nuca, con la precisión de un aficionado de barraca de ferias a **Janine Keller**, **Couffy**, **Fromer**, **Leblond**, **Lesob**. Al acusar a Million de dos de sus crímenes continúa obrando como sádico. Arrastrándole con a la guillotina todavía hace que la sangre corra por su culpa una vez más. Encerrado en su celda mata así aún a otro más y se procura un **placido y abyecto deleite**.

Sabido es que la defensa se esfuerza en proyectar sobre ese triste rostro algunos reflejos de luz para humanizarle. Que se nos leyeron cartas de Weidmann a una hermana mayor llena de un sentimentalismo germánico. Pero nada de eso habrá de extrañarnos. Ocurre a veces que estos criminales son buenos hijos, buenos padres de familia y que escriben cartas de un amor quintaesenciado. A veces también son capaces de cuidar a un animal favorito. Se dan tales contrastes. Ya no se recuerda cuál fué la vida doméstica de **Haartmann** ni de **Kuerten**, pero puede recordarse que entre dos catástrofes ferroviarias provocadas por **Matuschka**, éste bebía tiernamente a su mujer y mecía a sus hijos.

Tal es el caso de **Weidmann**. Espansoso y pugnante. Banal también y que debiera obtener de la clínica social y de la Justicia un castigo expeditivo, tan rápido como adecuado. La psicología de un monstruo como éste no es sino muy estrecha y no se apresta a disertaciones. Todo se conoce; está archiconocido, catalogado y clasificado. Los detalles de los crímenes de **Weidmann**, asesino sádico, sólo pueden tener interés para un número limitado de observadores especialistas en cabezas frías, cuyo oficio sea estudiar lo que cada cual pueda llevar en sí de serpiente o de dragón. Por el contrario, la confusión de tales detalles por los comentarios, fotografías y la prensa no hace sino desperdiciar un poco por todas partes la simiente de nuestra. **León Daudet** escribía hace poco a este respecto un artículo lleno de advertencias graves y saludables. La importancia que se le da al proceso **Weidmann** cae dentro de la publicidad peligrosa. Nada mejor pudiera hacerse para creale émulo a un asesino. Un día u otro será preciso que Francia imite determinadas legislaciones extranjeras que no toleran la exhibición a plena luz de todas las plagas del cuerpo y de todas las úlceras del espíritu. La prudencia y la cordura lo recomienda. ¡Guardémonos de suscitar el contagio por el ejemplo! ¡No abramos a todo el mundo las puertas del misterioso secreto!

París, fin de marzo de 1939.

(Versión rigurosamente inédita)

**LA PACIFICA CALMA DEL REINO BILINGUE.—UNA SUBTERRANEA CONSTRUCCION GIGANTESCA REALIZADA EN SILENCIO.—A 60 METROS DE PROFUNDIDAD, EN CENTENARES DE KILOMETROS, PREPARADO TODO PARA LA GUERRA EN LAS FRONTERAS BELGAS.—ALGUNAS DE LAS POCAS FOTOS QUE EXISTEN DE ESTOS EXTRAORDINARIOS TRABAJOS.—MAGNA TECNICA PARA LA DEFENSA DEL TERRITORIO.**

**B**ELGICA, pequeña y modosita, acurrucada en el Viejo Continente, recibiendo las brisas heladas que le llegan del Mar del Norte, sin que su voz se haya dejado oír en el estridente concierto europeo, no es un pueblo que ignora el peligro que la rodea. El reino bilingüe circundado por Francia, Alemania y Dinamarca, con sus casi doce mil millas cuadradas y sus ocho millones de habitantes, aguarda sereno el desenvolvimiento final de la crisis que sacude a Europa.

Imitando el gesto de Poncio Pilatos, hace pocos años rompió sus amarras con otras naciones. Se lavó las manos en la jofaina de las marciales abstenciones europeas. Quería vivir sin compromisos, escudada en su pequeñez. En la compleja tela de araña de las obligaciones internacionales, como Suiza y Holanda, prefirió vivir su vida con plena autonomía, sin maridajes peligrosos. Igual que su vecina Holanda, nada pide, salvo respeto para su integridad continental y para su salida al mar que la conecta con su vasto imperio colonial esparcido en todo el globo terráqueo.

La existencia de Bélgica, de sus fronteras hacia el exterior, se desliza silenciosa. No habla; no opina; no hace declaraciones; sus hombres representativos miran los vertiginosos acontecimientos que se vienen sucediendo de un año a esta parte a pocas millas de distancia, sin que sus labios se hayan movido, ni siquiera para sonreír ni para temblar.

Bélgica vive tranquila. No oyéndola diríamos que se trata de un país muy distante de Europa. Su situación geográfica, sin embargo, la hace vórtice casi ineludible en cualquier conflicto armado que pudiera surgir entre Francia y Alemania. Escasos son los tiros que registra la historia europea ajenos a su territorio. Waterloo se enmarcó en sus trabajados campos de batalla. Raro es el país de Europa que no ha invadido y a veces dominado este pañuelito de tierra que opuso siempre al invasor el coraje sin fatiga de sus patrióticos defensores.

Pero Bélgica, no por su silencio actual, se ha despreocupado ni olvidado el peligro que sobre ella se cierne. Aunque no habla, actúa. Su ejército, proporcionalmente, es uno de los más fuertes y mejor preparados. No hace alarde de poderío armado, pero no ha dado de lado al militarismo. Su mecanismo bélico está perfectamente ajustado, engrasado, dispuesto a entrar en liza en cualquier momento en que su neutralidad fronteriza sea perturbada.

Sin alardes propagandistas, ha fabricado una línea de defensa a todo lo largo de sus fronteras que, al decir de los técnicos que opinan sobre este asunto, son difícilmente expugnables.

Francia tiene su decantada línea Maginot; Alemania posee su popular línea Siegfried; la desaparecida Checoslovaquia, en sus codiciados territorios sudetinos, fabricó también una línea defensiva verdaderamente notable.

Cansados estamos de leer en toda la prensa del orbe descripciones más o menos verídicas, aderezadas con datos más o menos fantásticos, de la potencialidad y costo de la línea Maginot y de la línea Siegfried. De ambos cercos de acero se ha afirmado que son obstáculos imposibles de franquear para los ejércitos enemigos. Francia ha hecho de su barrera del Este una propaganda a todo tren. Un documental cinematográfico, que vimos en París hace unos meses y que ignoramos si se ha exhibido en la Habana, nos muestra la importancia de la línea Maginot, en la que reside la confianza gala para repeler toda agresión que pueda venirles por el Este. También una película, «Doble crimen en la línea Maginot», sirvió para mostrar la calidad defensiva de Francia. Bélgica, con menos deseos de notoriedad, tiene



Arriba: la línea de defensa belga llega a la calle de este poblado cercano a la frontera. En el centro: de este inmenso caparazón de acero giratorio asoma un enorme cañón apuntando al campo del supuesto enemigo. Por último, (abajo), unos soldados belgas saliendo de las galerías subterráneas.

UNA GALERIA INTERIOR

**Por Renato Villaverde**

también su línea «Maginot» o «Siegfried». Pero de ella se exportan pocas noticias. Los belgas saben que están bien defendidos, pero no tienen interés en popularizar en el extranjero sus preparativos de precaución. En un país minúsculo, que nada pide pero que nada da, tales alardes guerreros no hallarían justificación a la vista de nadie.

La línea defensiva de Bélgica, es un poco «tabú». De ella apenas se habla ni siquiera en la prensa brulesense. La visita a las fortificaciones está terminantemente prohibida, para nacionales y extranjeros. Quien en Bélgica quiera ver campos de batalla, tiene que conformarse con hacer una visita a los terrenos de Waterloo...

Las fotografías que ilustran esta crónica tienen el privilegio de ser unas de las pocas—y probablemente las únicas—que el Gobierno belga haya autorizado a reproducir de su línea defensiva.

Por espacio de kilómetros, que se cuentan por centenares, las fronteras belgas están admirablemente protegidas. Una primera línea obstaculiza el paso al posible invasor. Esta formada por simétricos y próximos raíles, dispuestos en varias hileras, hundidos en el suelo, y que sirven para unir una verdadera red de alambres de púas. Para poder cortar estas líneas defensivas, el enemigo tiene que perder un tiempo precioso, como capturado en una trágica tela de araña, en que los ejércitos han de sufrir terribles bajas antes de poder atravesarlas por completo.

Detrás de estas hileras de alambres y raíles que pudiéramos llamar «aperitivo de la defensa», se encuentran las fortificaciones subterráneas. Han construido verdaderos fortines bajo tierra, en un trabajo de ~~trabajos~~ gigantescos, de los cuales sólo se percibe en el exterior, a ras del suelo, especies de cúpulas, torrecillas ó hongos—pues hay que nombrarlas de alguna manera—que escapan a los postulados de la moderna arquitectura—como podría observarse en la fotografía que en esta plana publicamos—y que dejan un escaso blanco al fuego enemigo.

Los cuarteles subterráneos se unen entre sí por medio de pasadizos. La anchura de éstos es tal que permite la comunicación en ferrocarril, faci-

litando y abreviando así el acarreo de hombres, de parque y de todo lo que se necesite en momentos de lucha. Los túneles corren a sesenta metros bajo tierra.

La vida en estos dantescos fortines modernos es todo lo agradable que pueda esperarse, si se nos permite emplear al adjetivo agradable cuando se habla de tales cosas. Tienen varios pisos, como cualquier hotel de corte moderno, comunicados por amplios ascensores. En ellos hay hospitales, dormitorios, servicios sanitarios, depósitos inmensos de armamentos, cocinas, comedores, baños y hasta para que nada falte, el soldado puede matar su tedio en la biblioteca o en el salón de juegos...

Desde el vientre de estas construcciones miliunochescas, cañones de todas clases vomitarán metralla invisible. Los invasores tienen que luchar desventajosamente, contra un adversario prácticamente indestructible. La desigualdad en las condiciones de lucha obliga a pagar la conquista a un precio elevado.

Los almacenes de vituallas, los formidables depósitos de los modernos armamentos y la cantidad inagotable de parque hacinados en la línea defensiva de Bélgica, permiten sostener, sin desmayos ni preocupaciones, un sitio cerrado que puede prolongarse a largos meses de tentativas que técnicamente se consideran inútiles.

Bélgica ha comprendido la inminencia de la guerra. Sabe que la paz en Europa no puede durar mucho tiempo. No quiere ser fácil presa de los ejércitos enemigos. Su integridad territorial está dispuesta a defenderla a sangre y fuego. Muchos millones de francos ha gastado en hacer lo posible para repeler todo ataque. Su larga y compleja línea de seguridad resume sus esfuerzos en este sentido. Ojalá jamás tenga que utilizarla. Bélgica, diminuta, trabajadora, ayuna de ambiciones territoriales, es país que sólo ha sabido cosechar simpatías. Esperemos que los jinetes del Apocalipsis, en su carrera desenfundada, no lancen sus cabalgaduras por rutas que obliguen a estremecer en sus más profundos cimientos la calma de este pueblo que sólo pide vivir tranquilo en la ladera del volcán que se agiganta en Europa.

Marzo, 1939.

**D**ABAN las diez en el reloj holandés del rincón de la cocina cuando el mandadero se sentó junto al fuego, tan turbado, tan abatido por el pesar, que el cuclillo debió atemorizarle, porque después de dar apresuradamente los diez gritos melódicos de la hora, se hundió rápido en el palacio morisco, cerrando con estrépito la puertecilla detrás de sí como si no tuviese valor suficiente para resistir por más tiempo el raro espectáculo.

El mismo segadorcito, aunque se hubiese armado con la hoz más cortante del mundo, no hubiera podido despedazar tan cruelmente como Dot el corazón del mandadero.

Porque era el suyo un corazón tan lleno de amor a Dot, unido tan estrechamente, tan sólidamente al de Dot por los dulces y poderosos lazos del recuerdo, tejido precioso, cuyas cualidades tan sutiles como fascinadoras trabajaban asiduamente para hacerlo más estrecho aún; un corazón en que Dot se había clavado, por decirlo así, tan suave y profundamente; un corazón tan sencillo y tan sincero, tan firme y tan inocente siempre, que al principio no pudo albergar cólera alguna ni pensamientos de venganza, y no halló en sí mismo más que el sitio destinado a guardar la imagen rota de su ídolo.

Pero poco a poco, insensiblemente, a medida que el mandadero permanecía más y más tiempo absorbido en sus reflexiones ante el hogar, ya helado y sombrío, surgieron en su espíritu pensamientos más feroces, como el huracán que se levanta en la obscuridad de la noche. El viajero estaba allí, bajo su techo deshonrado. Tres escalones, un salto y estaba en la puerta de su dormitorio. Un solo golpe y caería... No, asesinato como había sugerido Tackleton no. Podía avisar al villano, darle tiempo de luchar y defenderse. Al fin era más joven. Era un pensamiento sombrío que le importunaba, propio de la negrura de su estado moral. Pero si un impetu de rabia le impulsaba a la venganza, su alegre casa se cambiaría en un lugar maldito que infundiera miedo a los caminantes en la noche y en el que los tímidos verían acaso en las noches de luna la lucha de dos sombras entre bramidos espantosos de tempestad.



# El Grillo del Hogar

POR  
CARLOS  
DICKENS  
— Conclusión —

El extranjero tenía la ventaja de la juventud. ¡Sí, sí! debía ser algún enamorado que encontró antes que John el camino de un corazón que él no había conmovido jamás; algún enamorado preferido por ella en otro tiempo, durante su juventud. ¡Cómo se entristecía sólo al imaginarlo!

Dot había subido al piso superior para acosar al chiquitín. Mientras John se abandonaba a sus tristes reflexiones, solo junto al fuego, Dot llegó a su lado sin que él lo notara (porque las congojas que sufría en incesante tortura le habían hecho perder hasta la percepción de los sentidos) y colocó el taburete a sus pies. John no se fijó en ella hasta que sintió la mano de Dot sobre la suya y vió que su mujer le miraba fijamente.

¿Con extrañeza? No. Es lo que le sorprendió al principio; y tanto que tuvo que volver a mirarla para asegurarse de su naturalidad. No con extrañeza, sino con una mirada curiosa y escrutadora, pero no asombrada; una mirada inquietante, seria, seguida de una sonrisa extraña, salvaje, dolorosa, como si le adivinara todos los pensamientos, y nada más; sólo haré constar que cruzó las manos sobre la frente, dejándose caer los cabellos.

Aun cuando John hubiese podido disponer en aquel instante de la omnipotencia de Dios, no había que temer que hiciese poner sobre la cabeza de Dot ni el peso de un paluma; era demasiado compasivo para complacerse en ello. Tan misericordioso era, que le lastimaba verla tan agobiada en el taburete en que tantas veces la había contemplado alegre e inocente con amor y orgullo; y cuando Dot se levantó y se alejó de él sollozando, se sintió más calmado al ver su lugar vacío junto al suyo. La presencia de Dot, en aquel momento, era para él la pena más amarga a que pudiese obligársele, porque le recordaba el abismo de desolación en que acababa de caer y de qué modo acababa de romperse el lazo supremo que le unía a la vida.

Cuanto más meditaba sobre esto más convencido se creía de que hubiera preferido verla herida ante sus propios ojos por muerte prematura con el chiquitín en brazos, y más redoblaba su violencia la ira contra su rival. Miró a su alrededor buscando un arma. Una escopeta estaba suspendida en la pared.

John la descolgó y dió un paso o dos hacia la puerta de la habitación del pérfido extranjero. Sabía que la escopeta estaba cargada; una idea vaga de que tenía el derecho de matar a aquel hombre como a una fiera, dominó su espíritu y le invadió por completo como un lúgubre demonio, desterrando toda idea de clemencia y de perdón.

No, no es esto lo que quería decir. Aquel negro pensamiento no desterró de su corazón toda idea de clemencia y de perdón, sino que las transformó con arte infernal, convirtiéndolas en agujones que le estimulaban más aún, cambiando el agua en sangre, el amor en odio, la dulzura en ciega ferocidad. La imagen de su mujer desolada, humillada, pero recurriendo todavía a su ternura y a su piedad con poder irresistible no salía de su espíritu, pero la misma contemplación de esta imagen le empujaba hacia la puerta, elevaba el arma a la altura de su hombro, adaptaba y seguraba su dedo en el gatillo, gritándole:

—¡Mátalo! ¡mátalo mientras duerme!!

Pero súbitamente el fuego que hasta entonces había dormido en silencio, iluminó la chimenea con un brillante chorro de luz y el grillo del hogar reanudó u crri... crri... crri...

Ningún sonido, ninguna voz humana, ni siquiera la de Dot, hubiera conmovido y calmado al pobre John tan eficazmente. Las palabras llenas de franqueza con que Dot le había habla-

do de su amor hacia el favorito del hogar resonaban aún vibrantes en su oído; le parecía verla; su tono, de suave franqueza, agitado por ligero temblor, su dulce voz (¡qué voz o por mejor decir, qué música doméstica tan a propósito, para seducir a un hombre honrado junto al fuego!) todo acudía a reanimar sus buenos pensamientos, a afirmarlos, a devolverles el calor y la vida.

Retrocedió ante la puerta, como un sonámbulo despertado en medio de un sueño terrible; dejó la escopeta a un lado y cubriéndose el rostro con las manos, volvió a sentarse junto al fuego y halló algún consuelo en el llanto.

El grillo del hogar pareció agrandarse avanzar por la habitación y colocarse delante de él en forma de hada.

—Lo quiero —dijo la voz de hada repitiendo las palabras que John recordaba tan fielmente— lo quiero por los buenos pensamientos que su música inocente hizo nacer en mí cada vez que le escuché.

—¡Son sus mismas palabras! —exclamó el mandadero.

—¡Me habéis hecho feliz en esta casa, y amo al grillo por la dicha que me ha proporcionado!

—Sí, ha sido muy dichosa en esta casa, bien lo sabe Dios —añadió el mandadero—. Ella es la que colmó de felicidad esta casa, siempre... hasta hoy.

—¡Tan graciosa, de tan buen humor, tan ocupada en las tareas domésticas, tan alegre, tan lista, de corazón tan amable!

—Si no lo hubiese comprendido así, ¿la habría amado acaso como la amaba?

—Decid «como la amo» —repuso la voz.

—Como la amaba —repitió el mandadero—; pero su acento no era ya tan firme; su lengua insegura resistía a su voluntad, y quería hablar a su modo, en su nombre y aun en nombre de él. La mano y dijo:

La aparición, con ademán solemne, levantó

—¡Por tu hogar!

—¡El hogar que habrá entristecido para siempre!

—El hogar que con tanta frecuencia ha... bendecido e iluminado —dijo el grillo—; el hogar que, sin ella, no hubiera sido más que un conjunto de piedras y ladrillos con barrotes de hierro mohoso, pero que, gracias a ella, se ha convertido en tu altar doméstico; el altar sobre el cual has sacrificado cada noche alguna mala pasión, algún egoísmo, algún cuidado, para depositar en él la ofrenda de un espíritu tranquilo, de una naturaleza confiada, de un corazón generoso, de suerte que el humo al elevarse sobre su pobre chimenea, ha subido al cielo con suave perfume con el del incienso quemado ante las más ricas urnas en los magníficos templos de todo el orbe! Por tu hogar, por su apacible santuario, rodeado de cuantas dulces influencias te recuerde, óyela, óyeme, porque aquí todo te habla el lenguaje de tu hogar y de tu interior doméstico.

—¿Y creéis que este lenguaje habla en favor de ella? —preguntó John.

—Sí; todo lo que diga el lenguaje de tu hogar, de tu interior, debe ser en favor de ella— respondió el grillo—, porque este lenguaje no miente jamás!

## II

Mientras el mandadero, apoyando la cabeza en sus manos, continuaba soñando, la imagen de Dot, que estaba como presente, permanecía a su lado sugiriéndole sus pensamientos por efecto de un poder sobrenatural, y colocándose ante los ojos como en un espejo o en un cuadro.

La imagen de Dot no estaba sola. De la piedra del hogar, de la chimenea, del reloj, de la

de la olla, y de la cuna; del pavimento, de las paredes, del techo y de la escalera; del aparato que descansaba fuera de la estancia, del aparato que estaba dentro de ella, de todos los utensilios del hogar, de cada rincón, de cada objeto familiar a Dot, que llevase consigo un recuerdo de ella para el desgraciado John, surgían huestes de hadas, no para quedar inmóviles a su lado, como hiciera antes el grillo, sino para ocuparse en toda dirección, para rendir toda clase de honores a la «imagen», para agarrar el brazo de John y mostrarle la figura de Dot; para agruparse alrededor de ella abrazarle amorosamente y arrojar flores a su paso; para ensayar con sus manecitas la coronación de su linda cabeza, para demostrarle que la amaban tiernamente y que no podía existir ni una sola criatura mala y acusadora que pudiese jactarse de conocerla... Sólo ellas, sólo sus compañeras fantásticas y fieles, podían comprender toda su



Los pensamientos de John se fijaban constantemente en la imagen que permanecía ante él. Sentada ante el fuego, cosía cantando en voz alta. ¿Vióse mujercita tan alegre, activa y pa-...? ¿Vióse como Dot? Los rostros de las hadas volaron hacia él unánimemente, y concentrando una mirada dirigida a Dot parecían decirle, or-...: «Esta es la mujer ligera que has acusado?»

A lo lejos se oían alegres sonos de instrumentos musicales, voces ruidosas y risas ensor-... Un ejército de muchachos y muchachas deseosos de diversión penetró precipitadamente en la casa; entre las muchachas estaba Fielding con otras muchas casi tan hermosas como ella. Dot era la más hermosa y parecía más joven. Invitáronla a tomar parte en la... se trataba de organizar un baile. Si alguna vez han existido piecitos aptos para la danza, han sido los de Dot. Pero Dot se echó a reír, y les mostró la comida en el plato, y la mesa ya aderezada con aire de satisfacción, con muy poco envidia del placer ajeno, actitud que la hacía aún más encantadora. Espidó alegremente, saludando con la cabecita, sus bailarines uno tras otro, a medida que iban saliendo, con cómica indiferencia. Después, de escena, sus galanes, desengañados, debíanrojarse al agua impulsados por la desesperación, y no obstante no era su defecto capital la indiferencia, porque en aquel instante compartió cierto mandadero, y ella le hizo una acogida... ¡una acogida admirable!

Las hadas volvieron su rostro hacia John, y quisieron preguntarle: —¿Y esa es la mujer que me ha querido?

Una sombra pasó por el espejo, o el cuadro, como os plazca. La gran sombra del extranjero, como apareció por primera vez bajo su techo; borra toda la superficie del cuadro y borraría demás objetos. Pero las ágiles hadas trabaron como abejas diligentes para dispararla, y reapareció hermosa y triunfante.

Mecía al chiquitín, le cantaba dulcemente la canción, apoyando la cabeza en un hombro que formaba parte del hombre taciturno, junto al cual permanecía el grillo-hada.

La noche —hablo de la noche real, no de la que regulan los relojes de las hadas— la noche tenía su curso; durante la fase descrita de los ensamientos del mandadero, la luna se dejó ver en el cielo resplandeciente de claridad. Quizá la luz serena y tranquila se había levantado también en el espíritu de John, y este fenómeno permitió reflexionar con más sangre fría sobre lo ocurrido.

Aunque la sombra del extranjero pasase a intervalos por el espejo, siempre precisa, grande perfectamente definida, no parecía ya tan grande como al principio. Cada vez que surgía, las hadas exhalaban un grito general de consternación y empleaban con inconcebible actividad sus bracitos y sus piecitos en la tarea de borrarle. Luego, al encontrar detrás de ella a la de Dot, —y se la hacían contemplar al mandadero una vez más, hermosa y brillante— manifestaban su alegría del modo más comunitativo posible.

Nunca la mostraba de otro modo; siempre parecía brillante y hermosa, porque las hadas pertenecen a la clase de genios domésticos que son la mentira; de modo que Dot, en su consuelo, no podía ser más que una criaturilla activirradiante, encantadora, el rayo de sol de la vida del mandadero.

Las hadas redoblaron su ardor al mostrarla al chiquitín conversando en medio de un

grupo de prudentes matronas, dándose también aires de matrona prudente, y apoyándose con aspecto reposado, grave y digno de una anciana en el brazo de su marido, procurando (¡ella, una mujer en flor, apenas abierta!) convencerle de que había abjurado las vanidades del mundo en general y de que pertenecía a la categoría de personas maduras, para las cuales no existen más que los deberes de la maternidad; y no obstante, en aquel mismo instante, las hadas la mostraban aún, riéndose de la torpeza del mandadero, levantándole el cuello de la camisa para darle aspecto elegante, y arrastrándole alegremente con su faz risueña alrededor de la habitación para enseñarle a bailar.

Las hadas se volvían más que nunca hacia él y le miraban con ojazos desmesuradamente abiertos al mostrársela junto a la ciegucecita, porque aunque Dot llevase siempre consigo su animación y su natural alegría, las hadas la mostraban en casa de Caleb Plummer. El amor que le profesaba la ciegucecita, su confianza absoluta en ella, su reconocimiento y la delicadeza con que Dot sabía rechazar el reconocimiento de Berta; sus ardidés diplomáticos encaminados a aprovechar todos los momentos de su visita, realizando a cada instante algo útil en aquella casa, procurándose en realidad muchas fatigas con el pretexto de tomarse un día de descanso; su previsión generosa en lo que concierne a las golosinas de la fundación, el pastel y las botellas de cerveza; su cara radiante al llegar a la puerta y al despedirse, y aquella maravillosa convicción que dominaba toda su persona desde la extremidad de los pies hasta la punta de la cabeza y que la hacía comprender la importancia de su papel en la fiesta que había fundado, y reconocer que en ella se hacía necesaria, indispensable; todo eran motivos que excitaban la alegría de las hadas y redoblaban el amor que sentían por ella. De modo, que volvieron a contemplar al mandadero, llamándole todas a la vez, como si le dijeran, mientras algunas se escondían en los pliegues del traje de Dot para acariciarla más de cerca:

—¿Esta es la mujer que has acusado?

Más de una, de dos, de tres veces durante el curso de los sueños de aquella larga noche, le mostraron la figura de Dot sentada en su lugar favorito, con la cabeza inclinada hacia adelante, las manos cruzadas sobre la frente, los cabellos en libertad, como John la había contemplado por última vez. Y al verla de aquel modo, no se volvían hacia él, no le miraban más, sino que, por el contrario, se estrechaban alrededor de ella, la consolaban, la abrazaban, dándole mil pruebas de simpatía y de ternura y olvidando completamente a su marido.

Así pasó la noche. La luna descendió hasta el horizonte; las estrellas palidieron; las primeras claridades de la mañana atravesaron las tinieblas; se hizo sentir el fresco de la madrugada y se levantó el sol. John estaba sentado aún junto a la chimenea y se encontraba en la misma posición que había adoptado la noche anterior. Durante toda la noche el grillo había cantado en el hogar: crri... crri... crri...; durante toda la noche John había oído su voz; durante toda la noche las hadas domésticas habían trabajado a su alrededor; durante toda la noche Dot había permanecido amable y sin tacha en el espejo de las hadas salvo los momentos en que cierta sombra pasaba por él.

III

Cuando lució el día por completo, John se levantó y se vistió. No podía dedicarse a sus gratas ocupaciones de la mañana; le faltaba valor en la ocasión presente, pero no importaba; como era el día fijado para la boda de Tackleton, se había hecho reemplazar en sus tareas. Había pensado, sin sospechar lo que había de suceder, ir a la iglesia alegremente con Dot, pero no había que pensar en ello. Aquel día celebrábase también el aniversario de su matrimonio. ¡Quién le hubiera dicho que tal año había de tener tan lastimoso fin!

El mandadero esperaba una visita de Tackleton a primera hora y no se engañó. Apenas empezó a pasearse de arriba a abajo junto a la puerta, vió a lo lejos el cochecito del comerciante de juguetes. A medida que iba aproximándose, John pudo ir notando que Tackleton estaba ya de mil y un alfileres para la boda, y que había adornado la cabezada de su caballo con flores y cintas.

El caballo se parecía más a un novio que su mismo amo, cuyo ojo semicerrado ofrecía una expresión más desagradable que nunca. Pero el mandadero no reparó en tal cosa: otros pensamientos le rondaban por el cerebro.

—John Peerybingle —dijo Tackleton como si se condoliera de John—, ¿cómo habéis pasado la noche?

—No muy buena, señor Tackleton —respondió el mandadero sacudiendo la cabeza—; tenía el espíritu turbado. Pero todo ha concluido. ¿Podéis concederme algo así como un cuarto de hora de audiencia?

—He pasado por aquí expresamente para veros —respondió Tackleton bajando del coche—. No os molestéis por el caballo. Se mantendrá tranquilo con las riendas pasadas por encima del poste, si queréis darle un puñado de heno.

El mandadero fué a buscar heno al establo y lo puso delante del caballo; luego los dos hombres entraron en la casa.

—¿Supongo que no os casaréis antes del mediodía? —dijo John.

—No —respondió Tackleton—. ¡Tengo tiempo de sobra!

En el mismo instante en que penetraron en la cocina, Tilly Slowboy llamaba a la puerta del extranjero, cerca de ellos. Uno de sus ojos colorados —Tilly había llorado toda la noche porque su señora lloraba— permanecía aplicado al agujero de la cerradura; Tilly redoblaba sus golpes y parecía muy espantada.

—No puedo lograr que me oigan —dijo Tilly mirando a su alrededor—. Supongo que no se habrá marchado al otro mundo.

Formulando este deseo filantrópico Miss Slowboy dió nuevos puñetazos y puntapiés a la puerta, sin obtener resultado alguno.

—¿Queréis que vaya? —preguntó Tackleton. Es curioso.

El mandadero, que había apartado la mirada de la puerta, le indicó con un gesto que podía ir si le parecía.

Tackleton acudió, pues, en ayuda de Tilly; se enredó también a puñetazos y a puntapiés con la puerta sin obtener la menor respuesta. Vinole la idea de coger la manecilla, y habiéndola vuelto sin trabajo, se abrió la puerta, metió la cabeza en la estancia, entró en ella y volvió en seguida corriendo.

—John Peerybingle —le dijo al oído—, supon-

go que aquí no ocurrió nada esta noche... ninguna violencia.

El mandadero se volvió vivamente hacia él. —Se ha marchado —añadió Tackleton—, y la ventana está abierta. No veo rastro alguno... Bien se ve que la habitación está casi al mismo nivel del jardín...; pero he temido algo... algún incidente, ¿eh?

Y cerró casi por completo su ojo expresivo, que se había detenido sobre John con persistencia singular, dando tanto al semblante como a todo el cuerpo, una singular contorsión; hubiérase dicho que quería arrancarle la verdad como si se tratase del tapón de una botella.

—Tranquilizaos —dijo el mandadero—. Penetró ayer por la noche en esta habitación sin haber recibido de mi parte el menor mal ni la menor injuria, y nadie entró aquí después de él. Se ha marchado por su propio albedrío. Sería capaz de salir de esta casa para pedir de puerta en puerta el an de toda mi vida, si con ello pudiera desvanecer lo pasado y que ese hombre no hubiera venido jamás. Pero vino... y se marchó como y cuando quiso. Asunto terminado.

—¡Oh! Muy bien —dijo Tackleton—. Se ha marchado sin el menor incidente.

John no escuchó esta observación. Se había sentado en una silla con el rostro cubierto por las manos.

—Anoche —prosiguió— me mostrásteis a mi mujer, a mi adorada esposa hablando en secreto.

—Y muy enterada por cierto —añadió Tackleton.

—Enterada del disfraz de ese hombre, dándole lugar de hablarle a solas. Cualquiera cosa hubiera querido ver mejor que esa.

—Declaró que siempre he sospechado por eso he venido observando.

—Y puesto que visteis lo que visteis, quiero que penetréis en mi corazón para que leáis mis intenciones sobre este particular. Porque he trazado una línea de conducta —añadió el mandadero contemplándole atentamente— y por nada del mundo me apartaré de ella.

Tackleton murmuró en términos generales algunas palabras de aprobación sobre la necesidad en que se hallaba John de ejecutar una venganza cualquiera, pero la actitud de su interlocutor le dominó. Por más sencilla y ruda que fuese, tenía cierta nobleza y una dignidad natural que sólo podían derivar de un fondo de honor y de generosidad bien arraigado en su alma.

—Soy un hombre sencillo y grosero —prosiguió John—, y no tengo grandes méritos. ¡bien sé a qué atenerme sobre ello! No soy ingenioso, como sabéis muy bien; no soy joven; amé a Dot porque la vi crecer desde su niñez en casa de su padre; porque conocía todo su valer; porque había llenado mi vida durante años enteros. Con muchos, muchísimos hombres, no podré compararme jamás; pero nadie hubiera amado tanto a Dot como yo la amo!

Detúvose y golpeó suavemente el suelo con el pie durante algunos momentos antes de proseguir.

—He pensado frecuentemente que aunque no formase con ella la pareja más proporcionada del mundo, llegaría a ser un buen marido y a apreciar quizá su valía mejor que cualquier otro; y por este motivo creí que nuestro matrimonio no sería falto de razón por completo. Y efectivamente, nos casamos.

—¡Ah! —exclamó Tackleton con una intencional inclinación de cabeza.

—Me había estudiado, la había puesto a prueba; sabía cuánto la amaba y cuán feliz sería —añadió el mandadero—. Pero no había reflexionado suficientemente (y hoy lo siento con toda el alma) sobre las consecuencias que resultarían con respecto a ella.

—A buen seguro —dijo Tackleton—. ¡El aturdimiento, la frivolidad, la ligereza! ¡No lo habéis reflexionado! ¡Habéis perdido de vista...! ¡Ah!

—Os agradecería que os abstuvierais de toda interrupción —repuso John con tono sereno—, hasta que me comprendierais, y estáis aún lejos de entenderme. Ayer hubiera matado de un puñetazo al ombre que se hubiese permitido lanzar una sola palabra contra ella; hoy le pisaría el rostro, aunque fuese mi hermano.

El comerciante de juguetes le contempló asombrado. John prosiguió con tono algo más suave:

—¿Había yo reflexionado alguna vez que en plena juventud la arrebatara resplandeciente de alegría y de belleza, a sus jóvenes compañeras, a las variadas y brillantes fiestas de las cuales era Dot el adorno principal, la más espléndida es-

siempre en mi triste casa y encadenarla a mi enojosa compañía? ¿Había reflexionado cuán distante estaba de su vivacidad, y cuán penosa había de ser mi imaginación lenta para un espíritu tan pronto como el suyo? ¿Había reflexionado que no representaba en mí, título ni mérito alguno el amarla, ya que cuantos la conocían daban en el sentir el mismo afecto? ¡Nunca, nunca! Me aproveché de su carácter juguetón confiando en el porvenir, y me casé con ella. No quisiera haberlo hecho jamás; ¡por ella, Dios mío, por ella y no por mí!

El comerciante de juguetes lo contempló sin guiñar el ojo, y aun su ojo semicerrado se abrió completamente por esta vez.

—¡Dios la bendiga —dijo John—, por la generosa constancia con que ha procurado apartar de mí este doloroso pensamiento. Y perdóneme el cielo si mi pesada inteligencia no comprendió más pronto lo que ocurría. ¡Pobre niña! ¡Pobre Dot! ¡Y no la he adivinado yo, que he visto sus ojos llenos de lágrimas cuando se hablaba de matrimonios semejantes al nuestro! ¡Pobre muchacha! haber podido esperar que me amaría, haber podido creer que me amaba realmente!

—Es lo que ha procurado fingir, y tan bien lo ha fingido, que a decir verdad, esto ha sido lo primero que me hizo entrar en sospechas.

E hizo valer la superioridad de May Fielding, a quien a buen seguro no podía acusarse de fingirle amor.

—Se lo proponía —dijo el pobre John con emoción mayor de la que hasta entonces había demostrado—, sólo ahora empiezo a comprender cuánto la habrá costado. ¡Cuán buena ha sido! ¡Cuánto hizo por mí! ¡Qué corazón tan valiente y enérgico el suyo! Prueba de ello es la felicidad que he alcanzado bajo este techo, y que será siempre mi consuelo cuando quede solo aquí.

—¿Solo? —preguntó Tackleton. ¿Qué intención es la vuestra?

—Tengo el propósito —respondió el mandadero—, de darle la mayor muestra posible de ternura y de ofrecerle la reparación más completa que he llegado a imaginar. Puedo librarla del diario sufrimiento; que resulta de un matrimonio desigual, y de los esfuerzos que ella hace para ocultarme su pena. Dot será tan libre como quiera.

—Ofrecerle una reparación! ¡A ella! —exclamó Tackleton llevándose las manos a las orejas y echándolas hacia delante—. ¿Estaré equivocado? ¿Lo habré oído mal?

John cogió por el cuello al comerciante de juguetes y le sacudió como si fuese una pala.

—Oídme —dijo— y procurad comprenderme bien. Oídme. ¿Acaso no hablo con claridad?

—Con gran claridad —respondió Tackleton.

—¿Como hombre resuelto?

—A buen seguro, como hombre muy resuelto.

—Toda la noche pasada, toda la noche estuve sentado ante este hogar —exclamó el mandadero—, en el sitio en que frecuentemente podía contemplarla a mi lado, mientras ella me miraba con su lindo semblante. Pasé revista a su vida entera, día por día; he visto de nuevo su querida imagen presentándose ante mis ojos en todas las situaciones de su vida. S. que es inocente. La cólera y la desconfianza han pasado.

¡Bienhechor grillo! ¡Leales hadas domésticas!

—Sólo me queda mi pesar —continuó John.

Indudablemente, en un instante desgraciado para mí ha vuelto algún antiguo adorador, más de acuerdo que yo con su edad y con sus gustos; acaso un pretendiente desdafiado por mi causa ya su pesar. Seguramente sorprendida y sin tiempo para resolver se ha hecho cómplice de su engaño y su disfraz. Anoche hablaron cuando los vimos. Mal hecho, torpeza, imprudencia... Pero si hay verdad en el mundo de nada más se le puede acusar.

—Si opináis así... —empezó a balbucear Tackleton.

—Que parta, pues —prosiguió el mandadero—. Que parta con mi bendición por todas las horas de felicidad que me ha proporcionado y con mi perdón por las congojas de que ha sido causa para mí. Que parta con la paz del corazón, que la deseo. No me odiará jamás; por el contrario, aprenderá a amarme mejor, aun cuando no la lleve a remolque de mi destino.

IV  
No, John, no ha concluido todo. Ni digáis aún que todo ha concluido. No lo digáis aún. He

oído vuestras nobles palabras, y no quiero charme sin deciros que me han llenado de reconocimiento. No digáis que todo ha concluido, esperad para hablar a que el ruido sonado otra vez.

Dot, que entró poco después de haber permanecido en la habitación. Miraba a Tackleton; con los ojos fijos en él, se mantenía fuera de su alcance. Entre ella y él la mayor distancia posible que hablase con el entusiasmo más posible que pueda imaginarse, no se acercó a él siquiera en aquellos instantes de su vida. ¡Cuán diferente se mostró en este detalle Dot de antes!

—No hay ya reloj que pueda hacer que me mire por segunda vez las horas pasadas en la habitación —replicó el mandadero con sonrisa—. Pero ya que lo queréis, sea así sonará la hora; no tendremos que aguardar mucho tiempo. De buen grado realizaría cosas difíciles por complaceros.

—Muy bien —murmuró Tackleton—. Ciso que me marche, porque cuando la hora ne, debo estar en camino para la iglesia los días, John Peerybingle.

—¿He hablado claramente? —preguntó acompañándole hasta la puerta.

—¡Oh, muy claramente!

—¿Y os acordaréis de lo que os he dicho?

—Sí, y si queréis que os lo haga recordado previamente la prudente precaución de pezar a subir al coche— debo deciros que do para mí tan inesperado el lance, que probable que lo olvide.

—Tanto mejor para los dos —repuso Adió. Mil felicidades.

—Querría poder deciros lo mismo —dijo Tackleton— pero ya que no es factible, os lo lo menos las gracias. Y dicho sea entre nosotros (creo que ya os lo he significado) no creo que peor en mi matrimonio, aunque May no ya hecho grandes demostraciones de cariño. Cuidaos mucho.

John le siguió con la mirada hasta que distancia le hizo aparecer lo suficientemente queño para quedar oculto entre las flores cintas de su caballo. Entonces, exhalando un profundo suspiro, fuese a vagar como alma en pena a la sombra de algunos olmos vecinos con el propósito de no entrar en su casa hasta que fuese hora.

Su mujercita, que había quedado sola, zaba amargamente; pero se enjugaba los ojos con frecuencia y detenía el curso de sus pensamientos para decirse:

—¡Dios mío! ¡qué bueno es! ¡qué excelente! ¡qué honrado!

Y luego, una o dos veces, se echó a reír tanta cordialidad, con un aire de triunfo por el ro y de un modo tan incoherente (puesto que cesaba de llorar al mismo tiempo) que Tackleton espantó sobremanera.

—¡Oh, por Dios, no hagáis tal cosa —¡Podrías matar al niño, por Dios!

—¿Le llevarás alguna vez a su padre, cuando yo no pueda vivir aquí y me haya a mi casa?— le preguntó su señora enjugándose los ojos.

—¡Oh, por Dios! ¡No hagáis tal cosa! —exclamó Tilly descajada y dando un aullido por el estilo de los de Boxer—. ¡Por Dios, no hagáis tal cosa! ¡Por Dios! ¿qué habrá hecho el mundo a todo el mundo para que todo el mundo sea tan desgraciado? ¡Uh, uh, uh, uh!

La sensible Slowboy iba a lanzar un grito tan terrible, a causa de los mismos esfuerzos que había hecho para ahogarlo, que el chiquillo entraba con su hija. Llevada por la aparición la visita al sentimiento de las conveniencias sociales, quedó en silencio durante algunos minutos, abriendo la boca; luego corrió hacia la cama en que dormía el chiquitín y se puso a bailar una danza de bruja o baile de San Vito, al mismo tiempo que hundía la cara y la cabeza en secuencias (de convulsiones probablemente) de ojos no hubiesen hallado a Caleb Plumme do un terror enorme, seguido de lamentables sábanas, hallando gran consuelo sin duda en extraordinarios ejercicios.

—¡Cómo! —exclamó Berta— ¿no habéis venido a la boda?

—La dije, señora, que no asistiríais a la boda dijo Caleb en voz baja. Sabía a qué atenerme cuanto a vos. Berta no ha podido quedarse

caso esta mañana. Temía, estoy seguro de ello, el  
son de las campanas y no podía soportar la pro-  
ximidad de la boda. De modo, que hemos salido  
temprano de casa y hemos venido directamente.  
—He reflexionado sobre cuanto hice al men-  
tirle a mi hija —dijo después de un momento de  
silencio.

—Me he reprochado hasta el punto de no  
saber qué resolución tomar, toda la pena que la  
he causado, y he resuelto que más vale —si que-  
réis quedaros aquí por breves instantes—, ente-  
rarla de toda la verdad. ¿Queréis quedaros con-  
trigo estos instantes? —la preguntó Caleb tem-  
blando de pies a cabeza—. Ignoro el efecto que la  
habiendo de producir; ignoro lo que pensará de mí, ig-  
noro si después de la revelación amaré aún a su  
pobre padre. Pero es enteramente necesario pa-  
ra su bien que quede desengañada, y en cuanto  
a mí, sean cuales fueren las consecuencias, es  
justo que las sufra.

Y Caleb se colocó a la derecha de su hija,  
mientras Dot quedaba a su izquierda tomándola  
la mano.  
—dijo Berta—, ¿queréis darme la mano?  
—Ah! Aquí está. La besó sonriendo. La retuvo ba-  
jo su brazo. Anoche oí hablar de cierta acusa-  
ción. Yo sé que era injusticia.  
Dot continuó en silencio. Caleb respondió por  
ella.

—Era injusta.  
—Estaba segura de ello. Se lo dije. Me ne-  
gaba a escuchar nada. ¡Acusaba con justicia...!,  
apretaba entre sus manos la de Dot y juntaba  
su cara a la de ella. No, no estoy tan ciega. Os  
conozco a todos mejor de lo que os figuráis, pero  
a nadie mejor que a ella. Ni a vos padre. Nada  
de cuanto prevalió en torno mío tiene tanta ver-  
dad, tanta realidad como ahora. Si de pronto  
recobrarla la vista, sin que nadie me dijera una  
palabras la reconocería entre mil. ¡Hermana mía!  
—Berta, hija mía —dijo Caleb—, necesito de-  
cirte algo que me pesa sobre la conciencia, aho-  
ra que estamos solos los tres. Debo hacerte una  
confesión.

—Una confesión, padre mío?  
—Me alejé de la verdad y me perdí —prosi-  
guió Caleb con expresión desgarradora que le  
alteraba el semblante por completo—. Me alejé  
de la verdad por tu amor, y este amor me hizo  
cruel.

Berta volvió hacia él su rostro, en que se re-  
flejaba un profundo asombro, y repitió:  
—¡Cruel!  
—Se acusa con demasiada severidad, Berta—  
añadió Dot—, lo reconoceréis vos misma; vais a  
reconocerlo en seguida.

—¡El! ¡Cruel para conmigo! —exclamó Ber-  
ta con incrédula sonrisa.  
—Sin querer, hija mía —dijo Caleb—. Pero  
lo he sido, aunque hasta ayer no lo notara. Hija  
mía, óyeme y perdóname. El mundo en que vives  
no existe tal como te lo he representado. Los ojos  
de que te fiaste han mentido.

Berta volvió de nuevo hacia él su semblante,  
que mostraba creciente sorpresa, pero retrocedió  
y se estrechó contra su amiga.

—El camino de la vida te hubiera sido rudo,  
hija de mi corazón —continuó Caleb—, y he que-  
rido endulzártelo. He cambiado los objetos, des-  
naturalizado el carácter de las personas, inventa-  
do muchas cosas que no existieron jamás, para  
hacerte más dichosa. He guardado secreto con  
respecto a ti, te he rodeado de ilusiones, ¡perdó-  
neme Dios!, y te he colocado en medio de una  
existencia llena de ensueños.

—¡Pero las personas vivientes no son en-  
sueños! Jexclamó Berta precipitadamente, pali-  
deciendo y alejándose más aún de su padre—.  
¡No podíais variarlas!

—Así lo hice, no obstante, Berta —confesó  
Caleb—. Una persona que conoces tiempo ha...

—¡Oh, padre mío! —respondió Berta con  
acento de amarga represión—: ¿por qué decís  
que la conozco? ¿Acaso conozco algo, si no soy  
más que una miserable ciega sin guía?

Vencida por su desdicha, extendió las ma-  
nos como si buscara un camino a tientas, y lue-  
go las llevó hacia su rostro con un gesto de tris-  
teza y sombría desesperación.

—El que hoy se casa —prosiguió Caleb—, es  
egoísta, avaro, déspota, un amo cruel para ti y  
para mí, hija mía, hace muchos años; repugnan-  
te en la faz como en el corazón, siempre frío,  
siempre duro; distinto por completo del retrato  
que te tracé, Berta mía, distinto por completo!

—¡Oh! —exclamó la ciegucecita, visible víctima  
de una tortura que estaba muy por encima  
de sus fuerzas—; ¿por qué habéis hecho eso?

¿Por qué llenasteis siempre mi corazón hasta el  
borde para venir luego a arrancarme, como la  
muerte, los ídolos de mi amor? ¡Cuán ciega soy,  
Dios mío! ¡Cuán sola y desamparada estoy!

Su padre, desconsolado, bajó la cabeza sin  
responder más que con su aflicción y su remor-  
dimiento.

Berta se entregaba hacia un momento ape-  
nas, a sus violentos transportes de pesar, cuan-  
do el grillo del hogar, que sólo ella pudo oír, em-  
pezó su crri... crri... crri... no con alegría por  
esta vez, sino con acento débil, melancólico, tan  
triste y tan lúgubre que Berta se echó a llorar; y  
cuando el hada que había permanecido toda la  
noche al lado de John apareció detrás de ella  
mostrándole a su padre con el dedo, Berta de-  
rramó lágrimas a torrentes.

En seguida oyó más claramente la voz del  
grillo, y aunque sus ojos no pudieron ver la ima-  
gen misteriosa, su alma la sintió revolotear alre-  
dedor de su padre.

—Dot —preguntó la ciegucecita—, decidme lo  
que es mi casa en realidad.

—Es una pobre habitación, Berta, muy po-  
bre, muy desnuda. Difícilmente podrá abrigaros  
el invierno próximo del viento y la lluvia. Está  
mal protegida contra el mal tiempo, Berta —si-  
guió diciendo Dot en voz baja pero clara—, co-  
mo vuestro padre con su impermeable de tela de  
embalar.

La ciegucecita, muy agitada, se levantó, y lle-  
vó aparte a la mujer del mandadero.

—Los presentes de que tanto me cuidaba—  
dijo temblando—, los presentes que satisfacían  
mis menores deseos y recibía yo con tanta gra-  
titud ¿de dónde procedían? ¿Erais vos la que me  
los enviaba?

—No.  
—¿Quiénes eran?

Dot comprendió que Berta lo adviniaba y  
guardó silencio. La ciegucecita se cubrió de nuevo  
el semblante con las manos, peor esta vez de un  
modo muy distinto.

—¡Un instante, Dot! ¡un solo instante! Acer-  
caos un poco. Hablad más bajo. Sois sincera,  
lo sé. ¿No me engañaréis?

—No, Berta; os lo prometo.

—Estoy segura de que no lo haréis. Harto os  
apiadáis de mí para engañarme. Dot, mirad el  
lugar en que estábamos un momento ha, y de-  
cidme lo que veis.

—Veo —respondió Dot, que la comprendía  
perfectamente—, un viejo lleno de tristeza senta-  
do en una silla dejándose caer sobre el respaldo,  
con la cara apoyada en la mano como si nece-  
sitase el consuelo de su hija.

—Sí, sí, su hija le consolará. Continuad.

—Es un viejo gastado por el trabajo y los  
pesares; un hombre flaco, abatido, pensativo,  
cuyos cabellos blanquean. Le veo en este instante  
desesperado, inclinado profundamente, ahogado  
por el peso de sus penas. Pero, Berta, no temáis;  
otras veces le he visto luchando con valor y cons-  
tancia por un fin noble y sagrado. Por ello rindo  
homenaje a su cabeza gris y la bendigo.

La ciegucecita la dejó ruscamente, y arrodil-  
llándose ante su padre, tomó su cabeza blanca y  
la estrechó contra su pecho. Ya me ha vuelto  
la vista, ya veo otra vez, gritó. He estado ciega  
pero mis ojos se han abierto a la luz. ¡Pensar  
que podría haber muerto sin conocer bien al pa-  
dre que tanto me ha querido!

Caleb no hallaba palabras bastantes para ex-  
presar su emoción.

—No hay en el mundo una cabeza por her-  
mosa y noble que sea —exclamó la ciegucecita  
permaneciendo en la misma actitud—, que yo pu-  
diese amar tan tiernamente, querer con afecto  
tan generoso como ésta; cuanto más blanca y  
triste sea, más la querré. Que no me digan más  
que soy ciega. No habrá una arruga en este sem-  
blante, ni un cabello en esta cabeza que desde  
ahora sea olvidado en los ruegos y en las accio-  
nes de gracias que dirija al cielo!

Caleb quiso balbucear —¡Berta mía!

Y en mi dolencia, ¡cuán ciega estaba! —mur-  
muró la joven mezclando con sus caricias, lágrimas  
de verdadera ternura—; ¡le creí tan dsitini-  
to! ¡Tenerle junto a mí día tras día, siempre  
preocupado por mi causa, y no haber pensado  
nunca en ello!

—¡Un pisaverde, Berta, un pisaverde con su  
traje azul que se ha desvanecido —dijo el pobre  
Caleb—. Berta mía!

—Nada se ha marchado —respondió Berta—,  
queridísimo padre. Todo permanece con vos. El  
padre a quien tanto amaba, y a quien nunca he  
amado ni conocido bastante; el bienhechor que

empecé a reverenciar y amar porque manifesta-  
ba tan tierna simpatía por mí. ¡El alma de cuan-  
to me fué más caro permanece aquí, aquí, con  
el rostro marchito y la cabeza blanca! Ahora sí  
que terminó mi ceguera, padre.

V

Toda la atención de Dot, durante este dis-  
curso, se había concentrado en el padre y la hija;  
pero al dirigir la mirada al segadorcito que per-  
manecía en la pradera morisca, y ver que iba a  
dar la hora dentro de algunos minutos tuvo un  
sobresalto y una pronunciaísimas agitación ner-  
viosa se apoderó de ella.

—Padre mío —dijo Berta vacilando— Dot.

—Sí, hija mía —respondió Caleb—, aquí está.

—Ella habrá cambiado, verdad. ¿No me ha-  
béis dicho nada de ella que no sea cierto?

—Acaso lo hubiera hecho, hija mía —respon-  
dió Caleb—, si hubiese podido figurármela mejor  
de lo que realmente es. Pero por poco que la  
hubiese retocado, la hubiera hecho desfavor.

Aunque la ciegucecita preguntase a su padre  
por Dot con la mayor confianza, era delicioso  
ver la alegría y el orgullo que manifestó al oír la  
respuesta del Caleb, y las nuevas caricias que  
prodigó a Dot.

—No obstante, amiga mía —insinuó ésta—,  
pueden ocurrir más variaciones de las que os  
imagináis. Variaciones para mayor bien de to-  
dos; variaciones que causarán gran alegría a al-  
gunos de nosotros. Si alguna variación debe con-  
moveros, ha de ser la que va a ocurrir; y es ne-  
cesario que no os dejéis arrastrar por una emo-  
ción demasiado viva. ¿No es un rumor de ruedas  
lo que se oye en el camino? Vos, que tenéis tan-  
ta delicadeza de oído, Berta, decidme si son  
ruedas.

—Sí, y vienen con gran rapidez.

—Sí... sí... bien sé que tenéis gran finura  
de oído —dijo Dot con la mano sobre el corazón  
y hablando evidentemente tan aprisa como po-  
día para disimular mejor sus latidos—, y lo sé,  
porque lo he notado con frecuencia, sobre todo  
ayer por la noche, al veros reconocer con tanta  
prontitud el paso del extranjero, aunque no se-  
pa por qué dijisteis (y me acuerdo bien de ello),  
«¿De quién es este paso?» y por qué os fijasteis  
en él con más atención que en otro paso cual-  
quiera. Si; como os decía ahora mismo, ocurren  
grandes variaciones en el mundo, grandes varia-  
ciones, y lo mejor que podemos hacer es prepa-  
rarnos a no asombrarnos de nada.

Caleb se preguntaba qué querría decir Dot,  
al notar que se dirigía tanto a él como a su hija.  
Vióla con extrañeza tan turbada, tan agitada, que  
respiraba con esfuerzo y la era preciso apoyarse  
en una silla para no caer.

—Son ruedas —exclamó jadeante—, son rue-  
das y se acercan. Están próximas, más próximas  
cada vez. Dentro de un instante habrán llegado  
aquí. ¿Oís cómo se detienen a la puerta del jar-  
dín? ¿Y este paso que se acerca a la puerta de  
entrada? El mismo paso de ayer, Berta, ¿no es  
verdad?... y no obstante...

Dot lanzó un grito de alegría, uno de esos  
gritos impulsivos que nada puede detener, y pre-  
cipitándose hacia Caleb, le puso la mano ante  
los ojos en el mismo momento en que un joven  
entraba precipitadamente en la habitación, y  
arrojando el sombrero al aire, se acercaba al  
grupo.

—¿Ha terminado? —preguntó Dot.

—Sí.

¿Felizmente?

—Sí.

—¿Os acordáis de esta voz, Caleb? ¿Habéis  
oído alguna vez una voz semejante a ésta?

—¡Si mi hijo que marchó a América, a Ca-  
lifornia, viviese aún! —dijo Caleb temblando.

—¡Vive! —exclamó Dot apartando sus ma-  
nos de los ojos de Caleb y palmoteando—. ¡Mi-  
radle! ¡Vedle en vuestra presencia, fuerte y sa-  
no! ¡¡Es vuestro querido hijo! ¡Vuestro querido  
hermano, Berta, que vive y os ama!

¡Ensalcemos a la mujercita por sus transpor-  
tes de júbilo, por sus lágrimas y por sus risas,  
mientras el padre y los dos hijos se abrazan apa-  
sionadamente! Ensalcemos la noble efusión con  
que fué al encuentro del curtido mozo de negra  
y alborotada cabellera y la santa confianza con  
que lo abrazó dejando que él la estrechara sobre  
su corazón. Pero ensalcemos también al cuclillo  
(¿y por qué no?) por haberse precipitado fuera  
de las puertas del palacio morisco y por haber  
saludado doce veces a la simpática reunión con  
su canto interminante, como si también él estu-  
viese loco de alegría!

El mandadero, que entró entonces, retorcedió

un poco; no esperaba por cierto hallar tan buena compañía.

—Mirad, John —dijo Caleb fuera de sí—; miradle. ¡Es mi hijo, mi propio hijo! ¡El que equipasteis y embarcasteis vos mismo; aquel de quien fuisteis siempre tan buen amigo!

El mandadero se le acercó para tenderle la mano y se detuvo bruscamente al parecerle reconocer en él las facciones del viejo sordo que había traído en el coche.

—¡Eduardo! —exclamó—; ¿Erais vos?

—¡Contádselo toda ahora —dijo Dot—, es el momento de las revelaciones y no me compadezcáis, porque estoy resuelta a no ser indulgente conmigo misma!

—Soy el anciano del coche—respondió Eduardo.

—¿Y cómo habéis tenido el valor necesario para entrar clandestinamente y gracias a un disfraz en casa de vuestro antiguo amigo? —repuso el mandadero—. Había hallado en vos en otro tiempo un muchacho leal... (¿cuántos años pasaron, Caleb, desde que creímos haber oído decir que había muerto y juzgamos tener la prueba de su defunción?) un muchacho leal que nunca hubiera obrado así.

—También yo conocí en otro tiempo a un amigo generoso, que fué para mí un padre más que un amigo —dijo Eduardo—, y que nunca hubiera querido juzgar a un hombre, sobre todo a mí, sin oírle antes. Este hombre erais vos. Espero que me escucharéis ahora.

El mandadero, dirigiendo una mirada llena de turbación a Dot, que se mantenía alejada de él, respondió:

—Sea. Nada más justo; os escucho.

—Es preciso que sepáis que cuando partí de Inglaterra, muy joven aún —dijo Eduardo—, estaba enamorado y mi amor era correspondido. Se trataba de una jovencita muy niña aún, que quizá (es lo que me objetaréis) no conocía su propio corazón. Pero yo conocía al mío, y sentía vivísima pasión por ella.

—¡Vos —exclamó John—, vos!

—Sí —respondió Eduardo—; y ella me correspondía. Siempre lo he creído así, y ahora estoy seguro de ello.

—¡Cielo santo! —dijo el mandadero—. ¡Sólo esto faltaba!

—Permaneciéndole fiel —añadió Eduardo—, y volviendo a Inglaterra lleno de esperanzas, después de gran número de peligros y sufrimientos para realizar cuanto estaba de mi parte para cumplir nuestra promesa de matrimonio, me dijeron a veinte millas de aquí que mi amada había sido perjura, que me había olvidado y que se entregaba a otro, a un hombre más rico que yo. No intenté dirigirla reprimenda alguna; sólo deseé verla y convencerme por mis propios ojos de la verdad de la acusación. Confiaba en que podían haberla obligado a aceptar este enlace a pesar de sus ruegos, de su resistencia y su fidelidad a mi recuerdo. Será un consuelo muy ligero, pensé, pero al menos me consolaría un poco. Por esto vine. A fin de conocer la «verdadera verdad», de observar libremente por mi propio impulso, de juzgar sin obstáculo alguno por parte suya y sin usar mi influencia personal sobre ella (suponiendo que la tuviese) me disfrazé... ya sabéis cómo, y me detuve en el camino... ya sabéis dónde.

—Pero cuando tu mujercita supo que Eduardo vivía y que estaba de regreso —añadió Dot, dirigiéndose a John, con la voz interrumpida por los sollozos, hablando por su propia cuenta como había ansiado hacerlo durante toda la narración del repatriado—, y cuando hubo conocido su proyecto, le recomendó expresamente que mantuviese el secreto, porque su viejo amigo John Peerybingle era demasiado francote y demasiado torpón para ocultar el más mínimo secreto; sí, torpe, torpísimo para todo fingimiento, incapaz de ayudarle en su proyecto, y cuando ella, es decir, yo misma, John, se lo hubo contado todo, explicándole que su amada le creía muerto, que al fin se había dejado inclinar por su madre a un matrimonio —que la pobre anciana llamaba ventajoso, y cuando ella, es decir, yo misma, John, le hube dicho que no estaban casados aún, aun que muy próximos a serlo, y que si se realizaba este matrimonio no consistiría más que en un sacrificio porque la novia no sentía amor alguno por su futuro. Como Eduardo se puso casi loco de alegría al oír esta noticia, entonces ella, es decir, yo misma, dije que intervendría como antes había hecho tantas veces, que sondearía el ánimo de su amada, y sabría asegurarse de que

no se engañaría en cuanto dijese. Y así es; ¡no se ha engañado, John! ¡Y se han reunido, John! ¡Y se han casado, John, hace una hora! ¡Y aquí está la recién casada! ¡Y Gruff y Tackleton está en peligro de morir soltero! ¡Y soy una mujer enteramente feliz, May, y que Dios os bendiga!

Ya sabéis, y abramos un paréntesis, que Dot era seductora hasta lo irresistible como en los transportes de gozo a que se entregó en aquel instante. Nunca se vieron felicitaciones tan tiernas, tan afectuosas como las que se prodigaba a sí misma y a la recién casada.

Entre el tumulto de emociones que batallaban en su pecho, el honrado mandadero sentía una profunda confusión. De pronto corrió hacia Dot; pero ella extendió la mano para detenerle y retrocedió, conservando la misma distancia de antes.

No, John, no oído todo. No me abracéis, John, hasta que hayáis escuchado todo lo que tengo que deciros. Obré mal no confiándoos mi secreto y lo siento. No creí haber obredo tan mal hasta el instante en que vine a sentarme junto a vos en el taburete ayer por la noche; pero cuando pude leer en vuestro semblante que me habíais visto con Eduardo, entonces comprendí toda la extensión de mi falta.

¡Pobre mujercita! ¡Cómo sollozaba al hablar! John quería estrecharla entre sus brazos, pero ella no lo permitió.

—¡No me abracéis aún, John! Cuando el próximo matrimonio me entristecía, era porque me acordaba de May y de Eduardo, que se habían amado tanto durante su juventud, y porque sabía que el corazón de May estaba a cien leguas de sentir amor por Tackleton. ¿Lo comprendéis ahora, verdad?

John iba a precipitarse hacia su mujer, pero Dot le detuvo aún.

—No; esperad un poco. Cuando bromeo, como lo suelo hacer algunas veces, John, llamándoos torpe, pavo, soso, ganso y otras cosas por el estilo, es por el mismo amor que os tengo, John; y no querría cambiaros en un átomo, aun que fuese para convertirnos en el monarca más grande de la tierra.

—¡Bravo, bravísimo! —exclamó Caleb con extraordinario vigor—. Esta es mi opinión.

—Y cuando hablo de personas de alguna edad, de personas maduras, John, y cuando digo que los dos hacemos mala pareja, lo digo por chiquillada y por la misma razón que me hace dármele a veces de mujer sería sólo en broma y para reír un poco.

Bien conocía Dot que John iba a aproximarse de nuevo y le detuvo por tercera vez; pero bien próxima estuvo a parar el golpe demasiado tarde.

—¡No, no me abracéis aún; dejadme un momento, John! Lo que deseo deciros sobre todo, lo he guardado para el fin. Querido, bueno, generoso John; cuando hablábamos cierto día del grillo del hogar, sentí mariposear junto a mis labios una confesión, que bien cerca estuvo de escaparse, y era que al principio no os había amado tan entera y tiernamente como os amo ahora; que cuando vine por primera vez a esta casa temí no llegar a amaros tanto como deseaba y como rogaba a Dios que me hiciese amaros; ¡era tan chiquilla entonces! Pero, John, cada día, cada hora os he ido amando con más entusiasmo. Y si hubiera podido amaros más de lo que os amo, las nobles palabras que os oí pronunciar esta mañana hubieran bastado para ello. Pero ya no puedo amaros más. Todo el cariño que en mí conservaba (y tenía mucho cariño para derramar, John) os lo he dado, como merecéis, hace tiempo, mucho tiempo, y no puedo daros más. ¡Ahora, abrazadme, John mío! Esta es mi casa John, y no penséis jamás, jamás en hacérmela abandonar para enviarme a otra!

Nunca sentiréis, al ver una mujer en brazos de su marido, el placer que hubierais experimentado al contemplar a Dot corriendo hacia los brazos del mandadero. Fué la más completa, la más ingenua, la más franca escena de ternura y emoción de que podáis ser testigos durante toda vuestra vida.

Podéis estar seguros de que John se hallaba en un estado de éxtasis inexplicable, así como también de que a Dot le sucedía lo mismo, y de que todo el mundo se sentía felicísimo, incluso miss Slowboy, que lloraba de alegría, y que, deseando hacer partícipe del cambio, presentaba sucesivamente, por riguroso turno, a cada uno de los asistentes, exactamente igual que si se hubiese tratado de una bandeja de pasteles.

Pero un nuevo rumor de ruedas se oyó exterior, y alguien gritó que Gruff y Tackleton volvía. Realmente, el digno sujeto apareció en seguida con el rostro inflamado y lleno de contrariedad.

—Veamos, ¿qué diablos ocurre, John Peerybingle? —preguntó al entrar. Es preciso que haya algún error en todo este asunto. He citado para la iglesia a la futura señora Tackleton y jurado que nos hemos cruzado por el camino, cuando ella venía hacia aquí. ¡Pero si está con vosotros! Os suplico que me dispenséis, caballero, no tengo honor de conocerlos; pero por si queréis hacerme el favor de dejar en paz a esta señorita, os advierto que tiene un compromiso formal para esta mañana.

—Pues no señor, no tengo el menor deseo de dejarosla —respondió Eduardo—. Es imposible.

—¿Qué queréis decir, vagabundo? —repuso Tackleton.

—Quiero decir —respondió sonriendo su interlocutor— que os perdono el mal humor, porque conozco que hay algún motivo para que estéis exasperado; por esta mañana permaneceré sordo a vuestras frases groseras, del mismo modo que ayer por la noche lo estaba para todas las frases que se pronunciasen, fuesen las que fuesen. ¡Qué mirada le lanzó Tackleton, y cómo tembló!

—Siento en el alma, caballero —prosiguió aquel reteniendo la mano izquierda de May, asida por su dedo corazón—, y con particularísimo sentimiento, que esta señora no pueda acompañaros a la iglesia; pero como ya ha estado en elal una vez esta mañana, supongo que la excusaréis.

Tackleton miró con aire descontento el dedo corazón de May y sacó del bolsillo de su chaleco un pedacito de papel de estaño, que a juzgar por las apariencias, contenía un anillo.

—Miss Slowboy —dijo—, ¿tendréis la bondad de echar esto al fuego? Gracias.

—Notad —prosiguió Eduardo— que se trata de un compromiso muy antiguo el que ha impedido a mi mujer su asistencia a la cita que le habéis dado.

—El señor Tackleton me haría la justicia de reconocer que le había confiado mi situación con toda fidelidad, y que más de una vez —añadió May ruborizándose— le he dicho que me sería imposible olvidar nunca a Eduardo.

—Ciertamente —asintió Tackleton— ciertamente. Es justísimo; nada hay que añadir. ¿Soy el señor Eduardo Plummer, no es así?

—Este es mi nombre —respondió el recién casado.

—No os hubiera reconocido, caballero —dijo Tackleton examinándole con mirada inquisitorial y saludándole profundamente—; os doy la enhorabuena, caballero.

—Gracias.

—Señora Peerybingle —añadió Tackleton volviéndose súbitamente hacia el lado en que permanecían Dot y su marido, nunca me habéis tratado con benevolencia, pero he de confesar que valéis más de lo que creía. John Peerybingle dispensadme. Me comprendéis; esto me basta. No hay nada más que decir, caballeros y señoras. Que todo vaya de mejor en mejor. Adiós.

Después de haber pronunciado estas palabras salió sin más ceremonias; sólo se detuvo un instante junto a la puerta para despojar la cabeza de su caballo de las cintas y flores que la adornaban y darle al pobre animal un violento puntapié, sin duda con el fin de anunciarle que había surgido algún obstáculo en el curso de los acontecimientos.

VI

Que no habían de permanecer ociosos ni un solo instante; porque debían pensar seriamente en celebrar aquel día de modo que dejase una huella eterna en el calendario de fiestas y regocijos de la casa Peerybingle. De modo, que Dot se puso a la obra para preparar un festín que cubriese de honor inmortal a su hogar y a los interesados en un abrir y cerrar de ojos hundió sus brazos hasta el codo en harina, incluyendo los deliciosos hoyuelos y procurándose el maligno placer de blanquear el vestido de John cada vez que éste se acercaba demasiado, deteniéndola para darla un beso. John lavó legumbres, mondó los nabos, rompió platos, derribó marmitas de hierro llenas de agua fría sobre el fuego, y en resumen, se hizo útil por todos los medios imaginables, mientras que una porción de ayudantes

tes, llamadas a toda prisa de algunos lugares del vecindario, daban contra todas las puertas y chochaban a todos los rincones. En cuanto a Tilly Slowboy con el niño en brazos, todo el mundo podía estar seguro de encontrarla donde quiera que fuese. Tilly no había dado nunca hasta entonces tales muestras de actividad; se multiplicaba prodigiosamente y su ubicuidad era objeto de la admiración general. Se la hallaba en el corredor a las dos veinticinco minutos, verdaderamente en la cocina a los tres minutos, en la sala a los cinco minutos, a modo de trampa; en las dos cuarenta minutos como un armadillo a la tres menas el granero en los veinticinco minutos. La cabeza del chiquitín ejercía de piedra de mineral que tuviese a su alcance; o vegetal o mineral, no estuvieron aquel día en mejor estado que las personas, muebles ni utensilios que no viniesen en un momento dado íntima amistad con la cabeza del niño.

Luego marchó una gran expedición a buscar a la señora Fielding para darla conmovedoras muestras de pesar por su ausencia, a sentirse feliz y a perdonarlo todo. Y cuando la expedición exploradora hizo su primer reconocimiento, la señora Fielding no quiso oír ni una palabra al principio; repitió un número incalculable de veces que había vivido hasta entonces con el fin de llegar hasta aquel día; que no se le pidiese nada más; que sólo debían conducirla a la tumba, cosa que parecía absurda, porque estaba viva y muy viva; al cabo de algún tiempo cayó en un estado de tranquilidad de mal augurio y observó que en la época de la famosa catástrofe ocurrida en el comercio de añil, había previsto ya que durante toda su vida quedaría expuesta a toda clase de insultos y ultrajes; que, por lo tanto, no se extrañaba de lo ocurrido, y que suplicaba que nadie se ocupase de ella en lo más mínimo (¿qué era ella, en realidad?) ¡Dios mío, nada! ¡Un cero a la izquierda! ¡Un cero a la izquierda! Y por fin, que procurasen olvidar que una criatura tan mísera hubiese existido, y que todo el mundo siguiese su camino como si ella no hubiese vivido jamás.

Pasando de este tono amargo y sarcástico a un lenguaje inspirado por la cólera, hizo hizo escuchar la notable frase siguiente: «Que el vil gusanillo se yergue cuando le pisan», después de lo cual expresó un tiernísimo pesar. Si siquiera hubiesen depositado su confianza en ella ¡qué ideas tan distintas la hubieran sugerido!

Aprovechándose de esta crisis operada en sus sentimientos, la expedición la abrazó; entonces la señora Fielding se puso los guantes y se dirigió a casa de John Peerybingle con actitud irreprochable, como mujer de mundo, llevando en la cintura, envuelto en un papel, un gorro de ceremonia, casi tan alto y seguramente tan rígido como una mitra.

El padre y la madre de Dot, que debían acudir en otro carruaje, tardaban más de lo regular; hubo alguna inquietud y se miró con frecuencia la calle por si se les veía. May Fielding miraba siempre hacia un punto opuesto al de todos y en dirección moralmente imposible. Y cuando se lo hacían notar, decía creer que podía tomarse la libertad de mirar donde mejor le pareciera. Por fin llegaron los dos; formaban una parejita gorrona, verdadera señal peculiar de la familia Dot. Dot se parecía muchísimo a su madre.

Entonces la madre de Dot tuvo que entablar amistad con la madre de May; ésta se daba continuamente aires de reina, mientras que la madre de Dot se daba tan sólo aires de ligereza y júbilo. Y el viejo Dot (quiere decir el padre de Dot; he olvidado su verdadero nombre, pero no importa) se mostró más confiado con la señora Fielding; estrechóla la mano inmediatamente sin gran respeto hacia el gorro de ceremonia, en el cual no pareció ver más que una mezcla de almidón y muselina, y no atestiguó la menor sensibilidad hacia la catástrofe del añil, en vista de que no podía remediarse ya; en resumen, según la definición de la señora Fielding era un hombre bonachón, ¡pero un tanto ordinario!

Por nada del mundo quisiera olvidar a Dot, que hacía los honores de la casa con su traje de boda ¡bendito sea su lindo semblante! Tampoco me olvidaré del mandadero que tan jovial y tan alegre se sentó a la cabecera de la mesa, ni del moreno y audaz Eduardo, ni de su graciosa mujer, ni de ningún otro convidado. En cuanto a la comida, sentiría mucho no poder hablar de su esplendor. Nunca se ha saboreado comida tan substanciosa y apetitosa; casi preferiría ol-

vidar los buenos vasos que se hicieron chocar en honor de las bodas; olvido que sería indubitablemente el peor de todos.

Después de la comida. Caleb entonó su canción báquica en honor del vino espumoso. Y la cantó sin desentonar y sin olvidar un solo verso, podéis asegurarlo a todo el mundo.

Y casualmente en el mismo instante en que Caleb terminaba la canción, ocurrió un incidente imprevisto.

Llamaron ligeramente a la puerta; un hombre entró vacilando sin decir «con vuestro permiso» o «¿se puede?» Llevaba algo muy pesado en la cabeza y dejó el fardo en el centro de la mesa, sin desordenarla, en medio de las manzanas y las nueces.

—El señor Tackleton —dijo— os saluda, y como no necesita para él la torta de boda, supone que le haréis el honor de comérsela.

Después de haber pronunciado estas palabras se fué.

Todos quedaron algo sorprendidos, como podéis suponer. La señora Fielding, que era persona de infinito discernimiento, insinuó que la torta pudiera estar envenenada, y contó la historia de cierta torta que había puesto amaratado a todo un colegio de señoritas; pero unánimes opiniones decidieron asalto de la plaza. May hundió el cuchillo en la torta, muy ceremoniosamente entre la alegría general.

No creo que nadie la hubiese probado aún, cuando alguien golpeó de nuevo la puerta; abrieron y compareció el mismo hombre que traía bajo el brazo un enorme paquete envuelto en papel gris.

—El señor Tackleton os saluda y os envía estos juguetes para el chiquitín. No son de los baratos.

Y dicho esto, se retiró como la primera vez.

Gran dificultad hubieran experimentado los concurrentes para hallar palabras apropiadas con que expresar su asombro, aunque hubiesen tenido tiempo para buscarlas. Pero no pudieron tomárselo, porque apenas el enviado cerró la puerta, sonó un tercer golpe y el mismo Tackleton penetró en la casa.

—Señora Peerybingle—dijo el comerciante de juguetes con el sombrero en la mano,— siento mucho mucho la ocurrido, mucho más de lo que lo he sentido esta mañana. He pensado largamente en ello, John Peerybingle; mi carácter es bastante difícil por naturaleza, pero no puede menos de mejorarse algo al lado de un hombre como vos. Caleb, la niñera me dió inconscientemente ayer por la noche cierto consejo enigmático, cuya clave he pedido hallar. Me sonroja al pensar cuan fácil me hubiera sido asegurar, me vuestro cariño y el de vuestra hija, y cuán idiota he sido al juzgarla loca. Amigos míos—permitidme que os llame así,— mi casa está muy solitaria esta tarde. No tengo ni el consuelo de un grillo en mi hogar. Apiadados de mi soledad y permitidme que permanezca en vuestra feliz compañía.

Al cabo de cinco minutos estuvo como en su propia casa.

—¡John! ¿Queréis mandarme o no a casa de mis padres? —murmuró Dot en voz baja. Y pensar que ha estado cerca de disponerlo!

Sólo faltaba un ser viviente para completar el cuadro, pero llegó en una abrir y cerrar de ojos, muy alterado por la carrera que había hecho y procurando con inútiles esfuerzos meter la cabeza en el gollete demasiado estrecho de un cántaro. Había seguido el coche hasta por la ausencia de su amo y prodigiosamente rebelde hacia el sustituto. Después de haber dado alguna vuelta por los alrededores del establo, había procurado inútilmente excitar al caballo a que volviese solo, y por un acto positivo del mal humor se había tendido delante del fuego en la sala común del figo vecino. Pero cediendo súbitamente a la convicción de que el sustituto del honrado John no valía la pena de que se le tomase en serio, se levantó le volvió la espalda y prosiguió el camino de su casa.

Luego empezó el baile. Me hubiera contentado con mencionar de un modo general esta diversión, sin decir ni una palabra más, si no tuviese algún motivo para suponer que fué un baile muy original y de carácter poco común.

Eduardo, que era un muchacho valiente, bondadoso y francote, les había contado mil maravillas de los loros, las minas, los mejicanos, el oro en polvo, etcétera, cuando de pronto se le ocurrió la idea de saltar de la silla y proponer un baile, ya que el arpa de Berta estaba allí, y Berta la tocaba promorosamente. Dot (¡buena pieza! Bastante zalamera algunas veces!) pretendió que el tiempo del bailoteo había pasado para ella; yo presumo que la causa verdadera de su reserva fué que el mandadero fumaba su pipa, y ella prefería permanecer a su lado. Con este precedente, la señora Fielding no podía aceptar bailarín alguno, y quedó obligada a decir que el tiempo de la danza también había pasado para ella, y todos dijeron lo mismo, excepto May; May estaba pronta a bailar.

De modo, que Eduardo y May se levantaron entre el general aplauso para bailar solos, y Berta tocó la pieza más arrebatadora de su repertorio.

Pues bien, creedme o no, apenas hubieron bailado cinco minutos, súbitamente el mandadero soltó la pipa, coge a Dot por la cintura, se lanza en medio de la habitación y voltea rápidamente con ella haciendo piruetas, ora sobre los talones, ora sobre la punta del pie. Apenas les vió Tackleton se deslizo suavemente hacia la señora Fielding, la cogió por la cintura y siguió el valvén. Al notar lo el viejo Dot, se puso en pie y arrebató a la señora Dot en medio del grupo, poniéndose a su cabeza; Caleb, al verles, tomó a miss Slowboy por ambas manos y partió en seguida con ella, y miss Slowboy, convencida por completo de que la únicas reglas de la danza consisten en penetrar vivamente entre las demás parejas y ejecutar a su costa cierto número de choques más o menos violentos, se entregó a estos ejercicios con entusiasmo.

¡Escuchad! El grillo acompaña la música con su crri... crri... y la olla zumba con toda su fuerza.

... ..  
Pero ¿qué es esto? Mientras les escucho con vivísimo sentimiento de felicidad y me vuelvo hacia el lado de Dot para contemplar otra vez aquel semblante que tanto me gusta, Dot y los demás se han desvanecido en el aire y me han dejado solo. Un grillo canta en el hogar; un juguete roto yace en el suelo. No veo nada más.

FIN.



**ESTE LIBRO SELLADO SE LE PRESTARÁ A USTED**

**¡MILES POR TODAS PARTES ACLAMAN ESTA**

## Psicología Nueva De La Vida!

¿Tiene usted esperanzas que no se han realizado? ¿Están las cosas mejores de la vida fuera de su alcance?

Los tiempos han cambiado—¿ha cambiado usted también? Adopte una psicología nueva de la vida y sea MAESTRO DE SUS PROBLEMAS. No toma más esfuerzo mental para obtener resultados cuando usted sabe como hacerlo.

Deje que los Rosacruces le enseñen como puede usted aplicar, por el uso de leyes sencillas, los poderes de su mente para efectuar cambios muy provechosos en su vida. Si usted es sincero en su deseo, escriba por el Libro Sellado, Gratis. Este le indicará a usted como puede obtener esta información tan útil. Diríjase a: Escribano!

**Los ROSACRUCES**  
[AMÓRC]  
SAN JOSÉ, CALIFORNIA, E. U. A.  
(Perpetuando las Antiguas Secretas Enseñanzas Rosacruz)

# El VIEJO CASTILLO



**F**RECUENTEMENTE, amigos queridos y constantes favorecedores que fueron durante más de cuarenta años, de aquel género criollo que tuvo su hogar en el alegre y popular teatro de la calle de Consulado, nos dicen, en un arranque de alentadora esperanza:

—Ustedes debían de hacer por que se volviese a abrir el teatro «Alhambra». Sería el gran negocio... El público lo pide...

Ya podrá suponerse como, desde lo más profundo e íntimo de nuestra alma, agradecemos estas sinceras demostraciones de aprecio hacia una empresa a la que dedicamos más de la mitad de nuestra vida, con todos sus ensueños y afanes, logrando, así en lo artístico como en lo económico, el más sonado y rotundo de los éxitos. Pero ¿puede el río volver atrás su corriente? ¿Puede recobrar la vista el desgraciado que la perdiera del todo, por enfermedad o accidente? Dijo el poeta que «del oscuro seno de la muerte, brota el germen fecundo de la vida», pero bajo distinta forma de la primitiva; por lo que no sería insólito que aquella enseñanza y aquella pauta trazada por los fundadores y mantenedores de aquel teatro, puedan servir de norma a nuevos alientos y propósitos artísticos, que alcancen idénticos beneficiosos resultados. Piedra a piedra se levantó aquella casa; ahora, mejorándola; y después, ampliándola. El excelente cuadro de artistas que poseía logró cristalizar pacientemente con los años, bajo aquel techo, producto de la asiduidad de directores y autores. El público que favorecía aquel local fué conquistado noche a noche. La fama que envolvía a todos no fué capricho de una efímera modalidad pasajera, sino premio y galardón a la constancia, al esfuerzo, a la gracia criolla fresca y sana, que en forma de pasillos cómicos, revistas de actualidad y pintorescos sainetes copias de nuestro ambiente «sui generis», abría en aquel jardín sus rosales: fué el capital del virtuoso, alcanzado y reunido centavo a centavo, y peso a peso, en la insaciable lucha de los años. Mas como la rueda de la vida no cesa un instante en su girar eterno, unos murieron; otros se hicieron viejos; algunos tendieron el vuelo en pos de más productivas actividades: el reloj de arena de las horas consumió al fin su último grano; y fuerza es, para que las continúe señalando, volverlo cabeza abajo; y serán otras nuevas horas; pero no aquéllas...

Así pues, buenos amigos, con todo y vuestros mejores deseos, no nos queda más que recordar aquel «Alhambra» querido; y es por eso por lo que de vez en cuando toparéis en nuestra prensa con alguna que otra «vieja postal descolorida» que os la traiga cariñosamente a la memoria. Vamos a llenar hoy algunas cuartillas recordando al «viejo Castillo», al que tanto habrás aplaudido, querido lector, durante años y años en aquella escena inolvidable.

Fué el artista más cumplidor y estudioso que conoció el postalista en su larga vida de teatro. Castillo fué cómico toda su vida, desde los quince años, hasta los ochenta y pico en que murió. En-

cantaba oírle referir sus andanzas de artista en el antiguo e histórico teatro de «Villanueva», en el que trabajaba la noche del 22 de enero de 1869, cuando fué tiroteado por los «Voluntarios de la Habana»; y en cuyo grupo de actores también figuraba Pancho Valdés Ramírez, uno de los creadores y mantenedores de la guaracha cubana, autor de «El Negro Curro»; en el «Principal», que estuvo en el gran edificio donde años más tarde se instalaron el café de «Luz» y el Hotel «Mascota»; en el teatro «Diorama», enclavado en la manzana de Consulado y Trocadero, donde se encuentra al presente la panadería de ese nombre; en el «Cervantes», detrás del teatro «Tación», y a un costado del patio de la Estación de Villanueva, el pitazo de cuyas locomotoras se mezclaba a los dos de pecho y calderones de los artistas que trabajaban en aquél; y en fin, en todos los salones y teatros grandes y chicos y de mayor o menor renombre de la Habana, cuya historia y distribución refería él al dedillo y en todos sus detalles.

Al principio de su carrera artística, Castillo fué bailarín, y no de los malos, según los que entonces lo conocieron; después se dedicó a los «guajiros», que entonces se llamaban «Rufino», y no «Liborio»; a los «papás»; a los «esposos confiados»; y al trabajo, en fin, que se llama en el teatro de «peluca». Para un «Liborio» de patillas, chamarreta y yaguarama no tenía precio. Para él, los grandes y famosos actores eran dioses, al hablar de los cuales se quitaba respetuoso el sombrero. Citaba lleno de orgullo las temporadas que había hecho con don José Valero, Sánchez Castilla, Arjona, Matilde Díez y demás estrellas del teatro español.

Castillo levantó por su cuenta un gran número de teatritos en distintos barrios de esta capital; y siempre tenía entre manos el proyecto de uno nuevo «que iba a ser el mejor de todos los que había fabricado», decía él. No tiene a manos el postalista los mil detalles de su vida de cómico; pero den ustedes por seguro que fué de las más interesantes que se pudieran relatar. Placía sobremanera oírsele referir a él, en sus ratos de intimidad. Era un hombre que no vivía más que para su trabajo de cómico, su familia y sus espejos. Era el que con maestría suma pintaba los anuncios de refrescos y demás en los principales cafés y restaurantes de la Habana, teniendo la vanagloria de medir a ojo sus letreros, sin reglas ni nada, y sin equivocarse nunca en el tamaño de aquéllos; lo mismo que cuando pintaba los anuncios y cartelones de teatro, a lo que también se dedicaba.

Esto de pasar Enrique del Castillo su vida ajeno siempre a lo que no le atañía, explica que no entrara nunca en chismes y cuentos de bastidores, y que el mundo girase a su alrededor, las más de las veces, sin que él se diera cuenta de cosas, sucesos y personas que a su alrededor se sucedían; y justificaba también el chistosísimo caso que le aconteció una vez con el tan conocido e ilustrado hombre público, doctor Raimundo Cabrera, que este propio refirió al postalista en el

teatro «Payret», una noche, acabado de haberse sucedido.

En las andanzas de su juventud bohemia, que tan donosamente refiere el citado doctor en su popular y leído libro «Mis buenos tiempos», Cabrera fué traspunte de Castillo, cuando éste era empresario del teatro «Diorama» que hemos citado anteriormente. Creyendo recordarle una cosa grata y que a su antiguo empresario le causaría el mejor efecto ver a lo que había llegado su humilde y modesto traspunte de aquel tiempo, Cabrera le contó una noche allí en «Payret» todo lo que había prosperado; y al gran nombre a que se había hecho acreedor con su solo esfuerzo, cruzándose con este motivo entre ambos el siguiente diálogo:

Castillo—(buscando en su memoria)—Cabrera... Cabrera...

Cabrera—(gozoso de recordar aquellos días)—Sí, que era traspunte en su teatrico el «Diorama... ¿no se acuerda? Cabrera...

Castillo.—Tengo una idea... traspunte... sí...

Cabrera—(rebotando legítimo orgullo)—¿Quién iba a decirme a mí entonces, que al cabo llegaría a donde he llegado, eh Castillo?...

Castillo.—Entonces, ¿ha prosperado usted mucho?

Cabrera.—¡Figúrese: Raimundo Cabrera (marcado).

Castillo—(como el que suelta un escopetazo)—¿Usted es músico, no? ¿Qué instrumento toca?

Cabrera—(cayendo desde lo alto de su gloria)—¡Yo toco el violón!

Y lo que decía don Raimundo:

—¡Haberme labrado todo un nombre a través de cincuenta años de trabajo y fatigas, para que ni siquiera haya oído nombrarme Castillo; y me tome por un trompista de la murga!

¡El colmo de la abstracción y de la indiferencia!

Era un hombre metódico y consagrado a lo suyo exclusivamente. Guardaba programas del debut de los principales cantantes y artistas que habían trabajado en los teatros de la Habana: de la Patti, de Tamberlich, de Aramburo, de Sarah Bernhard, de Coquelin, de la Pazani, la Raquel, la Mariani, etc., etc. Su archivo de antiguas comedias y sainetes españoles era digno de verse. De «Alhambra» conservaba todos los programas, desde su fundación en los tiempos en que fué su primer arrendatario, allá por el 1890, don José Roof, el herrero; aunque para contestar cualquier pregunta que sobre teatro se le hiciese no necesitaba consultarlos, pues disfrutaba en ese sentido de una memoria prodigiosa.

Tenía el viejo Castillo la manía de guardarlo y conservarlo todo. Su casa en la calle de O'Reilly, entre Bernaza y Villegas, donde vivió largos años, era tanto un museo como un rastro: allí almacenaba viejos baúles repletos de carteles, programas, hojas sueltas y periódicos que daban cuenta de sus actuaciones artísticas y de la estancia aquí en la Habana de los actores y actrices más renombrados; pinatas y trastos que había hecho



# LEON XIII

## Modelo de PAPA

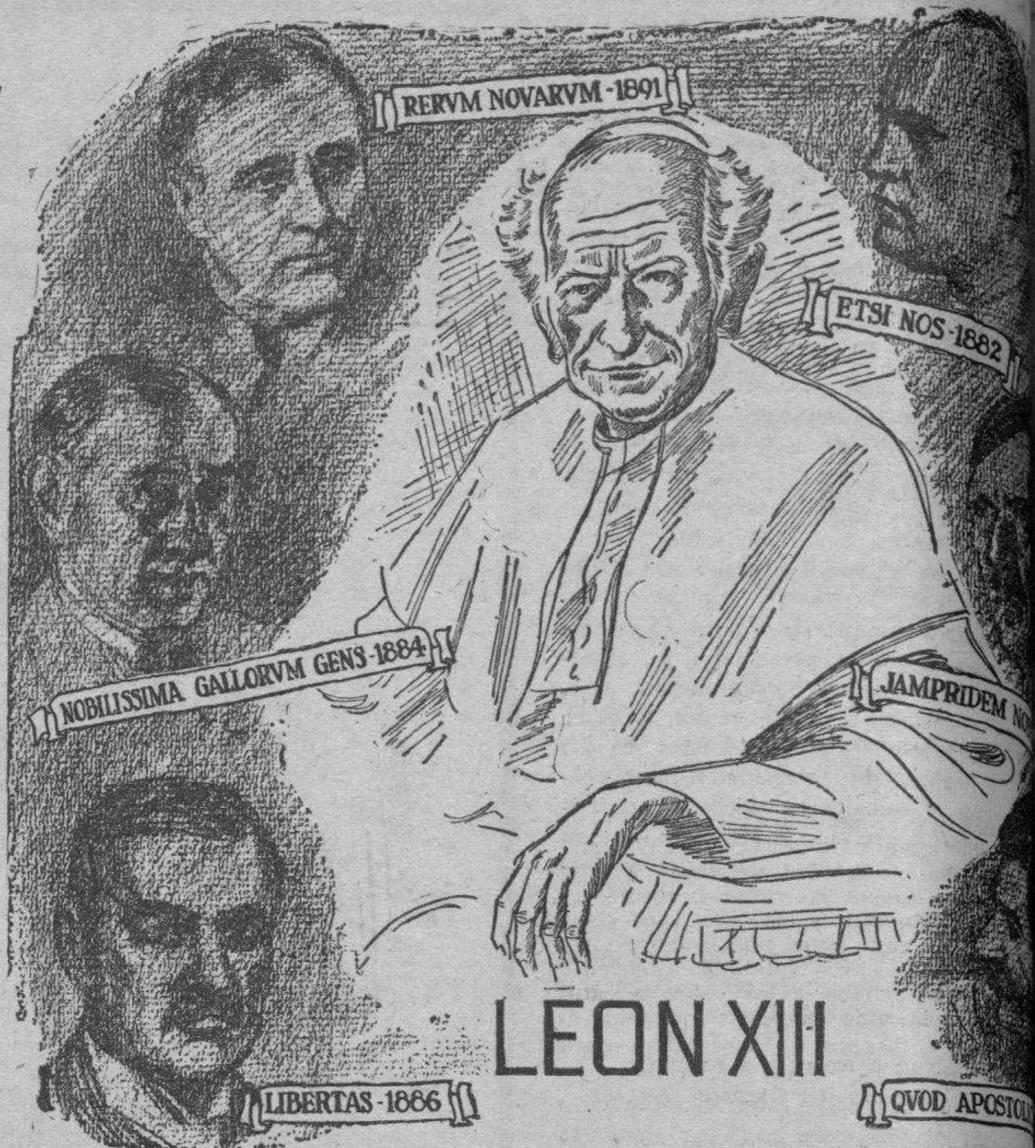
**C**UANDO en el 1891 el Papa León XIII, desde su cátedra de doctor y padre de la Iglesia, abordó por primera vez de una manera radical los problemas de los trabajadores, el mundo católico escuchó atónito, cómo la autorizada voz del cristianismo condenada desde el Vaticano la explotación humana y proclamaba los principios de una nueva Justicia Social.

La época de León XIII fué una de las más difíciles de la Iglesia, con motivo de plantearse en medio de las luchas unitarias de la nación italiana la célebre Cuestión Romana, originada desde la república de 1797 y el destierro del Papa Pío VI. En el 1809 este conflicto se agravó al tener lugar la incorporación al imperio napoleónico y el arresto del Papa Pío VII. En el 1815 los estados pontificios habían sido devueltos íntegramente al Santo Padre. Después de Len XII, Pío VIII, y Gregorio XVI, había de surgir en la sede del cristianismo el Papa Mastai, llamado Pío Nono, e iniciar su reinado vigoroso con un decreto de amnistía de los condenados políticos que le valió el encomio de todas las fuerzas liberales del mundo. Era el siglo de Renán, conmovido por el reto de «El Porvenir de la Ciencia», y con su declaración de derechos para la oposición el nuevo pontífice acababa de demostrar de manera inequívoca la extraordinaria vitalidad del catolicismo.

### SOCIALISMO SIN ANARQUIA, LA FORMULA DE JESUCRISTO

En su obra sobre León XIII, Fernando Hayward ha cubierto de una manera metódica y completa toda la historia de las relaciones de la Iglesia con los tres países que en el momento presente constituyen el centro de las convulsiones políticas de Europa: Francia, Italia y Alemania. Cobra actualidad definitiva el libro precisamente con ocasión del Cónclave para la elección del sucesor de Pío XI, uno de los Vicarios que más semejanza ideológica guarda con León XIII, en una época muy parecida a la que transcurrió en el reinado de éste: tiempo de efervescencias nacionalistas y de propagandas subversivas tendientes al derrocamiento del status quo.

Ya desde 1849, en medio de las luchas patrióticas por la unidad de Italia, el Papa Pío IX había planteado abiertamente el problema de su independencia política y jurídica, llamando a las potencias católicas —Francia, Italia, España y el Reino de las Dos Sicilias— a que reclamaran la legitimidad de los derechos de la Santa Sede. Frente a las dinámicas campañas del teórico Mazzini y los desafíos arrogantes del condottiero Garibaldi, influenciados ambos por las sociedades secretas y la masonería, el augusto Pontífice declaraba la doctrina de la infalibilidad y convocaba a un Concilio Ecuménico que hizo bulla en los anales de la Iglesia. De ahí en adelante la lucha es abierta entre el Estado Italiano y la San-



LEON XIII

El reinado de aquel doctor de la Iglesia fué uno de los graves conflictos con Italia y Alemania.— Venció a Bismarck y a Garibaldi; hizo enmudecer la voz atronadora de Gambetta en Francia.— Le arrebató el lema de la Justicia Social a Carlos Marx y redujo a la impotencia a los positivistas de la época de Renán.— Sentó las bases de la lucha contra el comunismo y proclamó los principios de organización de la democracia social cristiana.— Pío XI fué un discípulo ejemplar del autor de la famosa encíclica Rerum Novarum, biblia de las reformas sociales de la Iglesia.

ta Sede. En 1871 los sectarios promulgan la ley de anexión de los bienes eclesiásticos. En el 78 el Cónclave elige a León XIII, dos años antes de la muerte del Rey Víctor Manuel II y de la llegada al poder de Crispi y Zanardelli, enemigos implacable del catolicismo.

Este valeroso Papa, que de Cardenal se había negado a ir a visitar al Soberano durante la visita que girara a Perusa en el 1869, no perdió tiempo en arrebatarle a los de la oposición todo el resplandor de sus ideas liberales. Entonces el socialismo estaba representado por dos ideas: la científica de Karl Marx y de Engels, y la utópica de Saint Simon, Proudhon y Luis Blanc. León XIII se levantó como una pirámide en la cátedra de San Pedro y opuso al materialismo socialista el pensamiento social del Evangelio.

Todavía no había llegado para él, sin embargo la hora de sentar en toda su grandeza la doctrina proletaria. En el 1882, en la encíclica Etsi Nos conmina a los obispos de Italia a adaptarse a los nuevos tiempos, y sin dejar de fulminar contra los ataques del nacionalismo y la masonería, hace planes definitivos para abandonar Roma y trasladarse a Austria. Esta encíclica marca el comienzo de una etapa revolucionaria en el ideario político de la Iglesia, porque se lanza precisamente en la época en que los opositoristas han anulado la ley de garantías y pretenden erigirle una estatu en la Ciudad Eterna al apóstata Giordano Bruno. Hay, además, la profunda divi-

sión del cristianismo con motivo del cano; la unidad católica, ya rota en Focius y Miguel Cerulario, amenaza también en occidente, y sin embargo, no cesa en su empeño de precipitar que más tarde ha de culminar en toria.

### LA IGLESIA: PRECURSORA DE EMANCIPACION DE LOS HUMANOS

La insistencia del Santo Padre en a Austria podría explicarse atribuyéndole de invocar como última legítima los derechos del cristianismo el principio Justicia Social. Por los temores del Emperador Francisco José, la encíclica Novarum, que puede llamarse la biblia del catolicismo, no se dictó desde Viena. Ber sucedido así, Dios sabe el rumbo sen tomado los destinos de la historia. Un Papa hablando de los derechos fortaleza del feudalismo y la autocracia para poner a temblar a todos los m Viejo Mundo. Ya no era solamente la Saboya la que se veía amenazada por las del liberalismo desde San Pedro, Inglaterra señorial y caprichosa concebió rique VIII. Era la Francia de Renán nios mayores del positivismo. Era la protestante que se ufanaba de la esta la reforma de Lutero.

León XIII hablaba de «un pequeño de ricachos que han logrado echar solas de los pobres un yugo apenas me en esclavitud misma». «La inmensidad de sin propiedad, de un lado, —decía— y los superabundantes de los pocos afortun otro, es un argumento incontrovertible que las mercaderías tan prolijamente en esta época de industrialismo no mente distribuidas ni compartidas mente entre los hombres».

Esta doctrina ponía a la Iglesia de los cismas y de las demás congrega todoxas; por encima de los nacional jerarquías terrenales. Bien sabía el Pa las iba a ver con poderes que deseaba para siempre la influencia del cristianismo.

asuntos humanos, y frente a ellos puso, de un plumazo, los intereses humanos del mundo.

En Alemania, en la misma época que en Italia se había declarado una guerra violentísima contra la Iglesia Romana. Bismarck creía que a los representantes de la religión se les podía disponer como se hacía con los soldados del imperio. Hablaba del Papa como de un «viejo señor». No sospechaba que muy cerca estaba su derrocamiento a manos de este «viejo» solitario, a pesar de la campaña del Kulturkampf que hizo creer a los alemanes que la Iglesia había polonizado a sus compatriotas de la Silesia, Posnania y Prusia Oriental.

En octubre de 1888 el Emperador Guillermo II, príncipe protestante, visitaba al Santo Padre en el Vaticano. Aquel a quien los prosélitos de Garibaldi llamaban el «papalino», resultó un caudillo insuperable, que lo mismo sometía al Caudillo de Hierro que afianzaba el poder de la Iglesia en Inglaterra elevando a la púrpura cardenalicia al P. Newman, preclaro pensador de la Oratoria de Birmingham y del movimiento de Oxford. A León XIII lo seducía la lucha por la cultura y por la libertad y no iba a dejar ambas cosas en manos de los enemigos del catolicismo. Para la libertad proclamaba los principios de la Justicia Social; para la cultura, fundaba el Instituto de Filosofía Superior en Lovaina y la Universidad de Friburgo en Suiza. A los reyes y a los políticos los arreglaba movilizándolos en firme a las huestes universales de la Iglesia.

**LEÓN XIII Y LA FRANCIA DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE**

La encíclica «Nobilissima Gallorum Gens», a la muy noble nación francesa, salida de labios del Augusto Vicario en aquellos momentos de sombrías contiendas en Alemania e Italia, es uno de los documentos diplomáticos más perfectos del pasado siglo. No en vano aquel pueblo de revolucionarios acostumbrados a los episodios sangrientos de la Comuna, se echaba a las calles a cantar el himno del conocido cántico:

«Salvad a Roma y a Francia  
En Nombre del Sagrado Corazón...»

precisamente en los instantes en que fracasaba la restauración monárquica de 1873 y León Gambrinus exclamaba desde la tribuna de la Cámara: «El clericalismo, ese es el enemigo!»

En esta encíclica se instruía a los obispos de Francia sobre la organización de la sociedad doméstica y civil. El Papa no dudaba de su misión en ese momento; habían transcurrido noventa y seis años desde la toma de la Bastilla y a la Santa Sede le incumbía ayudar a levantar un nuevo orden de cosas sobre las ruinas del absolutismo, haciendo la cruz donde los espíritus desorientados pretendían erigir el cadalso y la guillotina. Al año siguiente —1885— había de lanzar su otra famosa carta, «mortale Del», sobre la constitución cristiana de los Estados, y a los dos meses emitiría su «Jampridem Nobis» a los obispos de Prusia, sobre las condiciones del catolicismo en Alemania. Se le ve, pues, moviéndose en todas las fronteras para consolidar, no ya el limitado poder temporal de una faja de terreno, en el Imperio, sino el eterno poder que emana del conjunto moral de la justicia cristiana tal y como la enseña el Evangelio.

Este período de formulación de un cuerpo de doctrinas sociales, políticas y económicas para el catolicismo se ha de prolongar hasta su testamento que es la encíclica «Vigésimo quinto año», en que vuelve a tocar el tema de la organización social internacional y de las relaciones entre la Iglesia y el Estado. Se ha adelantado a los magos del Siglo XX estipulando las bases de la democracia cristiana en su encíclica «Graves Communi» en 1901. Ha opuesto su autoridad contra las ambiciones del imperialismo formulando las misiones que combaten la esclavitud en las colonias africanas. Lleva casi un cuarto de siglo en una batalla fenomenal para detener los apetitos materiales de la autocracia y los planes del anarquismo.

**PAPA «SOCIALISTA» INICIA LA GUERRA CONTRA EL COMUNISMO**

En aquel memorable año de 1878, en su encíclica «Quod Apostolici», denunciaba con elocuencia y energía «la secta de esos hombres que se manifiestan de diversas maneras y con nombres casi

bárbaros, socialistas, comunistas, y que se esfuerzan por realizar el deseo que se han formulado hace ya tiempo de trastornar los fundamentos de la sociedad civil».

De que la Iglesia Católica no ha abandonado, sino más bien confirmado la posición de vanguardia que ocupa hoy día en la lucha por la reforma social, da prueba el hecho de que el Papa que acaba de morir siguió casi al pie de la letra los dictados de León XIII. En efecto, Pío XI declaró de manera terminante que la Iglesia tiene el deber de inmiscuirse en todas las cuestiones que afecten la conducta moral del hombre, negando faltar relación entre la ciencia económica y la disciplina moral. Al contrario, en su encíclica «Quadragesimo Anno», en conmemoración del cuadragésimo aniversario de la encíclica «Rerum Novarum», que es el credo del Nuevo Trato de Roosevelt enunciado por el Pontífice León XIII cuando el actual Presidente de los Estados Unidos no había cumplido los 16 años de edad,

Pío XI insistió en fijar la actitud pro obrerismo de la Iglesia ante la cuestión social.

Tenemos, pues, que a su muerte, la Iglesia está, como en los tiempos de León XIII, perseguida por fuerzas opresoras de cuyas raíces el Vaticano tiene pleno conocimiento. Por eso, el reinado de Pío XI ha sido un reinado político más que religioso, aunque se le llamara, amorosamente, el «Papa de la Paz». Y si las condiciones no varían, sino que a todas luces empeoran, no parece desacertado afirmar que acaso el Cónclave ha pesado con cautela extrema el desempeño de su delicada misión: la de elegir como jefe de la Iglesia a un hombre que reúna la previsión, la audacia y el valor de León XIII, junto con las altas cualidades diplomáticas del Papa que acaba de morir. Si el nuevo Pontífice lena esos requisitos, podría presentirse que estamos en presencia del caudillo más insigne de la humanidad actual. Un caudillo que bien puede ponerle cátedra a los hombres más poderosos de la época contemporánea: Hitler, Mussolini, Roosevelt, Stalin, Chamberlain, Hirohito y Daladier.

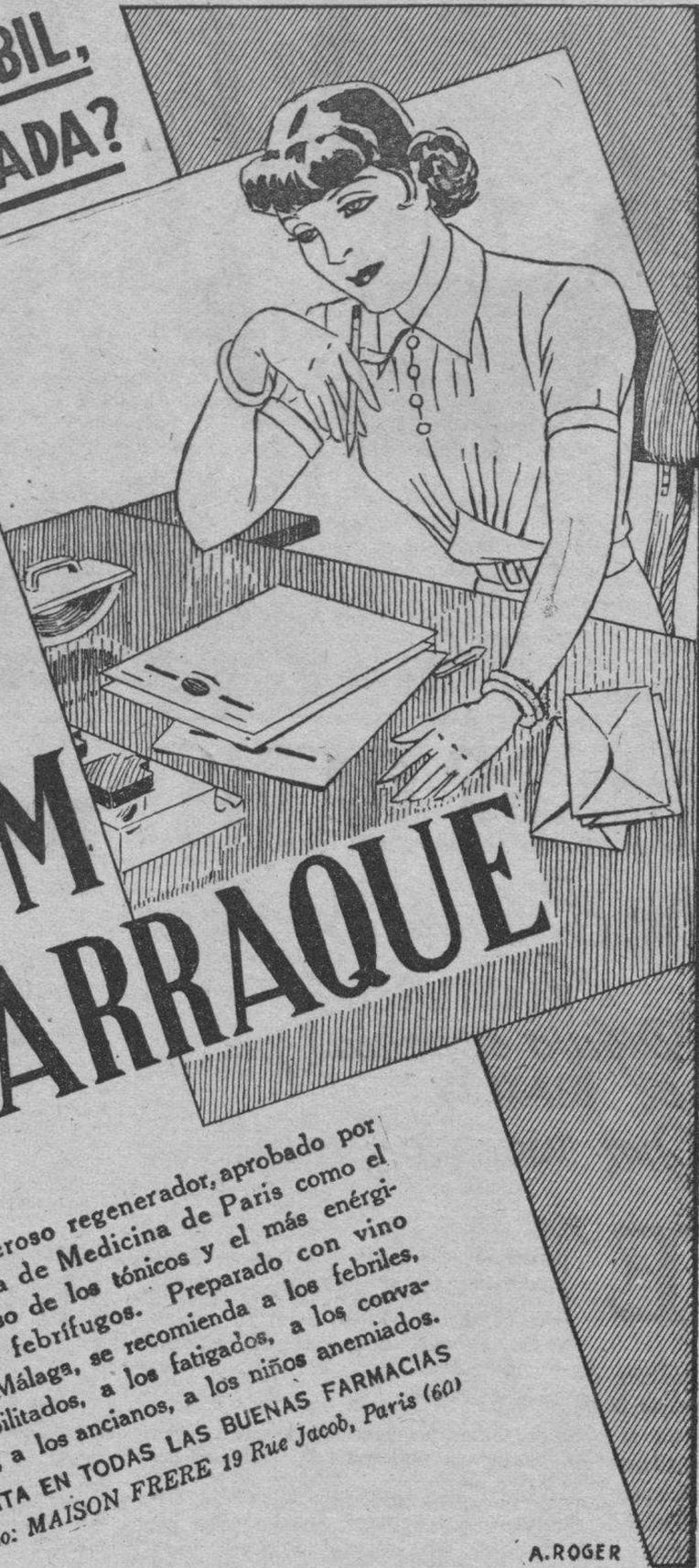
**¿SE SIENTE UD. DEBIL,  
FATIGADA, DESGANADA?**

Recupere  
las energías  
perdidas  
TOMANDO



**QUINIUM  
LABARRAQUE**

El más poderoso regenerador, aprobado por la Academia de Medicina de París como el más poderoso de los tónicos y el más energético de los febrífugos. Preparado con vino añejo de Málaga, se recomienda a los febriles, a los debilitados, a los fatigados, a los convalecientes, a los ancianos, a los niños anemiados.  
DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS  
Depósito: MAISON FRERE 19 Rue Jacob, Paris (60)



A. ROGER



# DESDE PARIS

Por *Eduardo Avilés*

*Ramirez*

*Dibujo especial para el DIARIO.*

por RICARDO MARIN

## *¡Basta de remos, Galeoto!*

COMO MURIO UN GRAN POETA DE VASCONIA. ESTO PASABA EN EL SIGLO XV O EN EL XVI, LA CRONICA NO LO DICE BIEN. EN EL BAJEL IBAN GENTES DE ARMAS, GENTES DE IGLESIA, MARINEROS Y GALEOTES, REVUELTOS, PERO GUARDANDO DISTANCIAS SEVERAS. DESDE CADIZ HASTA LAS AMERICAS DE ORO.

**E**POCA? Quizás finales del siglo XV o principios del XVI. Fué, no se sabe aún, si bajo el reinado de Carlos V o el de Felipe II.

Los bajeles, con el fruto resplandeciente de las Américas llegaban a Cádiz, cargadas hasta el tope. El "fruto resplandeciente" eran el oro, la plata, las piedras preciosas, las maderas preciosas, la vainilla, el tabaco, los aromas. Cada bajel que amarraba en Cádiz era objeto de la curiosidad general. Desde todos los rincones de España bajaban los viajeros para ir a tocar con sus propias manos aquellos cordajes aquellas veas, aquel casco que había atravesado los mares desconocidos y que venía, has-

ta el tope, perfumado con los raros aromas de la Tierra Incógnita.

En el bajel venían, revueltos pero guardando terribles distancias, los hombres de armas, los monjes, los marinos y los galeotos.

Los hombres de armas eran duros, el labio desdeñoso, la color tostada por los soles tropicales, el mostacho entrecano, la mano callosa. No abandonaban la pesada tizona ni para dormir (la metían entre las piernas, según el testimonio de Bernal Díaz del Castillo). Durante todo el día, al menos mientras estaban de guardia, andaban tocados con el casco que sonaba a hoja de lata en las juntas. Charlaban casi siem-

pre en grupos, rememorando hechos y circunstancias de la epopeya, o creando mentiras heroicas susceptibles de, con ellas ordenadas, confeccionar más tarde una historia titánica o bibliografía del heroísmo hispano.

Los monjes formaban grupos también. Salían al puente raras veces, a otear la línea azul y siempre igual del horizonte, un breviario de horas entre las manos largas y afiladas, aunque igualmente tostadas por el sol como las de los hombres de armas. Cuando las capuchas tocadas caían sobre la nuca, las testas hirsutas y peludas aparecían, cubiertas de un bonete negro floridas de pelos locos y entrecanos, barbas fl-

viales e incultas. (Pero en el fondo de las pupilas negras, inquieta, el alma asomada a la vida exterior, sin velos...!)

Los marineros se daban el turno en los focos en la barra, en los timones, en los servicios. Salían uno a uno del vientre sórdido del bajel, que crequeaba al golpe de los oleajes. Charlaban bajo, entre ellos. Eran cetrinos, con el pelo lacio y largo, los costillares al aire, la piel manchada y tosca, un pañuelo de colores vivos amarrado en la cabeza. Se apartaban con cierta deferencia cuando cruzaban un hombre de armas, cuando cruzaban un monje de la Compañía. Eran oriundos de la misma Cádiz, de Sevilla, de Palos; de más allá aún: de Valencia, de Barcelona, de sitios innominados de la costa francesa y de la costa italiana, cuando no de las Canarias, de las islas Baleares o del Adriático, que de todo había.

Y por último estaban los galeotos. Esos no salían al sol.

Remo en mano de la noche a la mañana y de la mañana a la noche, el espinazo curvado, el cuerpo prisionero en el grillete, casi desnudos, los ojos lanzando una mirada flotante y undina, que se prendía un poco en todas las cosas, que es una manera de decir que no se prendía en nada. La boca cerrada con obstinación, la torquedad (¡qué cosa más terrible, que las bocas llenas de silencio de los galeotos!).

Todo ese mundo, revuelto pero no mezclado, cuando al mismo tiempo la pavana del bajel, saltando la aventura y espoleando la misma manera que los compañeros de Hércules cuando fueron a la conquista del Vellocino, en aquella Macedonia que era la América de los griegos, toda herizada de tesoros y sembrada de herosmos. La aurora, el día, la tarde, la noche, una vez la aurora y siempre la pavana de las alas y el crequear de las duras maderas andaluzas y levantinas. Las constelaciones, por la noche, decían poco a poco adiós a los aventureros del bajel, haciendo girar sus ejes en planos mates, moviéndose "hacia las Américas".

El juez había clamado, en la audiencia:

—Trescientos días de condena, a bordo de un barco con destino a las Américas, en nombre de nuestro Rey y Señor, y en nombre de Dios, Rey supremo.

De lo habían llevado, arrastrado casi. Lo había hecho pasar la noche en un cepo de Cádis, en la que ya había dos otros condenados. A la mañana los habían trasladado a los tres galeotes de un bajel "en partienza para las Américas". En el fondo de sus ojos había una melancolía extraña, punzante y, sin embargo, tranquila. En el fondo de su corazón había la reflexión, esa emoción preciosa que sólo se obtiene después de haber sufrido mucho. Un hombre antes de ser engrilletado al banco sobre el que se sentaría para remar, para remar, pa-

ra remar siempre, sin ver el sol, sin respirar el aire de afuera. El había sostenido su mirada, preñada de interrogaciones. El hombre de armas le había preguntado:

—¿De dónde eres? ¿Por qué estás aquí?

—Soy del Norte, del país de las Vascongadas. Soy compatriota de los que construyeron la Torre de Babel. Mis ancestros son los atlántidas. Mi país nunca fué efectivamente sometido ni a los romanos, ni a los visigodos, ni a los árabes. Es en Vasconia que se han refugiado todos los derrotados de la península, como el último pañuelo de tierra libre. Los hermanos nuestros que emigraron pacíficamente a las Galias tampoco fueron seriamente dominados por los galos ni por los francos. Los castellanos han logrado solamente sojuzgarnos en política. Pero no han podido hacer desaparecer nuestras Asambleas, que celebramos al aire libre, como en la época de nuestra completa autonomía, en medio de los árboles seculares de nuestra Independencia... En cuanto a porqué estoy aquí, es cuestión patriótica. Yo soy el poeta nacional de Vasconia. Me llamo Joan de Eskaldunak. Soy el autor del himno nacional de mi patria...

El hombre de armas no le dijo nada. Lo dejó hablar. Después, con su mano callosa, de uñas largas y negras, de piel áspera de velluda, le dió un bofetón que hizo volver la cabeza de todos los marineros que por ahí andaban, de todos los galeotos amarrados a su remo, de un franciscano de barbas hirsutas que leía en un rincón del vientre craqueante del bajel. En medio del silencio que siguió, escuchóse la voz metálica del hombre de armas que se alejaba.

La crónica no recoge la fecha exacta de esta historia. Es lástima.

Se sabe solamente que el hecho ocurrió bajo el reinado de Carlos V o el de Felipe II, a finales del siglo XV o comienzos del XVI.

El bajel le llamaba "El Intrépido". Tenía dos palos, deifin groseramente tallado en la proa, soportaba bien la tempestad y caminaba sólidamente, con sus dos mil toneladas a cuestas, un promedio de siete a nueve nudos valientes.

Los días pasaron. Tempestad, calma chicha, viento en popa, viento contrario. Remo de la noche a la mañana, de la mañana a la noche. Los músculos del brazo engrosaban, pero el vientre cavaba cada día más su curva, como si fuera en busca de sus propios intestinos. En los ojos la mirada se hacía más melancólica y más áspera. ¡Y esa boca llena de un terrible silencio!

Había regresado a Cádiz tres veces. Había estado en Venezuela, en la Vera-Cruz, en la Habana, en Cozumel, en la Hispanola, en los puertecitos de la Nueva España, haciendo el cabotaje. Cerca de la Hispanola—no lo olvidaría nunca—el bajel fué atacado, a la vista de una isla en los parajes no bien explorados de la Tor-

tuga. Los piratas hablaban francés, hablaban holandés, hablaban inglés. El velamen desplegado, huía el "Intrépido" dando bordadas valientes, pero los piratas llegaron a poner pie en el puente y si no hubiera sido por la súbita aparición de una escuadra que batía pabellón del reino ibérico, "El Intrépido" hubiera sido preso y llevado a un islote bucanero. En el fondo de su corazón el poeta Joan de Eskaldunak no deseaba otra cosa, y en oyendo las imprecaciones del combate y el ruido de los arcabuces, su mirada ya no fué melancólica, sino brillante y altiva, el corazón en la boca y los nervios tensos.

Pero una vez más vió Cádiz. Una vez más vió Cozumel, la Vera-Cruz y la Habana. Sin verlas...

Ya había perdido la cuenta de los días cuando se cumplieron los trescientos a que lo había condenado el juez, en plena audiencia. Su recuerdo estaba embotado, porque había hecho un esfuerzo imaginativo, inenarrable durante tanta travesía, amarrado al remo. Vasconia estaba lejos, allá en el fondo de su corazón, como vista en el círculo diminuto de un túnel largo, pero estaba llena de luz y las Asambleas seguían celebrándose al aire libre, bajo los seculares árboles de la Independencia.

Fué a las diez de la mañana que el fraile franciscano se le acercó, le puso la mano en el hombro, le sonrió entre la pelambrera de sus barbas y le dijo, sin muchos preámbulos:

—¡Basta de remos, galeoto!

Joan de Eskaldunak no comprendió primero. Hubo necesidad de explicarle. Vino un hombre de armas, delante del cual el monje abrió el grillete infamante. Las carnes estaban maduras, demasiado maduras quizás. En trescientos días el galeoto había envejecido. Hasta le había desaparecido el ceño adusto y obstinadamente hundido y plegado de los primeros tiempos. Por la primera vez abrió los labios, que habían estado tercamente cerrados:

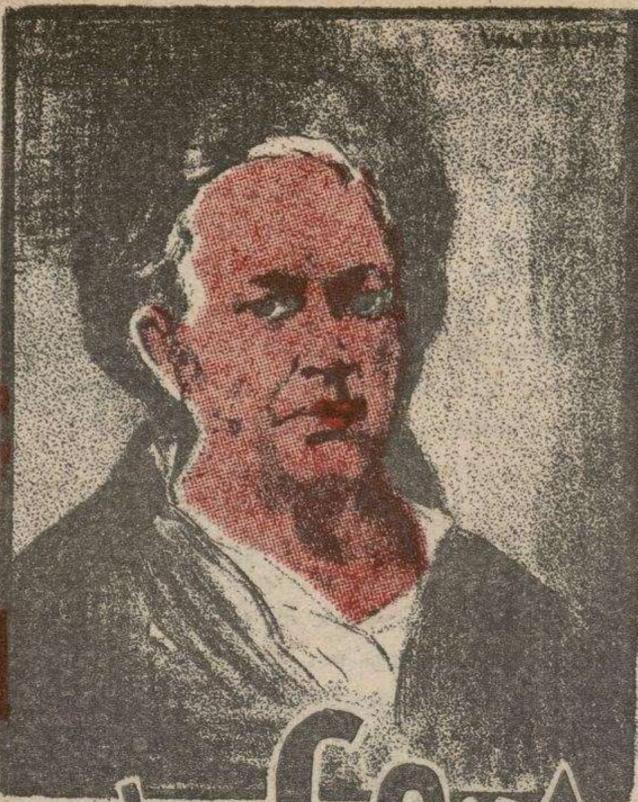
—Gracias—dijo.

El monje lo cogió del brazo y lo hizo subir la escalera tosca que conducía al puente. El sol lo deslumbró y quedó unos instantes arcostado sobre la obra muerta: en frente estaba Cádiz, a la vista, pero él no veía, no comprendía: se sentía como una hoja de legumbre que ha estado siempre en el subterráneo, y que de pronto la sacan al sol achicharrante del trópico. Sintió que la carne se le encogía y que el corazón le estorbaba como un peso.

—Estás libre, hermano...

Vió que los hombres de armas, que los hombres de capucha, que los hombres de la marinería lo miraban. No pudo más, las piernas se le aflojaron y rodó sobre la madera. No pensó más. No supo más. No dijo nada más. Cuando "El Intrépido" pasaba a la altura de la Alameda de Apodaca, después de haber visto desfilar el Trocadero, el ex-galeoto no era sino un cadáver, a la cabeza del cual oraba, moviendo apenas las barbas hirsutas, el monje mismo que lo había desengrillado.

Y así murió un gran poeta de Vasconia durante el reino de Carlos V o de Felipe, no se sabe bien, porque la crónica es borrosa como ciertas constelaciones... Y no se sabe tampoco si a finales del siglo XV o a principios del XVI...



# Retrato de GOYA

**J**UAN de la Encina, distinguido crítico español y director del Museo de Arte de Madrid, ante un variado público de literatos, poetas, pintores, "snobs" y aficionados, ha hecho la semblanza de Goya, el ilustre pintor español, con lenguaje dilecto y clarísimo de escritor sobrio, y con penetrante agudeza de conocedor.

Tras una conferencia, brillante en ideas, alrededor de la famosa Duquesa de Alba, con todas sus sabrosas y delicadas anécdotas, y sus relaciones artísticas con el pintor, dirigió, en días pasados, su estudio desintegrador, a la estampa humana, propia y definida, de Goya.

El artista traslucía casi siempre en sus obras, sus calidades íntimas de carácter, y de espiritualidad. En pocos pintores, mejor que en él, se encontrará ese reflejo de los trazos intelectuales e intuitivos internos, sobre el lienzo. Las dos etapas humanas fundamentales de su vida—antes de la enfermedad que le produjo la sordera total y el desasosiego físico; y después de ella—están transcritas en sus obras, por una ardiente primavera de tonalidades brillantes; por un amor optimista y claro, a las mujeres, primero; y por un satanismo oscuro, caótico y cruel, reflejado en colores grises y opacos, después.

Goya fué un espíritu estético contradictorio. De origen humilde, poseía ese sentido íntimo de la desgracia, de la compasión y el afecto para el desheredado. Pero su posición humana, en este punto, no era la de un revolucionario o la de un renovador social. Era, simplemente, una desmembración espontánea del sentimiento humanitario; una raigambre instintiva de clase. Su grito no fué el de la rebelión ni el del odio. En "La Ventisca", documento admirable del arte Goyesco, está expresado el dolor del pueblo,

claramente, serenamente, sin alardes de política, ni odios de clase.

Pero, artista por encima de todo, iba también al lujo y al brillo fastuoso de la Corte. Le seducían los adornos, lazos y perifollos de las mujeres. Contrastando con esa virilidad, con esa eterna primavera del instinto sexual, había en él—y este contraste realizó una gran armonía en su obra—un profundo sentimiento de femineidad, un placer delicado y claro por todo lo que se relacionara con la mujer.

Mujeres son casi todos los motivos pictóricos de sus cuadros. Siempre graciosas, primaverales, en plenitud de una belleza física esplendente, o, como se destaca en muchas de sus obras, viejas con alma de bruja y color infernal.

**POR LAS CAUSAS QUE ANUNCIAMOS OPORTUNAMENTE, EL PASADO DOMINGO NO APARECIO NUESTRO «MAGAZINE» EN COLORES. INSTALADA YA NUESTRA NUEVA MAQUINARIA, HOY REANUDAMOS LA PUBLICACION DEL SUPLEMENTO DOMINICAL, Y CON EL OFRECEMOS EL FINAL DE LA NOVELA DE CARLOS DICKENS**

## “EL GRILLO DEL HOGAR”

**NUESTROS LECTORES PUEDEN COMPLETAR ESTA NOTABLE OBRA CON LA EDICION CORRESPONDIENTE AL 26 DE MARZO Y ANTERIORES.**

Goya virtió en su concepción estética y alrededor de una técnica peculiar un claror maravilloso de esplendor y miseria. Pero ni esta, en una forma brusca o repulsiva. Siempre con una sencillez y una claridad positivas absolutas. Aún en cuadros grises, crueles, llenos de una tristeza honda, desenvuelta en colores grisáceos y tonos morfecinos, como "La Mendicada", que podría parecer una obra ajena a la orientación espiritual y estética del pintor, se destaca la misma claridad, la misma dedicación generosa del artista genuino.

Como atinadamente observó Juan de la Encina, la "inspiración", término pasado de moda en su uso gramatical; pero lleno de vida en su significado artístico, fué el mejor patrimonio de Goya. No de otra manera podía llamarse a esa eterna armonía del pintor con sus instrumentos de expresión; a esa ausencia total de lucha entre la técnica y la concepción personal del artista.

Las obras de Goya nunca fueron perfectas. La ausencia de academismo, de fría corrección, calidades de perfección estética, hicieron de sus cuadros realidades pictóricas cuajadas de vida. La razón es en él, de manera preponderante, su admirable imaginación. La inspiración, fuente de actividad, su guía, su método. De ahí que muchos críticos—esencialmente académicos—vean en Goya un pintor de discutible calidad artística; de pobres—en algunos casos—realizaciones estéticas.

Una breve, brevísima semblanza de Goya como ésta, debe mencionar, de manera primordial, su sátira y su poesía. He pensado que ambas tienen estrecha relación.

Goya, el cultivador perenne de la sátira—hasta cuando, ya anciano, recorrió en una gran distancia para ver a su hijo y a su nieto—no era en este aspecto vital de su personalidad humana, un misántropo ni un misógino. Los otros hubieran rehuido, por instinto y por sistema, a la mujer. Goya siempre la amó. Amó a todas las mujeres bellas, sugerentes, amables. Su sátira fué sátira social, de costumbres, de bellezas. Hasta en sus pinturas de la gleba, de su dolor y de sus problemas, existe esa deslumbrante pureza cuajada de optimismo.

La sátira goyesca, sin ser ingenua, no cae en el sarcasmo. Llega, en esa etapa segunda de su vida, a la tristeza, al lamento, a la unión con el diablo. Pero unión fina, delicada, aunque cruel y dantesca.

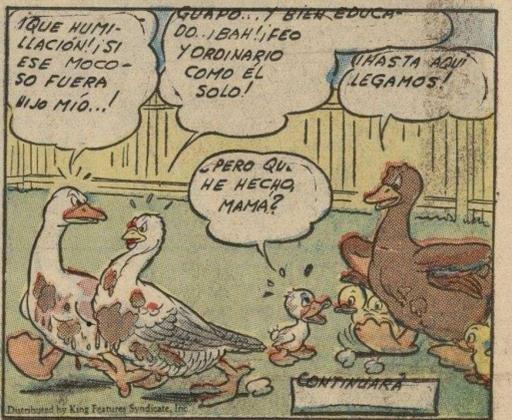
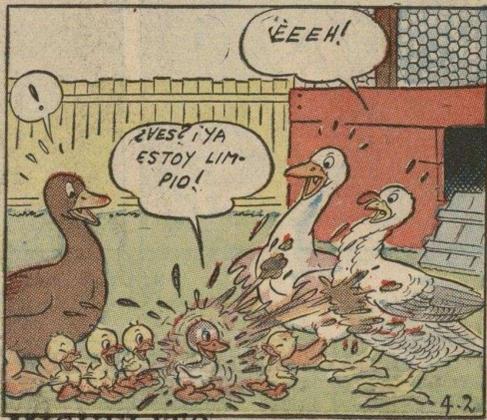
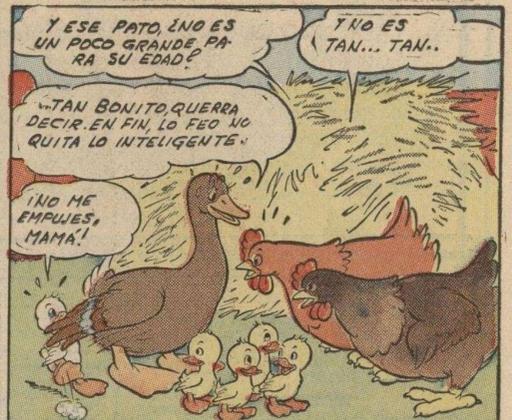
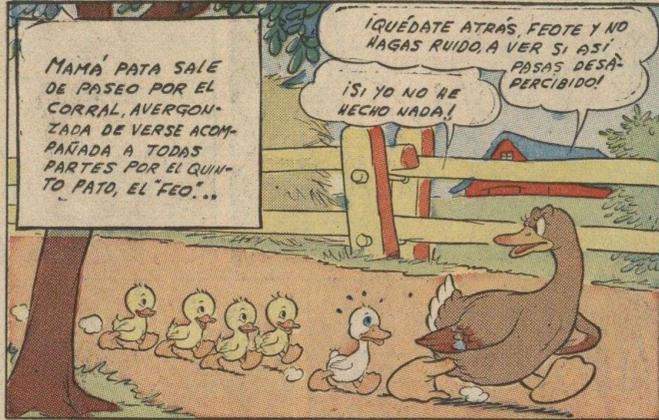
El poeta surge cuando el pintor ha ejecutado la obra. La resonancia y brillo de la ejecución estética producen la poesía de manera armónica, sutil. La sátira lo lleva, ya que integra el móvil de su ejecución, a la poesía. El poeta ejecuta. He ahí su fórmula.

De Goya, podríamos decir, lo que el ilustrado conferenciante que nos visita: en él, la sátira es a veces madrigal, y siempre fuego".

México, marzo de 1939.

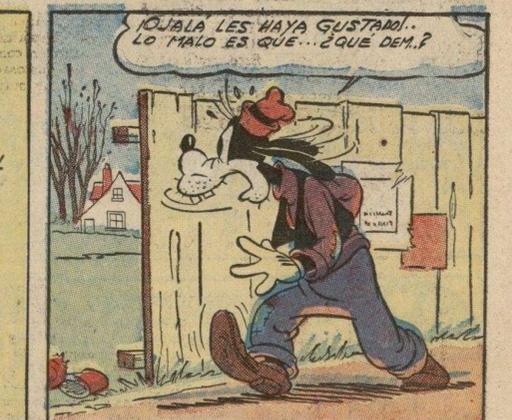
# DIARIO DE LA MARINA

DOMINGO 9 DE ABRIL DE 1939



## EL RATON MIGUELITO

REGISTERED U.S. PATENT OFFICE



# WONG-LO

BRANDON WALSH

CREYENDO QUE WONG, TOMÁS Y CARLITOS SON PROTEGIDOS DE LOS DIOS, LOS GIGANTESOS SALVATES LES DAN BUENA ACOGIDA EN SU ADUAR, QUE ES SITIADO POR UNA NUMEROSA PARTIDA DE GUERREROS URBALAS. ESTOS SON CANÍBALES MUY TEMIDOS, Y LOS SITIADOS PIDEN AYUDA.



ENCARAMADOS EN SUS ZANCOS DE BAMBÚ, NUESTROS GUERREROS CORREN COMO GAMOS Y PUEDEN DEFENDERSE; PERO SUS ENEMIGOS LES HAN ROBAO LOS ZANCOS.



SI WONG Y CARLITOS, LLEVADOS POR LOS DOS GUERREROS NUESTROS QUE AUNTEN EN SUS ZANCOS, PUEDEN LLEGAR AL CAMPAMENTO.....

PERO LOS URBALAS TIENEN ROBAO EL ADUAR CON SUS LANZACEROS.



NUESTRAS VIDAS DEPENDEN DEL ÉXITO DE LA MISIÓN DE WONG. SI VIENEN NUESTROS TRIPULANTES, EL RUIDO DE SUS RIFLES AHUYENTARÁ A LOS URBALAS.

¡ES NUESTRA ÚNICA ESPERANZA!



¡APUNTA TU BENÉVOLO LEVÓVEL AL OÍLO LE ESE LEMISO, Y SUS PIELNAS TEMBLANTES LECOBALÁN SU FILMEZA Y LAPILEZ LE MOVIMIENTO!



LEPETILAMENTE SE HA FLOCLAMALO: EN EL PAIS DE LOS CIEGOS EL TUELTO ES LEY.



ESTÁ ESCRITO: EL COBAL'LE MUELE MIL VECES; EL VALIENTE UNA SOLA!



¡AHÍ VIENEN NUESTROS TRIPULANTES!

¡INNUMERABLES PAPELES LE LEZOS SELÁN QUEMALOS? ¡ALA CELEBLAL! ESTE MOMENTO!

## ANITA Y SUS AMIGOS

Registered U. S. Patent Office

By Brandon Walsh



¡CARAMBA, FLORA! ¡LA FAMILIA DEL SR. WARDE SERÁ RIQUEZIMA! ¡ESTA CASA ES UN VERDADERO PALACIO! ¡LA FIESTA HA DE SER ESTUPENDA!



¡NO TE PREOCUPES! ¡TU VESTIDO ES MONÍSIMO!

¡ME HACE APARECER MENOS CORRIENTE DE LO QUE SOY!



¡QUE PRECIOSAS ESTÁN UDS.! ¡DENSE PRISA, QUE LA FIESTA HA COMENZADO YA! ¡LAS NIÑAS SE MUEREN DE CURIOSIDAD POR CONOCER UNA AUTÉNTICA ARTISTA INFANTIL!



VEN, QUERIDA. ESTOY SEGURA DE QUE LAS CHIQUILLAS TE ENCONTRARÁN MARAVILLOSA. ¡CON QUE AMABILIDAD TE ESTÁN MIRANDO! ¡Y NO OLVIDES QUE ERES UNA ACTRIZ!

¡PERO NO LO SOY!



¡PALABRA QUE FLORA ES LA MEJOR ACTRIZ INFANTIL DEL MUNDO! YO NO SOY ACTRIZ SINO CUANDO ALGUNA SE ENFERMA; PERO QUIZÁS ALGÚN DÍA.....



¡SÍ, SEÑORITA. LOS PERROS DEL SR. WARDE SON LOS MÁS FINOS DEL PAÍS.



¡CARAMBA 'HUESITO'! ¡PARECE MENTIRA QUE TÚ Y YO ESTEMOS EN UNA FIESTA TAN MAGNIFICA!



SI UN PERRO ES EL MEJOR DE SU RAZA, LE DAN UNA CINTA AZUL. NO SÉ DE QUÉ RAZA ERES TÚ; PERO APUESTO A QUE ERES LO MEJORCITO DE ELLA... ¡VAMOS A QUE TE VEAN LAS NIÑAS!



# MODESTO RIZOS

EL SEÑOR ROS NO ME DIÓ MUCHOS DATOS PARA ORIENTARME EN EL TRABAJO DE INFORMAR SOBRE EL MISTERIOSO BORG DE DUPREY.

PERDÓME... ¿NO ES USTED EL JOVEN QUE ME ENTREGÓ LA CARTERA QUE SE ME CAYÓ ANTES DE TOMAR EL TREN?

¡AH!... SÍ, SEÑOR, YA SE ME HABÍA OLVIDADO EL INCIDENTE.

YO SIEMPRE DIGO QUE AUN QUEDA MUCHA GENTE HONRADA EN EL MUNDO.

YO CREO QUE LA MAYORÍA DE LA GENTE ES HONRADA.

DUPREY

HEMOS LLEGADO A DUPREY.

¡UN MOMENTO! SE ME OLVIDÓ PREGUNTARLE SU NOMBRE.

MODESTO RIZOS, PARA SERVIRLO.

TAXI

SI ESTO ES UNA GRATIFICACIÓN POR HABERLE DEVUELTO SU CARTERA, NO QUIERO ACEPTARLO.

NO, ES UNA GRATIFICACIÓN, RIZOS, CRÉAME, PERO HAGAME EL FAVOR DE ACEPTAR ESE SOBRE Y ABRIRLO DENTRO DE UNA HORA.

PERDÓME QUE TENGA QUE DEJARLO TAN BRUSCAMENTE.

ESPERE... NO ME HA DICHO QUIÉN ES USTED.

UNA HORA DESPUÉS, EN EL HOTEL, MODESTO ABRE EL SOBRE.

¡BILLETES! ¡DIEZ MIL PESOS!

¿CONQUE USTED ES AGENTE DE POLICÍA?

SÍ, BUSCO A UN HÁBIL LAORON QUE ACABA DE ROBARSE \$10,000 EN BILLETES.

CONTINUARÁ

## AVENTURAS DE AGUILUCHO

By Lyman Young

ES INÚTIL PERSEGUIR A ESE RINOCERONTE PEQUEÑO, YA QUE HA ENCONTRADO A SU MADRE.

UN ANIMAL BIEN EXTRAÑO ACECHA A PEPE QUE VUELVE PARA REUNIRSE CON SUS AMIGOS.

¡EH! ¿QUÉ ES ESÓ? ME ACERCARÉ PARA VERLO MEJOR.

¡CARAMBA! ¡NO EXISTE UN ANIMAL COMO ESTE!

EL PADRE DE TALLEY DEBE ESTAR ENFADADO CONMIGO POR HABER DEJADO QUE SE ESCAPARA EL RINOCERONTE PEQUEÑO.

¡PAPA! ¡AGUILUCHO! ¡AH! VIENE PEPE!

AUN PODRÍAMOS CAPTURAR AL RINOCERONTE PEQUEÑO, PERO HABRÍA QUE MATAR A LA MADRE Y NO QUIERO HACER ESO.

CUANDO VENÍA DE REGRESO VI UN FENÓMENO, SEÑOR PAXTON... UN ANIMAL TAN EXTRAÑO, QUE DUDO SI LO HE SOÑADO.

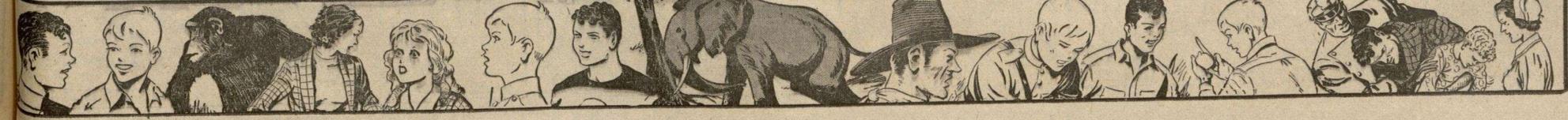
PARECÍA MEDIO CEBRA Y MEDIO JIRAFÁ, CON OREJAS DE BURRO Y.....

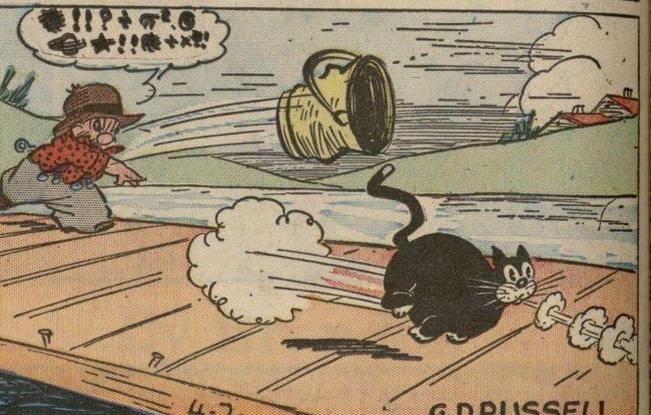
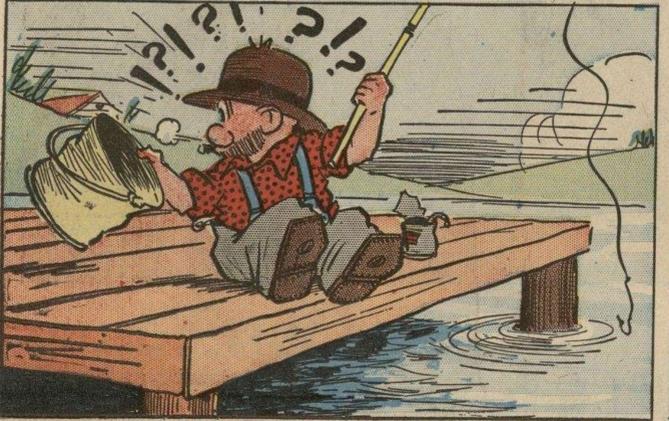
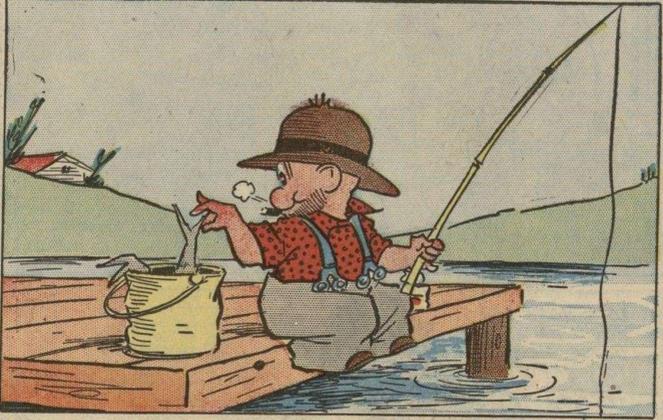
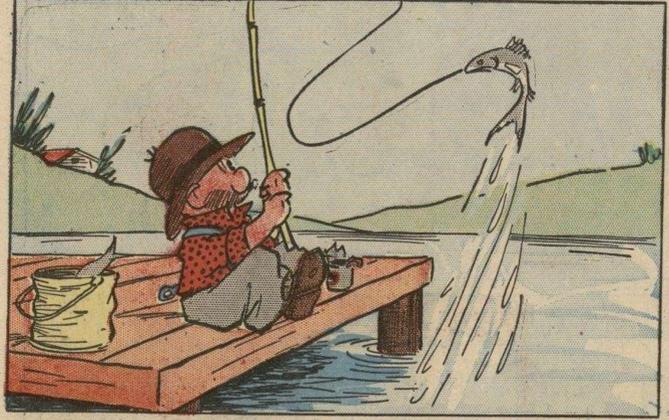
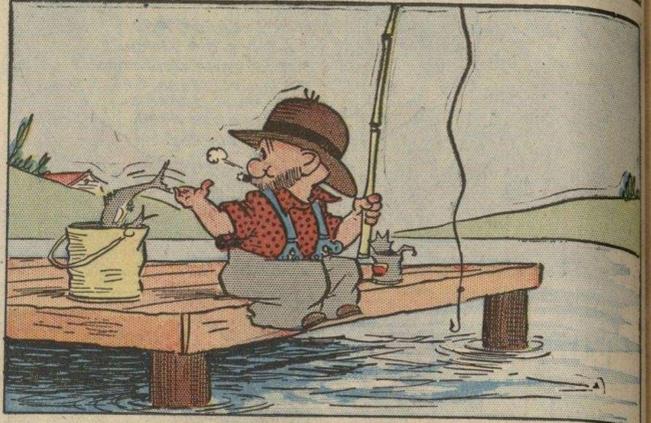
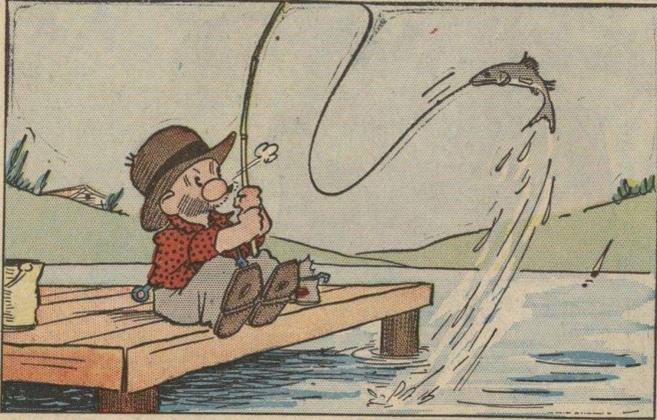
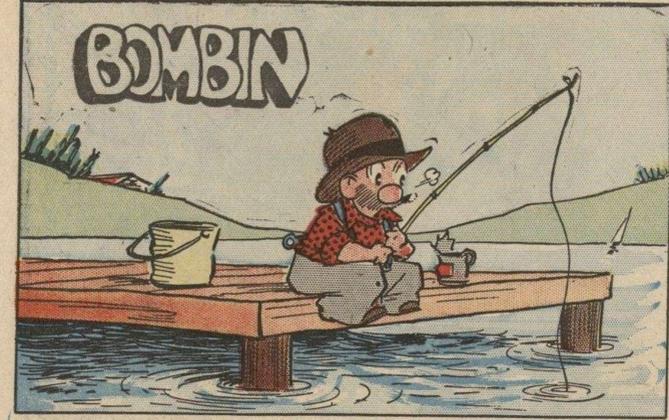
¡CIELOS, PEPE! ¡NO LO HA SOÑADO! ¡LO QUE VIÓ FUE UN OKWAPI!

¡PRONTO! ¡LLEVÉVENOS AL SITIO DONDE VIÓ ESE ANIMAL!

BUENO, SEÑOR PAXTON; PERO YO NO ASEGURO QUE NO HAYA SIDO UN SUEÑO.

CONTINUARÁ 4-2



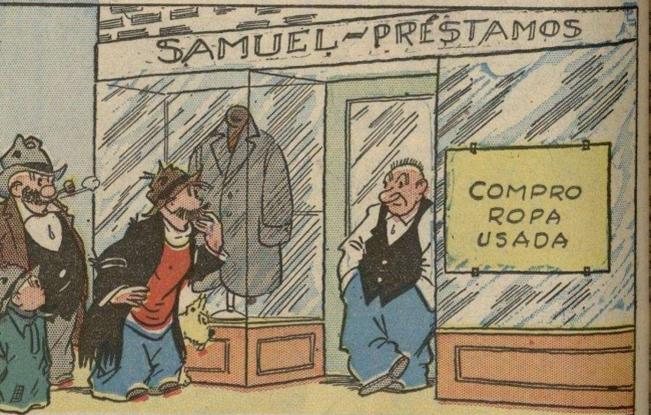


Copyright 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

G.D.RUSSELL

PEDRO HARAJOS

Registered U. S. Patent Office



Copyright 1939, King Features Syndicate, Inc., World rights reserved.

C.D.RUSSELL